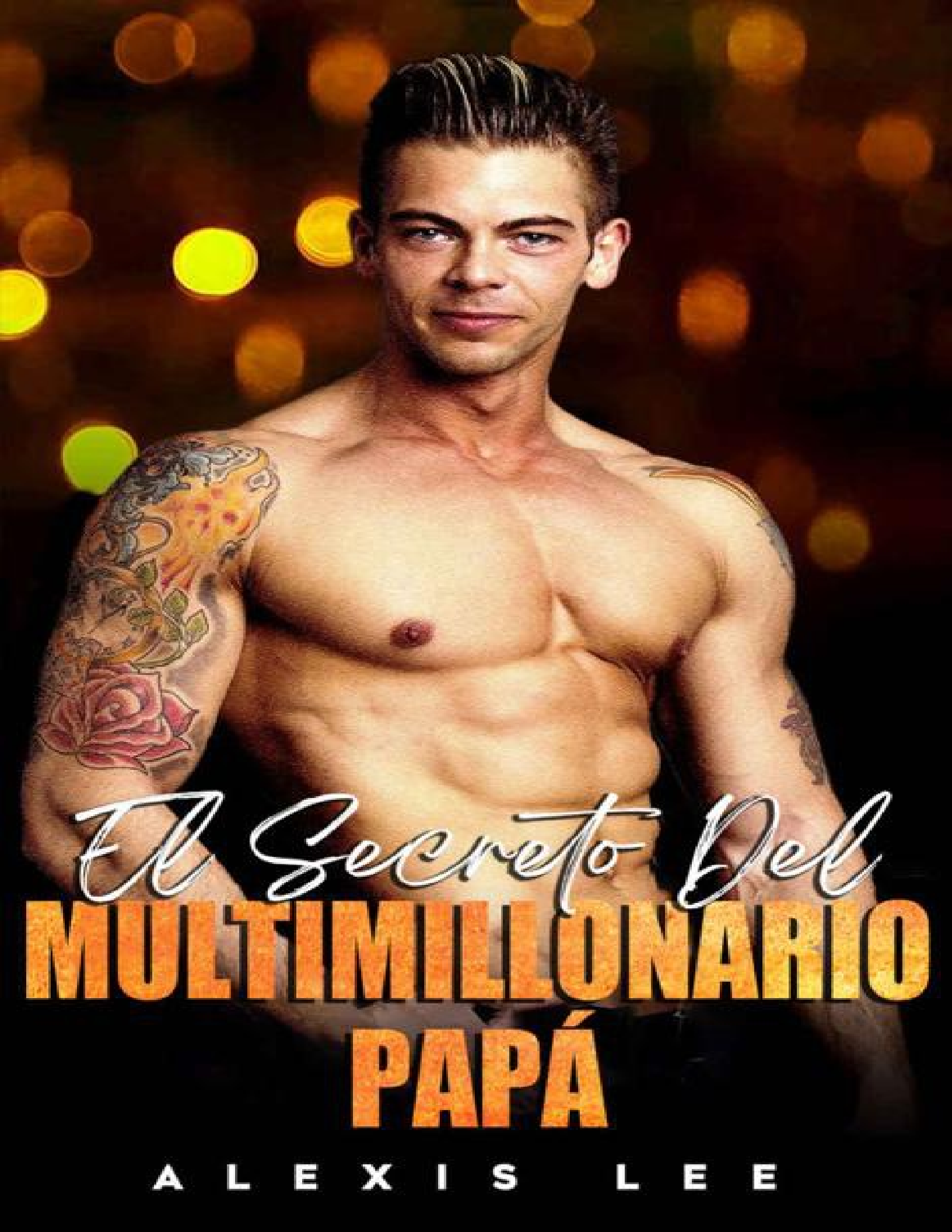




El Secreto Del
MULTIMILLONARIO
PAPÁ

A L E X I S L E E

El secreto del multimillonario papá

Un romance de jefe multimillonario y bebé secreto

(bebés y papás alfasexy)

Alexis Lee

Copyright © 2024 by Alexis Lee

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law

Contents

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)

Capítulo 1

Martha

Me presioné una mano contra la oreja y miré por encima del hombro. —Espera, no puedo oírte bien. Déjame ver si puedo encontrar un lugar tranquilo.

Con eso, empujé las puertas dobles de la cocina y me escabullí entre el personal de servicio, que salía continuamente por las puertas hacia el restaurante. El vapor se elevaba y se arremolinaba en el aire. Agité una mano frente a mi cara y tosí, ignorando los fuertes olores que flotaban en el ambiente. Luego entré en el vestuario y cerré la puerta de golpe tras de mí. A través de las puertas, escuché el choque de ollas y sartenes, puntuado por el sonido ocasional del chef gritando instrucciones a todos.

Me pasé una mano por la cara y me enderecé. —Nunca prometí que estaría allí para el baile de Navidad, Louis. Dije que intentaría estar allí.

—Es Navidad, Mar —señaló Louis—. ¿Por qué querrías pasarla en ese cuchitril de todos modos?

—En primer lugar, la cafetería no es un cuchitril, y en segundo lugar, faltan dos días para Navidad. Sabes lo ocupada que es esta época del año para nosotros, y gano buen dinero aquí.

Y Kane, mi jefe irritable con un ceño fruncido permanente en su rostro, nunca me dejaría tomarme unos días libres para Navidad. Aunque había trabajado duro para probarme a mí misma y ganarme la vida durante los últimos dos años, mientras que muchos otros empleados iban y venían, a Kane no le importaría en absoluto.

Todo lo que iba a ver eran mis carencias.

Me recordaba mucho a mi madre en ese aspecto.

Cada vez que me miraba, siempre tenía la sensación de que solo veía mis defectos.

Louis exhaló. —Está bien, solo pensé que sería divertido pasar las fiestas juntos, pero supongo que me equivoqué. Hablaré contigo luego.

Antes de que pudiera responder, colgó. Aparté el teléfono de mi oreja, lo miré fijamente e ignoré

la bilis en la parte posterior de mi garganta. Con un suspiro, guardé el teléfono en mi bolsillo y eché un rápido vistazo en dirección al pequeño espejo colgado sobre el lavabo al otro lado de la habitación. Hice una mueca a mi reflejo antes de volver afuera y sumergirme en el ajetreo del restaurante.

Apenas podía oír mis propios pensamientos por encima de la música navideña que sonaba en los altavoces y el constante subir y bajar de las conversaciones a mi alrededor. Después de escanear la sala para asegurarme de que Kane no me había pillado escabulléndome en la parte de atrás, me coloqué detrás de la barra y alcancé mi trapo. Tan pronto como lo hice, crucé miradas con Mary, la otra camarera de turno, y ella me dedicó una pequeña sonrisa.

Durante el resto de la noche, no pude sacarme de la cabeza las palabras de Louis.

Aunque llevábamos un año saliendo, todavía se sentía tan alejado de mi mundo como cuando lo conocí por primera vez. Como hijo único de dos abogados de alto poder, Louis no sabía nada sobre tener un trabajo o luchar por cada centavo que gastaba. Una y otra vez, había intentado explicarle cómo era para mí, verme obligada a trabajar en varios empleos a tiempo parcial mientras asistía a clases universitarias durante el día, pero él nunca parecía entenderlo.

En lo que a él respectaba, era trabajo de mis padres mantenerme.

Mis padres, por otro lado, no podían importarle menos.

Habiéndose divorciado cuando yo todavía estaba en la escuela secundaria y mudándose a estados separados, ninguno de ellos prestaba mucha atención a lo que yo hacía. Mi padre vivía en algún lugar del norte con su nueva familia y enviaba la ocasional tarjeta de felicitación cuando se acordaba, y mi madre, que tenía las manos llenas con los gemelos, rara vez me prestaba atención. Aunque vivía en el apartamento sobre su garaje, bien podría no haber existido en absoluto para ella.

En las raras ocasiones en que reconocía mi existencia, era solo para criticarme.

Louis era una de las dos personas que aún sabían que existía y se preocupaban por mí.

Y me resultaba difícil justificar pasar las fiestas lejos de él por un trabajo bien pagado que odiaba.

Al final de mi largo turno, me encontré en la oficina de Kane, entregando mi renuncia. Me miró

fijamente durante un largo rato antes de que su rostro se contorsionara en una mueca de desprecio y se estremeciera. Con el corazón latiendo fuertemente contra mi pecho, salí apresuradamente de su oficina y entré en el vestuario para recoger mis cosas. De camino a la salida, le di un rápido abrazo a Mary y eché un vistazo rápido al bar, con sus mesas y sillas desaparejadas esparcidas por todo el lugar sin ningún orden en particular, y los clientes que estaban todos borrachos y hablando unos por encima de otros.

No iba a extrañar este lugar en absoluto.

Afuera, me estremecí y ajusté mi abrigo alrededor de mí. Con una sonrisa, entré en mi coche, lancé mi bolso al asiento del pasajero y salí del estacionamiento marcha atrás. Mantuve una mano en el volante y con la otra jugueteé con el dial de la radio. La música navideña llenó mi pequeño coche mientras me inclinaba hacia adelante y entrecerraba los ojos a través del parabrisas. Luego encendí los limpiaparabrisas y exhalé. Cuando me detuve frente a la dirección que Louis me había dado al otro lado de la ciudad, estaba sonriendo tan ampliamente que me dolía la boca.

Las luces navideñas colgaban en el frente, junto con varios hombres y mujeres vestidos de blanco y rojo. Todos me saludaron con una sonrisa mientras me apresuraba a través de las puertas dobles y entraba al hotel. Una vez dentro, me escabullí en el espacioso salón de baile festivamente iluminado y escudriñé la multitud en busca de Louis, recibiendo algunas miradas curiosas a cambio.

Con mis vaqueros y camiseta, desentonaba entre los vestidos y trajes, pero no me importaba.

Lo único que me importaba era encontrar a mi novio.

Hasta que lo vi debajo de un gran ventanal, bañado por la luz de la luna, con sus brazos alrededor de una mujer pelirroja vestida como animadora. Ella se inclinaba hacia su contacto y echaba la cabeza hacia atrás. Con horror, observé cómo los dos empezaban a besarse, con Louis atrayéndola más hacia sí, sus manos moviéndose hacia su trasero. Aturdida, me acerqué a ellos y me detuve a unos metros de distancia.

No se separaron de inmediato, y cuando lo hicieron, Louis me miró de arriba abajo antes de volver a su acompañante.

—Pensé que no ibas a venir.

Mi corazón latía con fuerza en mis oídos.

—Quería estar contigo. Renuncié a mi trabajo.

—Quería estar contigo. Renuncié a mi trabajo —se burló la mujer con voz aguda—. ¿Esta es la mujer de la que me hablabas? Recuérdame otra vez, ¿por qué sales con ella?

—Louis —lo miré directamente e ignoré a la animadora escasamente vestida—. ¿Qué estás haciendo? Pensé que querías ir al baile de Navidad juntos.

El brazo de Louis se movió del trasero de la animadora a sus hombros, y la acercó más.

—Cambié de opinión. Realmente deberías haberte quedado en tu trabajo, Martha.

Miré de uno a otro, el palpitar en mis oídos haciéndose más fuerte. Louis y su acompañante se volvieron el uno hacia el otro y me ignoraron. Durante un rato, me quedé allí, clavándome las uñas en las palmas de las manos, el mal sabor en mi boca aumentando. Finalmente, sacudí la cabeza y me abrí paso entre la multitud que se estaba reuniendo, con lágrimas ardiendo en mis ojos. Una vez que salí tambaleándome, me apoyé contra una gran estatua y vacié el contenido de mi estómago, los nudos en el centro de mi estómago empeorando.

Verlos juntos me estaba afectando mucho.

Mi garganta ardía y mis ojos estaban llorosos cuando busqué en mis bolsillos un pañuelo. Lo usé para limpiarme la boca antes de volver al coche y encender el motor. Mis manos temblaban cuando las coloqué en el volante y miré fijamente hacia adelante. Lentamente, salí del estacionamiento y me incorporé a la carretera principal, el zumbido bajo en la parte posterior de mi cabeza haciéndose más fuerte.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

La música continuó sonando a través de los altavoces hasta que se detuvo y comenzó un anuncio, ofreciendo precios con descuento en alojamientos de montaña nevados. Con el ceño fruncido, subí el volumen y escuché atentamente. Luego pisé el acelerador y me dirigí hacia el alojamiento más cercano, desesperada por no pasar la noche llorando y sola en mi apartamento húmedo y frío encima del garaje de mi madre.

No podía volver allí así.

No lo haría.

Como había querido vacacionar en las montañas nevadas desde que tenía memoria, me di cuenta de que ahora era el momento perfecto. No solo no tenía que preocuparme por Louis, quien siempre encontraba excusas para evitar que fuera, sino que tampoco tenía que preocuparme por volver al trabajo pronto. Afortunadamente, tenía mis otros trabajos esperándome después de Navidad y mis ahorros para ayudarme.

Y después de la noche que había tenido, me merecía unas vacaciones.

Las carreteras por delante estaban oscuras y vacías, sin nada más que farolas por kilómetros. Por el rabillo del ojo, divisé una gasolinera y me detuve para llenar el depósito y abastecerme de aperitivos y ropa. Cuando volví al coche, me sentí mejor sobre el viaje, y un leve zumbido de emoción comenzó dentro de mí. Subí el volumen, parpadeé para contener las lágrimas y seguí conduciendo, con la nieve cayendo constantemente a mi alrededor.

A lo lejos, las montañas se alzaban, llamándome.

A mitad de camino, comenzó a soplar un viento feroz, y la nieve aumentó, arremolinándose en un frenesí a ambos lados del coche. Debajo de mí, el coche temblaba y se sacudía, haciéndome sentar más erguida. Agarré el volante con más fuerza y escudriñé en la oscuridad. Ser el único coche en la carretera me estaba poniendo nerviosa.

De repente, el coche comenzó a patinar y a desviarse.

Mi corazón saltó a mi garganta mientras levantaba suavemente el pie del acelerador y soltaba el volante. No podía oír nada más allá del latido en mis oídos mientras el coche se deslizaba hacia adelante antes de detenerse abruptamente, lanzándome hacia adelante. El cinturón de seguridad se clavó en mi pecho y costillas mientras me jalaba hacia atrás con fuerza suficiente para hacer que aparecieran manchas en mi campo de visión. Tragué saliva e intenté desabrochar el cierre con manos temblorosas.

Algo golpeó contra el coche, haciéndolo traquetear.

Presioné mi cara contra el cristal, vi un par de grandes dientes y grité. Apresuradamente, me arrastré sobre el asiento del conductor hacia la parte trasera. Escuché, oí el gruñido bajo y la respiración pesada, y me di cuenta de lo que estaba pasando. A la luz de la luna, pude distinguir tres lobos más rodeando el coche.

Frenéticamente, busqué en el coche un arma para usar.

Entonces lo vi, su rostro iluminado por llamas rojas y naranjas mientras salía de la maleza y se dirigía hacia el coche, con un brazo agitándose a su lado. Se detuvo en seco frente al coche y agitó las manos arriba y abajo con el encendedor, haciendo ruidos bajos en la parte posterior de su garganta mientras lo hacía. Uno por uno, los lobos le mostraron los dientes antes de darse la vuelta y correr de vuelta al bosque.

La puerta se abrió de golpe cuando él tiró de ella, y yo salí tambaleándome, chocando contra su pecho. Me enderezó y me miró fijamente a la cara.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

Incliné la cabeza hacia atrás para mirarlo y entrecerré los ojos.

—No, no me han hecho daño. Tu pierna... está sangrando.

Él cambió el peso de un pie a otro e hizo una mueca.

—Tenemos que salir del frío. Vi una cabaña de leñadores cerca. Vamos.

Tras una pausa, metí mi ropa y comida en mi bolsa y cerré la puerta del coche de golpe. Los faros del coche se encendieron cuando lo cerré con llave y ajusté mi paso al del hombre. Cuando una fina capa de sudor apareció en su frente, tomé su brazo y lo puse sobre mis hombros.

Juntos, cojeamos en la oscuridad, temblando y húmedos, mientras la ventisca se hacía más fuerte.

Capítulo 2

Albin

Con un gruñido, lancé mi peso contra la puerta, y esta se abrió con un crujido. A mi lado, la menuda mujer rubia hizo lo mismo. Una vez que se abrió por completo, ella me ayudó a entrar a pesar de mis gruñidos de protesta. Pequeñas partículas de luz plateada se filtraban por las ventanas abiertas, dando al lugar un resplandor suave y misterioso.

A mi derecha, escuché un estruendo y su rostro en forma de corazón apareció a unos metros de distancia. Sin decir palabra, colocó una silla para mí y me hizo un gesto. Fruncí el ceño, me senté y estiré las piernas frente a mí. Un momento después, la puerta se cerró de golpe con fuerza suficiente para hacer temblar las paredes. Ella dejó caer su bolso al suelo y miró alrededor, sus ojos brillantes absorbiendo todo.

Mientras yo le lanzaba miradas furtivas.

Apenas había cruzado más que unas pocas palabras con ella, pero ya me intrigaba.

¿Quién era esta hermosa mujer y por qué estaba sola en una noche como esta?

—Creo que tendremos que quedarnos aquí, al menos hasta que la tormenta amaine —apareció frente a mí de nuevo y se agachó—. Soy Martha, por cierto. ¿Qué le pasó a tu pierna?

—Mi coche se averió cuando te oí gritar. Estaba corriendo por el bosque y me caí.

Me miró y su expresión se suavizó.

—Gracias por venir a rescatarme.

Me recosté en la silla y gruñí.

—Deberíamos intentar encender un fuego o algo, y necesitaremos comida.

Se puso de pie y miró alrededor.

—No sé sobre el fuego, pero tengo algunos snacks que compré antes.

Torcí los brazos detrás de mi espalda y saqué mi mochila.

—Hay algo de comida aquí y una botella de vino.

Tomó mi mochila y la colocó sobre una mesa cubierta de polvo detrás de ella.

—¿Estás celebrando algo?

Me encogí de hombros y no dije nada.

Se suponía que debía estar celebrando, no atrapado en una cabaña destartalada en medio de la nada con una mujer que no conocía. A estas alturas, debería estar en un lujoso hotel con vista a las vastas montañas, celebrando la fusión con una cena bien preparada con mi padre.

Conducir por insistencia de mi ex novia, quien me envió un mensaje de texto hace horas urgiéndome a reunirme con mi padre, fue una mala idea, y fue aún peor idea conducir con este clima.

Y ahora no tenía más opción que pasar la noche en una cabaña fría y húmeda mientras esperaba que los lobos no volvieran. Habiéndolos ahuyentado una vez, dudaba que pudiera hacerlo de nuevo. Con un suspiro, miré alrededor de la habitación, distinguiendo el vago contorno de un sofá cubierto con una sábana, una vieja chimenea y dos puertas entreabiertas. Cuando entrecerré los ojos, vi una gran cama de madera cubierta de polvo y ceniza. Volví a mirar a mi compañera, y ella se había arremangado y estaba limpiando la encimera de la cocina.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy limpiando —respondió sin mirarme—. No podemos pasar la noche así.

—No es un hotel de cinco estrellas —le recordé con firmeza—. No deberías perder el tiempo con algo así.

—Limpiar me ayuda a relajarme —se irguió y rebuscó en los armarios—. Vi unas gasas y solución antiséptica por aquí. ¿Quieres que le eche un vistazo a tu pierna?

Parpadeé.

—De acuerdo.

Cuando se paró frente a mí, capté el aroma de su perfume floral. Me senté más derecho y cerré los puños a mis costados. Martha se tucó el largo cabello rubio detrás de las orejas, se agachó sobre el suelo de madera y se mordió el labio inferior. En silencio, limpió el profundo corte en mi pierna, sin inmutarse ni una vez ante la sangre.

Me quedé mirando un punto por encima de su cabeza mientras lo hacía y respiré a través del dolor.

Con dedos rápidos y ágiles, terminó y vendó mi pierna. Sus dedos eran cálidos y suaves contra mi piel áspera, y traté de no pensar en ello. Tan pronto como terminó, juntó las manos y se puso de pie.

—No soy una experta, pero debería servir hasta que puedas ir a un hospital.

—Gracias.

—De nada —me dio una pequeña sonrisa antes de volver a la cocina. Por el rabillo del ojo, la vi regresar a fregar la encimera y puse los ojos en blanco—. Te sentirás mejor cuando el lugar esté limpio.

Exhalé.

—Lo dudo.

Me palmeé los bolsillos en busca de mi teléfono y lo saqué. La pantalla estaba agrietada, pero aún se encendía, mostrando algunos mensajes de mi ex novia. Sostuve el teléfono frente a mi cara y fruncí el ceño. Nada de lo que hice cambió la señal del teléfono, ni siquiera cojear hasta la ventana más cercana y sostener el aparato sobre mi cabeza.

En la distancia, escuché un gruñido bajo que hizo que se me erizaran los pelos de la nuca.

Cuando volví a mi silla, Martha estaba a gatas, fregando el suelo.

—En serio, tienes que parar con eso.

Martha levantó la mirada y frunció el ceño.

—Tienes razón. Debería concentrarme en limpiar la habitación.

Con eso, pasó rozándome y se apresuró hacia el dormitorio.

Crucé los brazos sobre el pecho y fruncí el ceño en su dirección, el dolor de cabeza en la parte posterior de mi cráneo empeorando. Aun así, ella fregó y lavó cada centímetro, tarareando para sí misma mientras lo hacía. Mantuve un ojo en ella y el otro en la puerta mientras revisaba los suministros que teníamos. Una vez que terminó, colocó ambas manos en sus caderas y examinó su obra, una sonrisa asomando en el borde de sus labios. No dije nada cuando regresó a la sala de estar y se arrodilló frente a la chimenea.

De mala gana, me puse de pie y me tambaleé hacia ella.

Sin decir palabra, tomé dos de los troncos más pequeños y los coloqué junto con algo de papel que encontré, y encendí un fuego. Una vez que las primeras chispas se encendieron, arrojé más madera a la chimenea, y rugió mientras cobraba vida. Las llamas rojas y naranjas crepitaban y bailaban, proyectando largas sombras en la pared. Martha levantó las manos hacia el fuego, y un temblor la recorrió.

Me acerqué y cambié el peso de una pierna a otra.

—Sigo pensando que es una pérdida de tiempo que hayas limpiado la cocina y la habitación...

Martha se giró para mirarme; su rostro iluminado por las brasas del fuego. —¿Preferirías que caminara de un lado a otro de la cabaña preocupada? Porque eso no va a ayudar.

Me acomodé en la mecedora junto a la chimenea. Ella se acercó, pero retiró su brazo cuando le lancé una mirada significativa. Una vez que estuve instalado, estiré la pierna y me pasé una mano por el pelo. Martha se puso de pie y arrastró una silla por el suelo.

La colocó frente al fuego y se quedó mirando las llamas. —Cuando imaginé unas vacaciones en las montañas nevadas, esto no era lo que tenía en mente.

Alcé una ceja. —¿Lobos y quedar atrapada en una cabaña con un desconocido no formaba parte del plan?

Martha soltó una risita, el sonido cortando el aire. —No, la verdad que no.

—Estás manejando bastante bien el cambio de planes.

Martha juntó las manos y sopló aire caliente sobre ellas. —Tú también.

—No es la primera vez que vengo aquí.

—Apuesto a que te encanta venir aquí todo el tiempo. Yo lo haría si pudiera.

Me encogí de hombros y crucé los brazos sobre el pecho. Martha se levantó y se acercó a las bolsas. Las trajo de vuelta, las colocó frente al fuego y se sentó en el suelo. Mientras rebuscaba, estudié su forma menuda, encorvada sobre la comida, y me sorprendió de nuevo lo hermosa que era.

Incluso con unos vaqueros arrugados y una camisa, con manchas de tierra en la cara y musgo en el pelo.

—Es bueno que ambos hayamos traído comida —Martha me miró, con una pequeña sonrisa flotando en sus labios—. Aunque son mayormente aperitivos, es mejor que nada.

Me pasó unas bolsas de patatas fritas y caramelos antes de coger algunos para ella. Luego volvió a su silla y la acercó más. Afuera, el viento aullaba y las paredes a nuestro alrededor temblaban. Los ojos de Martha recorrieron la cabaña antes de volver a mirarme, con la preocupación grabada en su rostro. Masticó su comida en silencio, sin apartar los ojos de mi cara.

—Bueno, mis vacaciones son un desastre. ¿Qué hay de ti? ¿También ibas de vacaciones?

Levanté la botella de vino y la miré por encima del borde. Sin responder, tomé unos tragos mientras la miraba directamente. Martha no apartó la mirada cuando bajé el vino y lo coloqué en el suelo junto a mí. Poco a poco, empezaba a sentir mis extremidades de nuevo, siendo el puente de la nariz lo primero en descongelarse.

Punzadas de dolor bailaban arriba y abajo por mi pierna.

¿Por qué me había metido en este lío en primer lugar?

Lily, mi ex, no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

Aunque mi padre era un buen y astuto hombre de negocios, nunca había mostrado interés en fusionar empresas hasta hoy. Sin embargo, a pesar de que lo sabía mejor, tan pronto como ella me envió un mensaje, hice algunas llamadas y cambié todo mi horario. Una hora después, estaba en el coche camino al hotel para encontrarme con él cuando mi coche se detuvo abruptamente, dándome apenas tiempo para aparcarlo en la esquina de una carretera secundaria abandonada.

A través de la ventana, había podido ver un contorno vago si miraba con suficiente atención.

Pero no quería hacerlo.

Porque iba a recordarme que estaba atrapado aquí sin salida hasta la mañana, una parte de mí estaba agradecida por la compañía, pero Martha y yo apenas nos conocíamos, y no estaba de humor para complacerla, ni a ella ni a nadie más.

Quería que la noche terminara.

Cuando terminamos de comer, usé mi pie para acercar la bolsa hacia mí. Luego rebusqué en ella, mis dedos cerrándose alrededor de la fría botella de vino. Tiré la bolsa al suelo y luché con el tapón de rosca, usando mis dientes, hasta que se abrió con un pop. Por el rabillo del ojo, vi a Martha enderezarse y limpiarse las manos en la parte delantera de sus vaqueros.

—¿Estás seguro de que quieres beber eso?

Tomé un largo sorbo, y quemó un camino por mi garganta. —Nos va a ayudar a calentarnos. Lo necesitamos, a menos que tengas una mejor idea.

Martha se acercó más al fuego, y su expresión se volvió pensativa. —Podríamos simplemente quedarnos junto al fuego. Eso parece un mejor plan.

—Me gusta más mi plan —Tomé otro largo sorbo, y se asentó en la boca de mi estómago—. Los lobos no van a entrar aquí, ¿sabes? Y odio beber solo. ¿Por qué no tomas un poco?

Martha giró la cabeza en mi dirección y apretó los labios.

El silencio se extendió entre nosotros.

Capítulo 3

Martha

Me aclaré la garganta. —No creo que sea buena idea.

Albin se encogió de hombros y dio otro largo trago a su bebida. —Como quieras.

Con un suspiro, me aparté de él y fijé la mirada en las llamas del fuego, que crepitaban y danzaban proyectando largas sombras en la pared. La cabaña olía a humedad, y no pasó mucho tiempo antes de que el olor a cenizas llenara el espacio entre nosotros.

¿Por qué habría pensado que conducir sola hasta una montaña nevada era una buena idea?

Y más aún después de una ruptura humillante.

¿En qué estaba pensando?

Era evidente que no había pensado en absoluto.

Mientras permanecía allí sentada mirando el fuego, no dejaba de imaginar a Louis bañado por la luz de la luna, con el brazo alrededor de la cintura de la animadora. Por más que lo intentara, no podía dejar de revivir el momento en que los vi juntos, y el dolor en mi estómago se intensificaba al recordar con cuánta pasión la besaba.

Louis nunca me había besado así.

Ni siquiera cuando empezamos a salir y trataba de conquistarme.

Era una idiota.

La animadora pelirroja era todo lo que yo no era, y no podía dejar de ver su rostro en las llamas, burlándose y mofándose de mí. Afuera, la ventisca se hacía más fuerte, y el viento volvió a sacudir las ventanas, erizando el vello de mi nuca. Me froté los brazos de arriba abajo, pero no sirvió de nada.

Si acaso, me sentía peor.

Lentamente, entrelacé los dedos, los llevé a mis labios y soplé sobre ellos. —¿Qué tal está el vino?

Albin me lanzó una mirada antes de bajar la botella. —Está bastante bueno. ¿Quieres un poco?

Sabía que no debería, dado lo sensible que era al alcohol. Pero no pude evitar anhelar la botella y el dulce alivio que me ofrecería. Considerando que los dos estábamos atrapados en medio de la nada, en una cabaña abandonada, no había mucho más que pudiera hacer.

A menos que quisiera pasar toda la noche revolcándome en mi dolor.

E incapaz de escapar del pensamiento de mi ex.

Otro escalofrío me recorrió cuando una feroz ráfaga de viento pasó. Antes de que pudiera cambiar de opinión, me estiré entre nosotros y le arrebaté la botella de la mano. Albin arqueó una ceja cuando acerqué la botella a mis labios y di un largo trago. Cuando terminé, bajé la botella y tosí. Me quemó la garganta antes de asentarse en la boca del estómago. Con el dorso de la mano, me froté los ojos.

—Deberías tomártelo con calma —sugirió Albin, observándome atentamente con sus ojos brillantes—. No sabemos cuánto tiempo vamos a estar atrapados aquí.

Puse los ojos en blanco. —Creía que querías que bebiera.

—Sí, pero no te la acabes. —Albin recuperó la botella y la sostuvo contra su pecho—. Parece que podrías beberte toda la botella si te dejara.

Me recosté en la silla y estiré las piernas frente a mí. —Normalmente, te diría que no te preocuparas, pero hoy es diferente.

Albin parpadeó. —Sé a qué te refieres. Esta no es la forma en que se suponía que transcurriría la noche.

Miré por la ventana sobre sus hombros y entrecerré los ojos. —¿Cuánto tiempo crees que estaremos aquí?

—Unas pocas horas si los lobos no entran primero —respondió Albin con el ceño fruncido—. Voy a mover algunas cosas frente a la puerta. Mejor prevenir que lamentar.

Sin decir palabra, me puse de pie y lo ayudé. Entre los dos, logramos mover algunas sillas y una mesa grande. Cuando terminamos, estaba cubierta de sudor. Albin se dejó caer en la silla frente a mí y acercó las manos al fuego, con una extraña expresión en su rostro.

—¿Estás bien?

Albin inclinó la cabeza hacia mí. —Deberíamos seguir bebiendo. Hace mucho frío.

Me estremecí y recogí la botella de vino del suelo. —No entiendo por qué a la gente no le gusta beber sola. A mí no me importa.

—Es menos triste, supongo.

Resoplé. —Estoy bebiendo contigo y sigo triste. No siento que haga mucha diferencia.

—Ya estabas triste antes de que te encontrara.

Bajé la botella y se la pasé. —Cierto, pero tú también lo estabas.

Albin dio un largo trago y se limpió la boca con el dorso de la mano. —Es lo que hay.

El calor en el centro de mi estómago florecía y se desplegaba. Puntos borrosos comenzaron a bailar en mi campo de visión. Durante un rato, nos quedamos sentados en silencio hasta que comenzó otra fuerte ráfaga de viento, y me acerqué más a Albin, desesperada por la proximidad. Aunque el vino no ahuyentaba los pensamientos sobre Louis, me ayudaba a verlo bajo una luz diferente.

Todo lo que podía ver era el hombre egoísta y egocéntrico que era.

Siempre priorizándose a sí mismo y menospreciando lo que yo hacía.

Por más que lo intentara, no podía entender por qué había empezado a salir con él en primer lugar, aparte del hecho de que no quería estar sola y me gustaba la atención.

Era patético.

—¿Qué es patético?

Me pasé una mano por la cara. —No sabía que había dicho la última parte en voz alta.

Albin se enderezó y me estudió. —Lo hiciste.

Me puse de pie y crucé los brazos sobre el pecho. —Estaba pensando en lo patética que soy por creer que un hombre como mi ex iba a tratarme bien. ¿Por qué pensé siquiera que iba a ser diferente? No es como si no supiera qué clase de hombre era Louis.

Albin apretó los labios y no dijo nada.

—Pero aun así me dije que no importaba y que yo sería la que lo cambiaría. Es estúpido, lo sé, pero lo hice de todos modos. Me permití enamorarme de un hombre que sabía que no era adecuado para mí. ¿Por qué la gente hace eso?

—¿Esperanza? ¿Fe? No lo sé.

—La esperanza y la fe son estúpidas —le dije, levantando la barbilla—. Todos estamos mejor siendo directos unos con otros y no confiando en nadie, especialmente en los hombres. Los hombres son tan poco fiables. ¿Por qué son así?

—¿Por qué las mujeres hacen que sea difícil ser fiable?

Mis manos cayeron a los costados y me pasé una mano por la cara.

—Lo intenté de verdad, ¿sabes? Hice todo lo que Louis quería, incluso cuando no quería hacerlo, y me decía a mí misma que era porque lo amaba, pero ni siquiera sé si eso es cierto. Creo que solo me gustaba cómo me hacía sentir.

No me di cuenta de que estaba llorando hasta que mis hombros empezaron a temblar. Con un suspiro, me pasé una mano por la cara, y mi labio inferior tembló.

—Puede que no haya amado a Louis, pero me importaba. Ahora estoy completamente sola.

Y no tenía ni idea de qué hacer al respecto.

Hasta que Albin cubrió la distancia entre nosotros y me tomó en sus brazos. Mi respiración se entrecortó cuando incliné la cabeza hacia atrás y miré su hermoso rostro, bañado por la luz del fuego. Bajó la cabeza y presionó sus labios contra los míos. Me estremecí y agarré un puñado de su camisa, atrayéndolo más cerca.

¿Qué estábamos haciendo?

Apenas nos conocíamos, pero Albin me besaba con una intimidad que me sorprendió, como si quisiera reclamar cada centímetro de mí como suyo.

Y se lo permití.

—Albin —susurré en su boca—. Sabes tan bien.

—Tú también —murmuró Albin entre besos—. Y hueles muy bien.

Mi corazón latía salvajemente contra mis oídos mientras las manos de Albin se movían de mi cara a mi cintura. Clavó sus uñas allí, enviando olas duales de dolor y placer rebotando a través de mí. Un enjambre de mariposas estalló en mi estómago cuando me levantó y me llevó al dormitorio. Una vez que me dejó en la cama y dio un paso atrás, algo pesado se asentó en el centro de mi estómago.

Me senté, alcé la mano hacia Albin, y él me atrajo hacia sí.

Cada parte de mí anhelaba a él, por el dulce olvido que solo él podía proporcionar.

Hizo un sonido bajo y gutural en el fondo de su garganta mientras forcejeaba con la cremallera de mis vaqueros. Apenas podía respirar, y mis dedos temblaban mientras intentaba bajarle los pantalones. Albin capturó mi muñeca con una mano, sin que su boca dejara la mía. Un deseo ardiente atravesó mis venas cuando escuché el crujido de la tela, y los vaqueros volaron por encima de su cabeza.

—Eres tan hermosa —Albin hizo una pausa para mirarme, sus ojos recorriéndome y dejando un rastro de calor a su paso—. No puedo esperar para estar dentro de ti.

Cayeron al suelo con un revoloteo, rápidamente acompañados por mis propios vaqueros.

La piel se me puso de gallina mientras me arrastraba hacia atrás hasta que mi cabeza golpeó el cabecero.

—Albin, por favor.

Levantó la sábana sobre su cabeza y la bajó para besarme de nuevo. Cada toque, cada roce de su boca, cada susurro alejó todos los demás pensamientos racionales. En lo que a mí respectaba, nada más existía fuera de la habitación.

Nada que importara.

Con un gruñido, Albin empujó mis piernas para abrirlas y se acomodó entre ellas. Cuando lo sentí presionado contra mí, otra ola de deseo se elevó a través de mí. Albin levantó mis brazos sobre mi cabeza y los inmovilizó con un agarre como un tornillo. Usando su otra mano, trazó un camino por mi estómago y se detuvo para mordisquear mi labio inferior. Un suspiro escapó de mi boca cuando mis labios se separaron, y su lengua se adentró.

Dos dedos se deslizaron entre mis pliegues húmedos, y grité.

Los deslizó de un lado a otro mientras riachuelos de sudor se formaban en mi frente y la parte posterior de mi cuello. Levanté mis caderas del colchón y arqueé la espalda. Luego solté mis brazos, y estos cayeron sobre sus hombros. Pasé mis dedos por su espalda antes de enredar mis dedos en su cabello.

¿Por qué sentía como si estuviera ardiendo desde dentro?

Y Albin era lo único que me mantenía entera.

Albin enterró su rostro en la curva de mi cuello y presionó besos calientes y húmedos allí.

—Eso es, Martha. Esa es mi chica.

Hundí mis dientes en sus hombros y gemí.

—Oh, Albin.

La fuerza de mi orgasmo me atravesó, dejando puntos bailando en mi campo de visión. Temblé y me retorcí debajo de él mientras sus dedos aún se movían dentro de mí. Sin previo aviso, Albin retiró sus dedos y se posicionó en mi entrada. Con un movimiento rápido, estaba dentro de mí, y mi visión se volvió blanca.

Así era como se suponía que debía sentirse.

Como si no pudiera distinguir dónde empezaba él y terminaba yo.

Mis ojos se abrieron de golpe, y lo miré fijamente, su cabello pegado a su frente y el hambre escrita en la profundidad de sus ojos. Bajó la cabeza para que estuviéramos al mismo nivel y comenzó a moverse. No aparté la mirada mientras salía lentamente y volvía a entrar en mí con

fuerza, enviando una descarga de electricidad a través de mí.

—Se siente tan bien —respiré, apenas capaz de oír por encima del latido de mi corazón—. No pares.

—Apenas estamos empezando —prometió Albin con una voz espesa de deseo—. Agárrate fuerte.

Albin colocó un brazo en el cabecero, y el otro rozó la piel de mis muslos hasta llegar a mis pies. Enganchó mis piernas alrededor de su torso y embistió dentro de mí hasta llegar al fondo, y me sacudí. Luego hizo un sonido gutural bajo en el fondo de su garganta y apoyó su frente contra el cabecero.

Entrelacé mis dedos en su cabello y gemí.

Una y otra vez, salía lentamente y volvía a entrar en mí con fuerza hasta que mis pulmones ardieron y no podía respirar. Luego comenzó a moverse con un abandono salvaje y animal, haciendo que mi pulso se acelerara. Ola tras ola de deseo me invadió hasta que volví a caer y lo aferré contra mí. Albin dio una embestida final antes de gritar mi nombre y vaciarse dentro de mí.

Todo su cuerpo se quedó quieto mientras su respiración se volvía pesada.

Sin decir palabra, se bajó de mí y se tumbó en la cama. Un momento después, me acurruqué a su lado y contuve la respiración. Albin pasó un brazo sobre mí y nos cubrió con las sábanas. Coloqué mi cabeza en el hueco de su cuello e inhalé, permitiendo que su aroma me envolviera.

Y me arrullara hasta un sueño inquieto.

Capítulo 4

Albin

Le di un beso en la nuca y su piel se erizó. —Eres tan hermosa y sexy.

Ella retorció el brazo sobre su cabeza y entrelazó sus dedos en mi cabello. Cuando dio un ligero tirón, olas duales de dolor y placer me recorrieron. —Nadie me había hecho sentir así antes, Albin.

Gruñí contra su piel. —Bien.

Porque no quería que nadie más lo hiciera.

No tenía sentido, pero había pasado de querer ignorarla a querer saberlo todo sobre ella en cuestión de unas horas. Mientras la ventisca y el viento rugían fuera de la ventana y los lobos aullaban en la distancia, nosotros dos estábamos envueltos el uno en el otro en la oscuridad, con el olor a sudor y vino flotando en el aire.

Quería quedarme enterrado en ella y olvidarme de todo.

Y de todos.

Se derritió contra mí y se movió, tomándose más profundamente dentro de ella. —¿Te gusta eso?

Puse una mano sobre sus pechos y los junté. —Sí.

Martha hizo un suave gemido que hizo que la sangre en mis venas palpitara. Luego se movió y se sentó. Pasó una pierna sobre mí y luego la otra para quedar a horcajadas. Mis manos se deslizaron por la curva de su espalda y se detuvieron en su cintura. Le di un firme apretón antes de levantar mis caderas del colchón y embestirla.

Echó la cabeza hacia atrás y gimió.

Agarré la parte posterior de su cuello y empujé hacia arriba. —Deberíamos hacer esto toda la noche.

—Deberíamos —suspiró Martha, cerrando los ojos—. Oh, Albin.

No pasó mucho tiempo antes de que ambos estuviéramos retorciéndonos uno contra el otro. Levanté la cabeza, tomé un pezón entre mis dientes y tiré. Su respiración se aceleró cuando cambié al otro pezón e hice lo mismo, dejándolos tan duros como guijarros. Con una sonrisa burlona, hundí mis uñas en su cintura y me empujé dentro de ella, llenándola por completo.

Nada se había sentido tan bien como ella.

Ni había visto a nadie tan hermosa como lo estaba ella, bañada en el suave resplandor del fuego, su rostro grabado de deseo. Martha se movía con intención y propósito, cada movimiento, cada embestida, cada mirada avivando el fuego dentro de mí.

¿Por qué no lo había visto antes?

Había sabido que era diferente desde el momento en que puse mis ojos en ella.

Mientras su aroma floral me envolvía, me di cuenta de que no podía tener suficiente de ella. Gruñí, sostuve sus caderas en su lugar y cambié mi ritmo. Una y otra vez, ella se frotaba contra mí, haciendo que mi sangre rugiera en mis oídos y mi pecho se apretara. Cayó hacia adelante y enterró su rostro en mi cuello, de modo que no quedaba ni un centímetro de espacio entre nosotros.

Cuando explotó, todo su cuerpo tembló y gritó mi nombre.

La sostuve contra mí mientras mi propio clímax seguía, y me vacié dentro de ella.

Una vez que terminamos, ella se bajó temblorosamente de mí y se desplomó contra el colchón. La atraje hacia mí, aparté el cabello de su rostro y besé su frente.

—Esto es definitivamente mejor que lo que estábamos haciendo antes.

Sus labios se curvaron en una media sonrisa. —Estoy de acuerdo.

—Por cierto, él es un idiota.

Un ojo se abrió de golpe y me miró. —¿Quién?

—Tu ex. —Pasé mi mano por toda la longitud de su espalda y de vuelta a sus hombros, dándoles

un firme apretón—. No deberías perder el tiempo sintiéndote mal por él. Es su pérdida.

Su otro ojo se abrió y me miró fijamente. —Gracias.

—Deberíamos dormir. Vamos a necesitar nuestra energía por la mañana. —Mantuve mi brazo sobre sus hombros y cerré los ojos con fuerza—. Buenas noches.

Martha soltó un suspiro profundo e irregular. —Buenas noches.

Durante toda la noche, seguí buscándola, tratando de grabar su aroma en mi memoria. Ella se movió algunas veces, pero se relajó cuando la atraje contra mí, de modo que mi frente estaba presionada contra su espalda. Acurrucados en nuestro propio mundo, finalmente me quedé dormido, pero seguía viendo su rostro y su sonrisa.

Por la mañana, cuando los primeros rayos de luz entraron por la ventana, me senté y me froté la cara con una mano. Con un bostezo, estiré los brazos sobre mi cabeza y esperé a que mi visión se aclarara. Tan pronto como lo hizo, mi mano se deslizó sobre el colchón para alcanzarla. Fruncí el ceño cuando me di cuenta de que la sábana estaba arrugada y fría.

Martha se había ido.

Durante un rato, miré fijamente el espacio donde ella había dormido, con su olor aún flotando en el aire. Luego me levanté, agarré mis vaqueros del suelo y me los puse. Descalzo, salí corriendo de la habitación y la llamé, solo para ser recibido por el silencio. Revisé cada rincón de la cabaña dos veces antes de presionar mi rostro contra el cristal y mirar la manta de nieve afuera.

Aparte del olor distintivo de ella, no había ninguna otra señal de que Martha hubiera estado allí alguna vez.

Como si nunca hubiera existido.

Me hundí en la silla más cercana y miré fijamente las cenizas en la chimenea, preguntándome qué se suponía que debía hacer a continuación. Dado que lo único que sabía sobre Martha era su nombre y el hecho de que acababa de salir de una relación, las posibilidades de encontrarla eran escasas o nulas.

Iba a ser casi imposible encontrarla, y el pensamiento me dejó un mal sabor de boca. Anoche, había rezado para que llegara la mañana para poder salir de las montañas y volver a la civilización. Ahora, me encontraba deseando no haberlo hecho.

Porque había conseguido exactamente lo que quería, solo para darme cuenta de que todo estaba mal.

Martha debería estar aquí.

Deberíamos estar en la cama, comiendo lo que quedaba de los aperitivos y sonriéndonos. Quería tenerla en mis brazos mientras hablábamos en voz baja, discutiendo cualquier cosa y todo lo que se nos ocurriera. En cambio, estaba sentado en la silla fría y rígida, mirando las cenizas grises del fuego e incapaz de sacudirme la sensación de temor que se había apoderado de mí.

La había cagado.

No haberme tomado el tiempo para hablar con Martha y conocerla más había sido estúpido.

Y no iba a tener una segunda oportunidad.

A pesar de mi buen juicio, me obligué a ponerme de pie y cojeé de vuelta al dormitorio, escudriñando el área con atención. Aparte de la sábana arrugada, Martha había tenido cuidado de no dejar nada atrás. Inhalé, deseando embotellar su aroma antes de volver a la sala de estar. Allí, volqué mi bolsa y rebusqué entre los aperitivos, dándome cuenta de que faltaban algunos.

Pequeños pinchazos de dolor subieron por mi pierna cuando abrí la puerta principal de golpe y miré afuera. Una fuerte ráfaga de viento pasó, haciendo que mis ojos se humedecieran. Apreté los labios y di un paso sobre el umbral. El porche delantero estaba cubierto por una gruesa capa de nieve. Por el rabillo del ojo, vi un destello de movimiento, pero cuando miré, era un conejo que corría sobre la nieve.

Otro conejo se unió a él, y desaparecieron.

La cabaña no tenía nada más que espeso follaje por kilómetros a la redonda y las imponentes montañas detrás. Entrecerré los ojos mirando a la distancia, mi aliento cristalizándose frente a mí. Con un leve movimiento de cabeza, volví a la cabaña e hice una última inspección, rogando que Martha hubiera dejado algún tipo de pista. Cuando no pude encontrar nada, recogí mis aperitivos y los metí en mi mochila.

Con rigidez, ajusté las correas y bajé la cabeza.

Caminé con dificultad a través de la nieve hasta los tobillos hacia mi coche, ignorando mis músculos mientras dolían y gritaban. Un temblor me recorrió cuando puse una mano en el pomo

y tiré de la puerta del coche. Cedió con un chirrido, permitiéndome arrojar mi bolsa dentro. Luego miré de nuevo hacia la cabaña, viendo la pala brillar bajo el sol de la mañana temprana. Nubes oscuras se formaron y se juntaron en el horizonte mientras apartaba la nieve. Una vez que despejé un camino para mi coche, coloqué la pala de vuelta y sacudí la nieve de mi ropa.

Mi nariz estaba roja y mis brazos rígidos cuando entré y cerré la puerta de golpe detrás de mí. Coloqué ambas manos en el volante y solté un suspiro. Luego giré la llave en el encendido y contuve la respiración. El motor del coche rugió y tosió antes de apagarse. Con el ceño fruncido, golpeé mis manos contra el volante y lo intenté de nuevo.

En el tercer intento, el motor jadeó y cobró vida.

El alivio me inundó mientras avanzaba lentamente hacia la carretera principal.

Agarré el volante como si mi vida dependiera de ello y miré fijamente la carretera vacía que se extendía frente a mí. Cuando pasé por el lugar donde había encontrado a Martha, el coche avanzó lentamente, y miré alrededor, ansioso por cualquier señal de ella. Finalmente, tuve que pasar de largo y acomodarme de nuevo en el asiento.

Aunque no quería, no tenía más remedio que rendirme.

Martha no estaba destinada a ser mi novia, por mucho que yo quisiera que lo fuera.

Todo lo que tenía de ella eran los recuerdos de anoche.

Pasé todo el viaje reproduciéndolos una y otra vez en mi cabeza y viéndola frente a mí, una sonrisa brillante iluminando su rostro. La vi bañada por el resplandor del fuego mientras se desahogaba conmigo, y la vi encima de mí, su cuerpo brillante y cubierto de sudor.

Por más que lo intentara, no podía entender por qué se había ido sin despedirse.

Es cierto que no había sido la mejor compañía cuando tropezamos por primera vez en la cabaña, pero lo había compensado con creces cuando compartimos una botella de vino. Algo había sucedido entre nosotros, un extraño hilo que se entretejía de un lado a otro y nos unía. Mientras dejaba la cabaña muy, muy atrás, sabía que no iba a ser lo mismo con Martha. Pronto, estaría en la ciudad, de vuelta a mi antigua vida y mi realidad, dejando nuestra noche nevada juntos como nada más que un recuerdo.

Pero sabía que no iba a olvidar a Martha.

No me permitiría olvidarla.

Capítulo 5

Martha

No podía creer lo que había hecho.

¡Un desconocido. Un completo desconocido!

Nunca había hecho algo así antes, y solo pensar en ello hacía que mi cuerpo se estremeciera. Al despertar por la mañana, al darme cuenta de lo que había sucedido, tuve que salir de allí.

Mis manos apretaban con fuerza el volante. Imágenes de la noche anterior pasaban frente a mis ojos, y mi mente seguía volviendo a la oleada de emociones que me había invadido. Y que aún lo hacía. Albin era un desconocido, pero no podía negar que había encendido algo dentro de mí. No podía dejar de pensar en él. Era como si mi cerebro hubiera expulsado cualquier otro pensamiento y hubiera construido un altar a Albin justo en el centro.

Me sorprendí sonriendo en el espejo retrovisor.

¿Qué demonios me pasaba?

No conocía al hombre, pero no podía dejar de pensar en él. ¿Me estaba enamorando de él? ¿De solo una noche juntos? ¿Era eso siquiera posible? ¿O solo me estaba recuperando de la basura que Louis me había hecho pasar?

No tenía idea, pero de lo único que estaba segura era de que Albin no iba a ser un hombre fácil de olvidar.

Las siguientes semanas pasaron como en una especie de nebulosa. Por supuesto, me costó todo lo que tenía evitar a Louis por completo, pero él no era el problema. No importaba lo que hiciera, no podía sacar a Albin de mi cabeza. Al principio, pensé que volver a la universidad ayudaría, con los cursos y los profesores bombardeándonos con suficiente trabajo como para que cualquier pensamiento sobre mi aventura de una noche fuera relegado al fondo de mi mente. Pero no, ahí estaba él, llenando mi cabeza de dulces recuerdos y ensoñaciones de lo que podría haber sido si me hubiera quedado en esa cabaña.

Lo veía en todas partes. El hombre al azar que pasaba frente a la ventana del café mientras

tomaba mi latte, el profesor demasiado ruidoso tratando de presumir frente a sus estudiantes, o el taxista que me llevaba a casa después de una noche de fiesta con amigos. Todos eran Albin hasta que cerraba los ojos, sacudía la cabeza y los abría de nuevo.

Era como si ejerciera una atracción inexplicable sobre mí que no me dejaba ir. Me volvía loca. No era como si pudiera volver a verlo, y una gran parte de mí incluso se preguntaba si quería hacerlo.

Sin embargo, ese sentimiento cambió muy rápidamente, exactamente tres semanas después de nuestra noche en la cabaña. Unas cuantas mañanas incómodas vomitando eventualmente me llevaron a hacerme una prueba de embarazo, y el impacto de ver que era positiva hizo que mi mente diera vueltas.

Pasé todo el día en casa, llorando al principio, luego enojada, luego llorando de nuevo. ¿Cómo pude ser tan estúpida? Era como si el universo hubiera decidido agarrarme por el cuello y abofetearme un poco. Un millón de pensamientos corrían por mi cabeza, y un millón más de emociones. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué pensarían mis padres? ¿Cómo sería mi vida ahora?

Aborto.

El pensamiento surgió tan pronto como sentí que había perdido toda esperanza. No era la mejor opción, pero ¿qué más se suponía que debía hacer? ¡Un bebé significaba que mi vida se había acabado, y yo era demasiado joven para eso! Un caleidoscopio de escenarios cliché de madres adolescentes pasó por mi cabeza, y para cuando logré controlar mis emociones, ya había tomado una decisión.

No podía tener un bebé. No estaba lista.

Me tomó un par de días reunir el valor para conducir hasta la clínica de abortos. Ocultárselo a mis padres era una cosa, pero llevarme a mí misma a ir, era una historia completamente diferente. Me sentía culpable porque no era justo para el bebé dentro de mí, pero una parte de mí sabía que sería aún menos justo dar a luz a un niño cuando ni siquiera podía cuidarme a mí misma. ¿Qué tipo de vida podría darle a un niño cuando apenas sabía qué quería hacer con la mía?

—¿Nombre?

La enfermera me sacó de mis pensamientos, y titubeé antes de finalmente decir:

—Martha Auden.

—¿Es ese su nombre real?

—¿Mi nombre real?

La enfermera me miró con impaciencia.

—Muchas mujeres intentan ser anónimas. Solo sepa que vamos a necesitar ver una identificación.

—Es mi nombre real —respondí.

Ella asintió.

—De acuerdo, Chet aquí la llevará a hacerse algunas pruebas. No debería tardar mucho. El Dr. Collins la verá después para darle todos los detalles.

Las pruebas sí tardaron un tiempo, y pasé dos horas esperando que alguien me viera antes de empezar a perder la paciencia.

—Martha Auden.

Levanté la mano, y la enfermera me acompañó a una sala de examen. Me senté allí, mirando las paredes decoradas con imágenes de sistemas corporales y anuncios de medicamentos. Cuando la puerta se abrió y un doctor corpulento con cabello blanco entró, estaba en medio de la lectura sobre los beneficios del ibuprofeno.

—Señorita Auden —me saludó el doctor, estrechando mi mano—. Mi nombre es Dr. Collins. ¿Cómo nos sentimos?

—Embarazada —respondí.

Sonrió ante eso y echó un vistazo rápido a la ficha.

—Desafortunadamente, tengo malas noticias.

—¿Peores que esto?

Asintió.

—Sus pruebas llegaron y, francamente, no está en una posición muy saludable para someterse a este aborto.

—¿Disculpe?

—Para empezar, tiene una anemia severa, y su recuento de plaquetas también es bajo. Si se somete a un aborto ahora, se enfrenta a problemas de salud muy graves, hospitalización o algo peor. Le aconsejaría encarecidamente que no lo haga.

—Bueno, ¿no podemos arreglar lo que está mal y puedo volver?

—Señorita Auden, ya tiene seis semanas de embarazo, y...

—¿Qué? —interrumpí—. Me enteré hace solo unos días. ¿Cómo puedo tener seis semanas de embarazo?

—No siempre se nota al principio, y los síntomas pueden aparecer tarde —respondió el Dr. Collins, y pude ver que ya sentía lástima por mí—. Corregir su recuento sanguíneo y todo eso llevará un tiempo, y de todos modos tendrá que hacerse por el bien del bebé, pero para cuando esté lista para un aborto, habrá superado el plazo legal para realizarlo.

—¿Así que me está diciendo que estoy atrapada con este bebé?

El Dr. Collins se metió la ficha bajo el brazo y me dio una pequeña sonrisa que estoy segura que pretendía tranquilizarme, pero solo me enfureció más.

—No me corresponde decirlo, así que realmente no puedo responder a eso. Sin embargo, mi mejor consejo sería que busque ayuda profesional al respecto. Tiene dieciocho años, y estar embarazada a su edad no es el fin del mundo y, honestamente, no es tan tabú como podría pensar.

—Intente decirle eso a mis padres.

—Podrían sorprenderla —respondió el Dr. Collins—. En estos tiempos, necesitamos a la familia más que nunca, y sus padres podrían aceptarlo.

No lo hicieron, por supuesto.

Cuando les di la noticia esa noche durante la cena, el rostro de mi padre se puso tan pálido que

pensé que le había provocado un ataque al corazón. Se quedó sentado allí, completamente en silencio. Mi madre, por otro lado, tenía muchísimo que decir.

—¿Que tú qué? —gritó. Casi pude oír cristales rompiéndose.

—Estoy embarazada —repetí.

—¿Cómo demonios estás embarazada? —vociferó—. ¿Qué eres, estúpida? ¡Pensé que tomabas anticonceptivos!

Fruncí el ceño. —¿De dónde sacaste esa idea?

—¡Asumí que una chica inteligente como tú no sería tan tonta! —Miró a mi padre, pero él seguía con la mirada perdida en el vacío—. ¿Fue Louis? ¡Sabía que ese chico no traería nada bueno!

—No es Louis, mamá.

—¿Entonces, alguien más? —Lanzó las manos al aire—. ¡Perfecto! ¡Simplemente perfecto! ¿Y quién es nuestro hombre misterioso?

—Alguien que conocí —respondí—. No está en mi vida. Fue una aventura de una noche.

La mandíbula de mi madre se desencajó, y me miró como si fuera una criatura extraña.

—¡Una aventura de una noche! —gritó—. ¿Cómo pudiste? Te educamos mejor que esto. Estoy muy decepcionada de ti, Martha.

Antes de que pudiera decir algo, se levantó y salió furiosa del comedor, dejándome a solas con mi padre.

Mi vida se había acabado.

Era el único pensamiento que cruzaba por mi mente.

No podía volver a la universidad, no así. No sería capaz de soportar las miradas, las risitas, los señalamientos. Sin mencionar que me etiquetarían como la zorra del campus después de que esto se supiera. Ya podía imaginar cómo sería asistir a las clases o caminar por el campus siendo juzgada por mis errores.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos, y cuando finalmente pude mirar a mi padre, vi que

también había lágrimas en los suyos.

—Te educamos mejor —dijo por fin, y sus palabras me rompieron el corazón.

—Lo siento mucho —respondí, con la voz apenas audible—. Intenté abortar, pero...

—Dios mío, Martha —mi padre suspiró y enterró el rostro entre sus manos.

—Dijeron que no podía hacerlo. Mi cuerpo está muy débil, probablemente por todo el trabajo que he estado haciendo, no lo sé.

Mi padre negó con la cabeza y me miró, con los ojos enrojecidos.

—¿Qué hago? —pregunté.

—Tendrás al bebé —respondió.

—Papá, no puedo tener un bebé.

—Eso ya no depende de ti —dijo—. Cometiste un error y tienes que asumir la responsabilidad.

—No sé si puedo hacer esto.

Mi padre suspiró. —Yo tampoco lo sé, pero tendrás que hacerlo.

Me limpié una lágrima de la cara.

—Pero no puedes quedarte aquí.

Sus palabras fueron como una puñalada en mi corazón. La conmoción solo se sumó a las abrumadoras emociones que me invadían.

—Papá...

—Tu madre no podrá soportarlo —continuó—. Y honestamente, yo tampoco. Esta es tu lucha y solo tuya. Hicimos todo lo que pudimos por ti, y sinceramente, esto se siente como una traición a nuestros esfuerzos y confianza.

—Papá, no es así.

Pero pude ver que había tomado una decisión. Su rostro estaba ahora completamente rojo, y el shock inicial había sido reemplazado rápidamente por ira. Si quedaba un ápice de paternidad en él, estaba siendo empujado muy atrás. Era un hombre orgulloso, y solo podía imaginar lo que esto le estaba haciendo.

Se puso de pie, incapaz de mirarme a los ojos, con las manos cerradas en puños que temblaban. —Mañana —dijo—. Quiero volver del trabajo y encontrar que te has ido, Martha.

Empezó a alejarse, luego se detuvo. —Lo siento —dijo finalmente, dejándome sola.

Me derrumbé en lágrimas.

—Será como una pijamada, no te preocupes.

Anne sostenía mi mano mientras nos sentábamos en el sofá de su estudio, mis maletas con todo lo que poseía apiladas a un lado, mi orgullo enterrado bajo mi vergüenza.

—Además, ¡siempre quise una compañera de piso!

Había crecido con Anne, y había sido un gran alivio para ambas cuando descubrimos que habíamos sido aceptadas en la misma universidad. Por supuesto, su complicada historia familiar significaba que estaba más que feliz de irse y ser independiente. Yo no me había sentido así. Hasta ahora.

—Vamos a superar esto, te lo prometo —dijo Anne, abrazándome mientras lloraba.

El shock de ser echada de casa se había desvanecido en el momento en que entré al apartamento de Anne. Ahora todo lo que sentía era miedo, abandono y una sensación abrumadora. El mundo se había desmoronado a mi alrededor con fuerza, y yo estaba tendida bajo los escombros.

—Lo siento —dije—. No me quedará mucho tiempo. Solo hasta que me ponga de pie.

—Cállate —dijo Anne—. No te vas a ninguna parte. Vas a vivir aquí todo el tiempo que quieras, y más incluso. Necesitas ayuda, Mar, y voy a estar aquí para ti te guste o no. No te voy a dejar ir.

Me abrazó fuerte, y yo le devolví el abrazo.

No dejé de llorar durante días.

Capítulo 6

Martha

Cinco años después

—Pero, mami, ¿te extraño!

Cambio el teléfono de un oído al otro mientras ajusto la correa de mi bolso para laptop sobre mi hombro. —Yo también te extraño, Jimmy, pero mami ya va tarde para clase.

—No necesitas ir a clase —me responde la voz de mi hijo en un susurro, como si estuviera compartiendo conmigo un gran secreto.

—Lo sé —le susurro de vuelta—, pero no podemos decírselo a nadie. Tengo que seguir fingiendo, o si no me descubrirán.

Jimmy se ríe al otro lado de la línea y mi corazón da un vuelco. Cinco años ya, y aún me derrite cuando se ríe. Desde la primera vez que sostuve su pequeña mano en la sala de partos, sudando, exhausta y sintiéndome como si me hubiera arrollado un camión, supe que haría cualquier cosa por este niño. Y en cinco años, ese sentimiento no ha cambiado en absoluto.

—Eres buena fingiendo —dijo Jimmy.

—¿Verdad? —Me río—. Gracias, cariño, eso significa mucho viniendo de ti. Ahora tengo la confianza para enfrentarme al mundo.

—¡Adelante, mami!

—¡Mi fan número uno! —Me río.

—La tía Anne quiere hablar contigo.

—Pásamela, cariño.

Anne había sido mi salvación. Había cumplido su palabra y, a través de todo, nunca se apartó de mi lado. Era tanto una madre para Jimmy como yo, e incluso con su estresante horario de trabajo,

siempre encontraba tiempo para cubrirme. No había nadie más importante en mi vida que ella... bueno, excepto Jimmy, por supuesto, y saber que ella se enfrentaría al mundo para protegerlo solo me hacía amarla más.

—En una escala del uno al diez —la voz de Anne reemplazó a la de mi hijo—, ¿qué tan asustada estás?

—Doce —respondí.

—Así que estás en el estado mental perfecto.

Levanté la vista hacia el imponente edificio de literatura a lo lejos y aceleré el paso. Si no tenía cuidado, llegaría tarde a clase, y la última vez que eso sucedió, el profesor me dio toda una bienvenida, para diversión de todo el auditorio.

—Te juro por Dios que han pasado tres semanas y no se vuelve menos intimidante —admití.

—Vamos, Mar, tú puedes —respondió Anne, y pude escuchar a Jimmy encendiendo la televisión de fondo—. Oye, campeón, el tiempo de pantalla no comienza hasta dentro de una hora.

—¡Tía Anne! —se quejó Jimmy al fondo.

Sonreí. —¿Alguna vez te he dicho que eres una heroína por cubrirme hoy?

—No lo suficiente —Anne se rio—. Solo necesito estar en la oficina tres veces por semana, y además, me encanta pasar tiempo con el pequeño diablillo.

—Solo asegúrate de que no te impida hacer tu trabajo real —dije.

—Oye, nuestro acuerdo era que tú ibas a la universidad y yo podía hacer lo que quisiera en casa. Si quiero jugar todo el día, puedo hacerlo.

—Odio que me esté convirtiendo en la más responsable —bromeé.

—¿Responsable? Jimmy es el único responsable.

Me reí de nuevo y empujé las puertas dobles del edificio de Literatura, acelerando mi paso hacia el auditorio. —Traeré comida del restaurante hoy.

—Sobras de pasta y pollo a la pamesana —dijo Anne—. Oye, campeón, ¿escuchaste eso? ¡Hoy

habrá un festín!

—Los veré esta noche —dije, sacudiendo la cabeza por lo tonta que podía ser Anne cuando estaba a solas con Jimmy.

—¡Adiós, mami! —gritó Jimmy.

—Sí, adiós, mami —repitió Anne—. Cuídate, ¿de acuerdo?

—Claro —respondí y colgué.

Por suerte, llegué a la clase antes que el profesor y rápidamente encontré un buen lugar cerca del fondo. Mirando el mar de estudiantes sentados a mi alrededor, todavía me costaba creer que estaba de vuelta aquí. Anne había tardado meses en convencerme finalmente de volver a la escuela, y aunque todo era un poco intimidante, tenía que admitir que se sentía bien estar de vuelta.

Después de cinco años de maternidad y trabajos ocasionales, necesitaba sentir que había más que pudiera lograr. Tenía que agradecer a mi buena estrella por la política de trabajo desde casa de Anne, porque con el trabajo en el restaurante, las clases nocturnas habían sido imposibles, y todavía no me sentía cómoda contratando a alguien más para cuidar a Jimmy.

Bueno, no solo incómoda. Poder pagarlo también era un problema.

Claro, el salario de Anne nos había mantenido durante la mayor parte de los últimos cinco años, y yo intentaba contribuir con el escaso dinero que ganaba trabajando en empleos ocasionales aquí y allá. Pero le debía tanto, y ya era hora de que llevara mi propio peso.

—¿Está ocupado este asiento?

Levanté la vista y me quedé sin palabras. Ojos verde oscuro, hermoso cabello castaño y el cuerpo de un dios griego me dejaron sin aliento. La sonrisa que siguió casi me hizo temblar las rodillas.

—No, no lo está —balbuceé.

El joven se deslizó en el asiento a mi lado y me dio una sonrisa aún más amplia. Extendió su mano. —Horace.

La estreché, sintiendo una descarga eléctrica recorrer mi brazo. —Martha —respondí.

Sostuvo mi mano unos segundos de más antes de finalmente soltarla, y me invadió una repentina sensación de desnudez.

No había tenido una cita en condiciones en años. Entre Jimmy, el restaurante y el hecho de que tenía al menos cinco años más que la mayoría de los estudiantes aquí, era prácticamente imposible tener aspiraciones románticas. Aun así, eso no me impedía mirar, y el joven sentado a mi lado en este momento era definitivamente un festín para la vista.

—Tengo que confesarte algo —dijo Horace—. He estado reuniendo el valor para presentarme contigo durante una semana.

—¿Es así?

Asintió. —No tuve la oportunidad, y la mayoría de las veces, o llegas tarde a la clase o te has ido antes de que pueda siquiera levantarme de mi asiento.

Asentí, sin querer romper el hechizo de lo que estaba sucediendo. No iba a mencionar el turno del restaurante o el hecho de que normalmente tenía que irme para volver con mi hijo. Sabía que mencionar a Jimmy generalmente resultaba en que los hombres salieran corriendo.

—Bueno, ahora estás aquí —dije.

—Así es —dijo—. Aunque para ser un estudiante de tercer año, habría pensado que me toparía contigo mucho antes.

—Estaba de año sabático —bromeé—. Necesitaba unos años libres.

Levantó una ceja. —Respeto eso. Es bueno saber cuándo necesitas un tiempo lejos de todo esto.

—Oh, ¿sabes de eso, eh?

Horace se rio. —Me tomé un año sabático antes de la universidad. Entre tú y yo, ni siquiera se supone que deba estar aquí. Soy de primer año. Este curso está al menos a un año de estar disponible para mí.

Fruncí el ceño confundida.

—Entonces, ¿por qué estarías aquí?

—La literatura es lo mío —dijo—. Lo ha sido durante mucho tiempo. Al menos, desde que descubrí que haría enojar al viejo.

—Un rebelde, ¿eh?

—Mi padre dirige varios casinos, así que el camino a elegir era finanzas o negocios. —Horace me miró intensamente—. Así que elegí literatura. He estado cabreando a mi padre desde la preparatoria.

Asentí y no pude evitar sonreír. Un niño rico rebelándose contra su padre. Realmente atraía a los raros.

—Entonces, ¿qué tal si nos saltamos esta clase y vamos por un café? —ofreció Horace.

—Pensé que amabas la literatura —sonreí con suficiencia.

—Amaría más el café —respondió, inclinándose hacia mí.

Lo imité, nuestros rostros a centímetros de distancia.

—¿Qué tal si asistimos a la clase y realmente aprendemos algo?

Fingió un puchero.

—Me estás rompiendo el corazón.

Estaba a punto de responder cuando el profesor entró y comenzó a gritar instrucciones. Recostándome, le guiñé un ojo y saqué mi portátil.

Pasó toda la clase alternando entre mirar al profesor y a mí, y por primera vez en años, sentí un enjambre de mariposas revoloteando en mi estómago.

Vi a Horace todos los días durante una semana desde aquella primera vez. A veces venía a las clases, pero después de que el profesor nos regañara, decidió mantener nuestros encuentros fuera. Aparecía en la biblioteca cuando tenía que pedir prestado un libro o dos para ayudar con un trabajo. Se presentaba en la cafetería entre clases. Una vez, incluso me encontró temprano en la parada de autobús fuera del campus justo cuando yo llegaba.

—Me estás acosando —bromeé.

—¿Es un crimen pasar tiempo con alguien?

—¿No tienes mejores cosas que hacer con tu tiempo? —Tenía que admitir que me gustaba la atención.

—Hasta que consiga ese café, voy a aparecer en todas partes.

Y no estaba bromeando.

Esa noche, Horace realmente apareció en el restaurante.

Llevaba una hora en mi turno, y el maître ya me estaba dando guerra. El hombre tenía una escoba metida tan arriba en el trasero que era asombroso que pudiera siquiera caminar mientras nos ladraba órdenes. Había sido camarera en multitud de lugares, y había soportado mi buena parte de jefes imbéciles, pero esto era otra cosa. Si tenía un solo cabello suelto de mi cola de caballo, podían mandarme a casa por la noche y perder mi paga.

Por supuesto, en medio de ser regañada por una cosa tras otra, ver a Horace sentado en una mesa en mi área me tomó por sorpresa.

—Necesitamos establecer límites —susurré cuando llegué a su mesa y le entregué el menú.

Horace fingió sorpresa.

—¡Martha! Dios mío, esto realmente es una sorpresa. No tenía idea.

Me reí.

—Vas a hacer que me despidan.

—Jamás lo haría —dijo Horace con asombro, luego sonrió—. ¿Qué tal si pido lo más caro del menú y dejo una propina enorme? Eso debería hacer que tu jefe se sienta extra feliz.

—No eres la única persona con dinero que viene aquí —dije.

—Bien, entonces dos de tus platos más caros —dijo Horace, devolviéndome el menú—. Y la promesa de que te reúnas conmigo para tomar un café mañana.

—Eres insistente —dije.

—Por supuesto que lo soy —respondió—. Lo vales.

Sus palabras me derritieron, y casi salté de vuelta a la cocina para dar su orden. Pasé otra hora yendo y viniendo entre su mesa y las otras, y me costó mucho esfuerzo mantener las cosas profesionales. Por supuesto, el maître no apartaba los ojos de mí. Cuando Horace finalmente pagó su cuenta, le dije que consideraría seriamente su oferta.

Se levantó para irse, rozó su mano contra la mía y susurró:

—No puedo esperar.

Llevé una enorme sonrisa en mi rostro toda la noche, y el turno pasó volando. Al final, estaba en las nubes y pensando en darle una oportunidad a Horace. Después de todo, ¿por qué no? Si me hacía sentir así, ¿no valía la pena un café?

Me cambié rápidamente y salí por la parte de atrás. Busqué mi teléfono, lista para enviarle un mensaje cuando me detuve en seco.

Horace estaba apoyado contra la barandilla del restaurante, con los brazos cruzados sobre el pecho, sonriéndome.

—Estás siendo espeluznante —bromeé.

—¿Qué clase de hombre sería si no te llevara a casa al menos a esta hora de la noche?

Me puse un mechón de pelo detrás de la oreja y sonreí.

—En realidad, camino a casa.

Horace se apartó de la barandilla y extendió su brazo para que entrelazara el mío.

—Entonces permíteme acompañarte a casa.

—No tienes que hacerlo.

Me miró con esos ojos verdes suyos y me dio una sonrisa que hizo que mi corazón se saltara un latido.

—Quiero hacerlo.

Entrelacé mi brazo con el suyo y comenzamos a caminar.

—¿Significa esto que finalmente tomaremos café mañana? —preguntó.

Asentí.

—Sí, lo haremos.

Sonreí todo el camino a casa.

Horace estaba aquí, era real, y sabía que era mejor para mí no aferrarme a un sueño para siempre.

Capítulo 7

Martha

Las primeras semanas con Horace fueron buenas.

Hacía tiempo que no sentía otra cosa que no fuera agotamiento y desgaste. Estar con Horace me recordaba un poco a lo que era estar con Louis, con algo de la emoción y la novedad afectándome. Comparado con Louis, sin embargo, Horace era un ángel, un verdadero caballero y alguien que realmente se preocupaba lo suficiente como para darme el espacio que necesitaba y la atención que anhelaba. Me hizo preguntarme si alguna vez podría superar a Albin y hacer espacio en mi corazón para él.

Horace era sincero, amable y, lo más importante, estaba presente.

Aunque sabía que nunca iba a ver a nadie como veía a Albin, los intentos de Horace me conmovieron lo suficiente como para permitirme intentarlo.

De vez en cuando, mi mente volvía a Albin y a aquella noche en la cabaña. Hace cinco años, cuando me enteré por primera vez de que estaba embarazada, fue fácil bloquearlo y solo mencionarlo cuando quería culpar a alguien por la miseria en la que me encontraba. Los nueve meses no habían sido fáciles, y con solo Anne como mi apoyo, me había pasado factura. Albin había sido un blanco fácil.

Por supuesto, pensé en él después del nacimiento. Una pequeña parte de mí pensó que sería justo buscarlo y hacerle saber que tenía un hijo en el mundo. No me importaba si el hombre quería ser parte de nuestras vidas, y honestamente, no importaba. Era la idea de que en algún lugar, Albin andaba por ahí ajeno al hecho de que Jimmy existía.

Había apartado esa culpa de mi mente bastante rápido. En lo que a mí respectaba, Jimmy era mío y solo mío.

Sin embargo, todavía había noches en las que pensaba en mi noche con él y cómo me había hecho sentir. Todavía sentía una atracción hacia el misterioso hombre que había compartido mi cama una vez y me había hecho sentir como una verdadera mujer.

Albin. ¿Dónde estarías ahora?

Esa noche dejó sus cicatrices, sin embargo, la más importante de las cuales fue volver a confiar sexualmente en un hombre. Y podía ver que eso estaba molestando un poco a Horace. Él hacía sus acercamientos, aunque sutiles. Dejaba pistas aquí y allá. Pero yo siempre las mantenía a distancia. No tenía idea de si alguna vez estaría lista para abrirme a un hombre de esa manera nuevamente.

Tres semanas después de empezar a salir, finalmente lo presenté a Anne y Jimmy. Aunque Horace y yo habíamos estado tomando las cosas con calma, sabía que lo mantenía a distancia por una razón. Cada vez que intentaba bajar la guardia con él, algo me decía que no lo hiciera. Presentarlo a Anne y Jimmy era lo único en lo que podía pensar para mejorar las cosas. Después de todo, le había hablado de mi hermoso niño unos días antes, y contrario a la creencia popular, no desapareció inmediatamente ni me dejó de hablar. Al contrario, había estado más que dispuesto a conocer a Jimmy, y la primera vez que lo invité al apartamento, sentí que realmente se llevarían bien.

Horace adoraba a mi hijo.

No podía decir lo mismo de Jimmy, sin embargo.

—Es malo —dijo Jimmy una noche durante la cena.

—No llamamos a la gente mala sin razón, cariño —respondí. Miré a Anne, pero ella mantuvo su atención en su espagueti y evitó el contacto visual. Fruncí el ceño. Normalmente me apoyaba en cosas como esta.

—Pero tengo razones —dijo Jimmy—. Mi razón es que es malo.

—¿Por qué es malo? —pregunté, mi mente diciéndome que era inútil tratar de razonar con un niño de cinco años—. ¿Qué hizo?

Jimmy se encogió de hombros. —Simplemente no me gusta. Huele raro. Y sonrío como el gato de Cheshewire.

—Gato de Cheshire —corregí.

—Eso es lo que dije —respondió Jimmy.

—Bueno, ¿qué tal si le damos otra oportunidad y luego vemos cómo te sientes?

—¡No! —Jimmy golpeó su tenedor en la mesa y empujó su plato enojado.

—¡Jimmy!

—Oye, amiguito, vamos —Anne se levantó y lo tomó de la mano—. Eso no fue agradable. ¿Qué tal si pasas cinco minutos en tu habitación donde puedas pensar en lo que acabas de hacer?

Suspiré y me pasé una mano por la cara. A veces las rabietas de Jimmy me volvían loca, pero pensé que a los cinco años, esas ya habrían terminado. Su actitud hacia Horace me preocupaba. Suspirando, limpié la mesa del comedor y comencé a lavar los platos cuando Anne regresó para ayudarme.

—Podría haber usado tu ayuda allá atrás —dije, mi tono un poco demasiado amargo.

Ella lo dejó pasar. —No puedes decirle a un niño cómo sentirse, Mar. Sabes eso mejor que yo.

—Simplemente no entiendo su arrebato.

—Honestamente, los instintos del niño no son malos —respondió Anne.

Me volví hacia ella. —¿Qué? ¿Tú también?

Anne levantó ambas manos en señal de falsa rendición. —Oye, estoy encantada de que estés volviendo a salir, de verdad. Pero tengo la misma sensación que Jimmy. No me gusta el tipo. Como que ni un poquito.

Levanté las manos y solté un largo suspiro. —Adelante, enumera sus defectos para mí.

—No te estoy diciendo que termines con él, Mar; deja eso —dijo Anne, apretando mi brazo—. Solo te estoy diciendo que tengas cuidado, eso es todo. Tengo un mal presentimiento sobre este tipo.

—Bien, advertencia anotada —dije enojada y me fui a mi habitación.

En minutos estaba vestida y enviando un mensaje a Horace para que me encontrara abajo. Cuando volví a salir, miré a Anne y solté un suspiro. Luego me apresuré a salir, bajando las escaleras de dos en dos.

Quería que a Anne le gustara Horace.

¿Por qué no podía ser simplemente sencillo?

Nunca me quejé de ninguno de los hombres con los que Anne salía. Los toleraba *a pesar* de lo que sentía por ellos, así que no tenía idea de por qué estaba siendo tan dura con el pobre y dulce Horace, que no había hecho nada malo.

No estaba enamorada del hombre ni nada, pero me trataba bien y me gustaba.

Y necesitaba a un hombre así en mi vida.

El aire fresco de la noche me calmó un poco, pero aún estaba furiosa. Cuando Horace llegó en su BMW, me subí y cerré la puerta con fuerza.

—Oye, oye, oye —se rio—. Tranquila.

—Lo siento —murmuré.

—¿Está todo bien?

—Solo conduce —dije—. Quiero salir de aquí.

Fue lo suficientemente inteligente como para no hacer más preguntas y simplemente condujo por la ciudad en silencio. Media hora después, tomó un desvío y se dirigió hacia la costa, las calles medio vacías permitiendo un suave cruce que rápidamente me calmó. Extendió la mano y apretó mi pierna.

—¿Mejor?

Asentí.

Nos llevó a un estacionamiento en la playa, una hermosa elevación con vista al océano y un muelle tenuemente iluminado. Se escuchaba música a lo lejos, y éramos uno de solo tres coches aparcados. A unos metros, podía ver a una pareja besándose en el asiento trasero de un Range Rover.

Horace puso el freno de mano, bajó las ventanillas y apagó el motor. Las brisas del océano me calmaron aún más, y en cuestión de segundos sentí que volvía a ser yo misma.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Estoy bien.

—Eres cualquier cosa menos estar bien.

—¿Podemos simplemente hablar de otra cosa? —le pedí.

—Vale, de acuerdo. Por cierto, mi padre podría venir a la ciudad de visita. Dice que quiere ver en qué he estado perdiendo el tiempo.

Me volví hacia él, mi enojo aumentando de nuevo.

—¿Así que soy una pérdida de tiempo?

—Jesús, Martha, no, no es eso lo que quise decir —respondió Horace frunciendo el ceño—. Está hablando de la universidad. No sabe sobre ti.

—¿No sabe sobre mí? ¿En serio? ¿Por qué no? ¿Tienes miedo de decirle que estás saliendo con alguien que tiene un hijo?

—No sabe sobre ti porque no es asunto suyo —respondió Horace—. Estoy de tu lado en esto. ¿Qué demonios está pasando?

Apreté los puños y rechine los dientes. Cerrando los ojos, conté hasta diez y luego dejé escapar un largo suspiro.

—Ha sido una noche larga, eso es todo.

—Estaba dispuesto a hablar de ello.

—¡Y yo no quiero! —Sentí que las lágrimas brotaban de mis ojos y rápidamente las aparté.

—Eh, eh —dijo Horace, inclinándose y secando otra que corría por mi mejilla—. Estoy aquí mismo, Martha. No tenemos que hablar de nada. Podemos simplemente sentarnos aquí y disfrutar de la vista y olvidarnos de todo lo demás, ¿de acuerdo?

Sorbí y asentí.

—De acuerdo —dijo—. Solo tú y yo, ¿vale? Nada más.

Se inclinó y me besó, y yo le devolví el beso. Su mano se movió hacia la parte posterior de mi cuello, y me atrajo más cerca, profundizando nuestro beso. Puse una mano en su pecho y lo respiré, la sensación de sus labios contra los míos me hizo dar vueltas la cabeza. Esto era exactamente lo que necesitaba.

Sin embargo, cuando su mano se deslizó bajo el dobladillo de mi camisa, me devolvió al presente.

—Espera —jadeé, rompiendo el beso—. Ahora no.

Horace me miró durante unos segundos, luego se inclinó de nuevo. Su beso era más hambriento y agresivo, y su mano encontró rápidamente mi pecho y lo apretó. Lo empujé hacia atrás.

—Horace, no —dije—. No quiero hacer esto. Y definitivamente no aquí.

Se recostó y suspiró frustrado.

—¿Por qué demonios no?

Fruncí el ceño.

—Para empezar, no estoy en el estado mental adecuado. Estoy emocional, no cachonda. Segundo, ¿un estacionamiento? ¿En serio?

—Martha, ha pasado un mes —se quejó—. No sé qué estás esperando, pero esto es más de lo que he esperado nunca.

—Vaya —murmuré—. ¿No puedes mantener tus pantalones puestos?

—¿Estás bromeando?

—¿Qué?

—Bueno, primero pensé que eras un poco reservada —dijo Horace—. Pensé, es una chica que quiere ir despacio, tal vez incluso virgen, quién sabe. Eventualmente, saldrá de su caparazón. Pero después de conocer a tu hijo...

Me senté hacia atrás sorprendida.

—¿Después de conocer a mi hijo?

Apretó los labios.

—¿Qué? ¿Pensaste que abriría las piernas a cualquiera solo porque tengo un hijo?

—Bueno, no te estás guardando para el Sr. Adecuado.

Sus palabras me dolieron, y por primera vez, pude ver completamente de lo que Anne y Jimmy intentaban advertirme. ¡El niño mimado!

—¿Así que esto es todo? —pregunté—. ¿Estabas jugando a largo plazo? ¿Todo el encanto y la caballerosidad era solo para meterte en mis pantalones?

Horace levantó las manos frustrado.

—Perdóname por querer follar.

—¡Entonces ve a buscarte una puta! —grité.

—¡Pensé que ya lo había hecho!

Le di una bofetada. Fuerte.

Antes de que pudiera reaccionar, ya estaba fuera del coche y caminando hacia el Range Rover, mirando por encima del hombro, medio preocupada de que Horace me siguiera y hiciera algo estúpido.

No lo hizo.

Me detuve y observé horrorizada cómo encendía el motor, daba marcha atrás y patinaba al girar. Se detuvo justo a mi lado.

—Encuentra tu puta manera de volver a casa —dijo, y con eso, se marchó.

Lo vi alejarse y me quedé allí por lo que pareció una eternidad, incapaz de asimilar lo que acababa de suceder.

Una mano en mi hombro me hizo saltar y gritar. Era la pareja del Range Rover.

—¿Estás bien? —me preguntó la chica.

Apenas alcancé a ver el coche de Horace doblando una esquina antes de volver a mirar a la pareja.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda conseguir que me lleven de vuelta a la ciudad? —pregunté.

Capítulo 8

Martha

Un año después

Evité a Horace como a la peste hasta que me gradué.

Sin embargo, no fue tan fácil hacerlo. Su pequeña rabieta duró unas pocas semanas como máximo, y volvió a acosarme en las clases y a buscarme en las cafeterías. Tuve que ser firme, asegurándome de que entendiera que lo nuestro había terminado para siempre. Aun así, persistió, y pronto comencé a buscar formas creativas para asegurarme de que no pudiera encontrarme.

Afortunadamente, no tuve que aguantarlo por mucho tiempo.

Después de la graduación, fue mucho más fácil ignorarlo. Ya había bloqueado su número, y él había dejado de intentar aparecer frente a mi edificio. Anne me dijo que una vez lo había visto en una cafetería cercana, probablemente esperando la oportunidad de "accidentalmente" encontrarse conmigo o algo así, pero en general mantuvo su distancia.

Tenía cosas más importantes de las que ocuparme.

El mercado laboral era un completo desastre.

Fui de una entrevista a otra, y aunque muchos trabajos eran tentadores, el salario era tan ridículamente bajo que ganaba más dinero trabajando como camarera. En algún momento, comencé a preguntarme si las empresas estaban castigando a la gente por obtener títulos universitarios.

—No es tan malo —dijo Anne una noche—. Es solo el comienzo. Una vez que te hayas probado a ti misma, y sé que puedes hacerlo, crecerás bastante rápido.

—No me importa el trabajo duro o empezar desde abajo —respondí—. Dios sabe que he hecho mi parte en eso. Es solo que Jimmy está ahora en el jardín de infantes, y los costos se están disparando. Y no puedo seguir dependiendo de ti para mantenernos para siempre.

—Nunca me he quejado.

—Eso solo lo hace peor —me reí—. Eres realmente buena con nosotros, Anne, y lo peor de todo es que haces que sienta que no somos una carga para ti.

—¡No lo son!

—Lo sé —dije, tomando su mano y apretándola—. Pero quiero hacer mi parte. Ya es hora de que aporte algo de dinero real a este hogar.

Anne terminó de guardar los platos y se apoyó en el fregadero con un suspiro. —Entonces, ¿cuál es el plan?

—Voy a tener que mantener mi turno en el restaurante —dije—, y acabo de conseguir una pasantía en una pequeña revista en línea. Parece prometedor, pero el pago no será suficiente.

—Hay que empezar por algún lado —dijo Anne.

—Lo sé —respondí.

Le di un abrazo rápido y me fui a dormir.

Los siguientes días transcurrieron sin incidentes. En su mayoría, me apegué a una rutina, tratando de equilibrar entre ayudar en casa y malabarear dos trabajos. Anne estaba definitivamente feliz por ello, y podía ver el alivio en su rostro. No me había dado cuenta de cuánto había puesto inconscientemente sobre sus hombros, pero parecía mucho más relajada e incluso logró salir una o dos noches con sus compañeros de trabajo.

Yo, por otro lado, estaba simplemente feliz de estar trabajando en un trabajo que me gustaba por una vez. La pasantía de editora era genial, y realmente estaba aprendiendo mucho. El hecho de que fuera un establecimiento pequeño también me permitía conocer mucho mejor a las personas que trabajaban allí, y el ambiente familiar era bastante atractivo. Sentía que realmente podría desenvolverse bien allí.

El restaurante, por otro lado, era una historia completamente diferente.

Algunas malas decisiones gerenciales redujeron tremendamente la clientela, y estaba pasando factura a todos. Las tensiones eran altas, y cualquier error, por pequeño que fuera, podía costarte el trabajo. Era como caminar sobre cáscaras de huevo cada noche, y estaba empezando a afectarme.

Así que, cuando Horace apareció allí una noche, fue como si hubiera clavado el último clavo en el ataúd.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —le siseé, fingiendo sonreír y tomar su orden.

—Me has estado evitando —respondió Horace—. Todo lo que quiero hacer es disculparme. Ni siquiera me das la oportunidad de explicarme.

—No hay nada que explicar —respondí secamente—. Dijiste algunas cosas realmente jodidas y luego me dejaste en medio de la nada. Fin de la historia. No quiero tener nada que ver contigo.

Se inclinó hacia mí, y di un paso atrás. —Dame la oportunidad de demostrarte que no fue más que un error.

—Estas cosas no son errores, Horace —dije entre dientes—. ¿Vas a pedir algo o solo estás tratando de hacerme perder el tiempo?

Cuando no respondió, comencé a alejarme. Horace se levantó rápidamente y me agarró del brazo.

—Suéltame o perderás la mano —siseé.

—¿Hay algún problema aquí?

El Maître D había aparecido de la nada, y rápidamente me recompuse. —No, señor, estaba a punto de tomar la orden de este caballero.

El escaso número de personas en el restaurante había comenzado a observarnos, y podía sentir mis mejillas arder de vergüenza.

—En realidad —dijo Horace—, su camarera aquí fue bastante grosera conmigo.

Mi mandíbula cayó, y mis ojos se abrieron de par en par. Miré a Horace completamente conmocionada.

—Le estaba haciendo algunas preguntas sobre el menú, y ella fue muy impaciente. —Me lanzó una mirada diabólica, una que me hizo querer golpearlo y romperle la nariz—. Ni siquiera me ayudó a hacer una elección y simplemente se alejó de mí. La estaba deteniendo y estaba a punto de llamar a su gerente.

El Maître D me miró con furia.

—Eso no es cierto —dije.

—¿Me estás llamando mentiroso? —La voz de Horace se hizo más fuerte, y el Maître D visiblemente entró en pánico.

—No, señor, por supuesto que no —dijo rápidamente—. Haré que alguien más venga a tomar su orden de inmediato.

—No es necesario —dijo Horace—. Después de lo que ella hizo, dudo que quiera comer aquí. Recibirán una terrible reseña mía en línea.

Horace me lanzó una sonrisa burlona y luego se marchó.

El Maître D me miró furioso, y la vena en su frente sobresalió tanto que temí que estallara. — Cámbiate y vete a casa —escupió—. Has terminado aquí.

—¡Pero eso no sucedió!

Él levantó una mano.

—No hagas una escena, o me aseguraré de que nunca vuelvas a conseguir trabajo como camarera en esta ciudad.

No me fui directamente a casa, sino que pasé una buena hora caminando por la ciudad, furiosa. Una parte de mí esperaba toparme con Horace, lo que me daría la oportunidad perfecta para decirle unas cuantas verdades. Quería herirlo como él me había herido a mí. Nunca en toda mi vida se había cuestionado mi ética de trabajo. Me enorgullecía del hecho de que, contra viento y marea, siempre cumplía con mi trabajo, y jamás se me pasó por la mente que pudieran despedirme. Hacer el trabajo, ir más allá, demostrar que eres indispensable y que te paguen. Mi padre me había inculcado eso desde que tuve edad suficiente para servir mesas y cortar el césped.

Y lo había hecho todos los días desde entonces.

Comencé a temblar, sintiéndome más avergonzada que herida, pero rápidamente me recompuse cuando llegué a mi edificio.

Por supuesto, Anne pudo ver a través de mí.

Y no ocultó su enojo cuando le conté lo que había pasado.

—¡Ese hijo de puta! —gritó.

—Anne —la advertí, señalando a Jimmy.

—Lo siento —susurró, y luego gruñó—. Es que estoy tan enojada en este momento. Ese maldito hipócrita.

—Es como si la tuviera contra mí o algo así —dije.

—Obviamente —respondió Anne—. Un niño rico blanco que no está acostumbrado a escuchar la palabra "no", ¿y crees que se esforzaría por ser un buen tipo?

—¿Entonces qué hago ahora?

Anne me miró, luego a Jimmy.

—Siempre puedes conseguir otro trabajo de camarera.

Me encogí de hombros.

—Sinceramente, y odio decir esto, me siento un poco aliviada.

—Estabas llorando a mares hace cinco minutos.

—Lo sé, lo sé, pero escúchame —respondí—. Volví a la universidad para finalmente dejar de ser camarera o hacer todos estos otros trabajos ocasionales. La pasantía, es realmente otra cosa, y siento que estoy en mi elemento allí. —Suspiré—. Ahora que la ira y la frustración no nublan mi mente, siento como si me hubieran quitado un peso de encima.

Anne sonrió.

—Perfecto. Entonces quédate solo con la pasantía si te hace feliz.

—Aún necesitamos dinero.

—Te dije que no te preocuparas por eso —Anne frunció el ceño—. Estamos bien.

—No vamos a tener esta discusión otra vez.

—Sí, la tendremos. —Anne tomó mis manos y me miró a los ojos—. Dijiste que esto es lo que quieres hacer, y te conozco. Serás editora en jefe en un abrir y cerrar de ojos. Vamos a estar bien.

—Te quiero por lo que estás haciendo, Anne —sonreí—. Dios sabe cuánto aprecio todo esto. Pero no voy a ceder en esto. Tendré que pensar en otra cosa.

Anne se mordió el labio, y me senté, observando a Jimmy jugar con sus Legos. Estaba creciendo rápido, y con todo lo que había pasado recientemente, sentía que me había perdido completamente el último año de su vida. Como si hubiera un vacío en lo que deberían haber sido algunos recuerdos maravillosos.

—Oye, espera un segundo —dijo Anne de repente. Agarró su teléfono y desapareció en su habitación por lo que pareció una eternidad. Cuando volvió a salir, tenía una amplia sonrisa en su rostro.

—¿Te acuerdas de Tiffany Alexander?

Fruncí el ceño y negué con la cabeza.

—¿Pelo rubio rizado, un ojo verde y uno azul?

—Ah, sí —recordé—. Estuvo en tu fiesta de cumpleaños.

—Solía ser la asistente del editor en jefe de *Gent's*.

—Espera, ¿*Gent's*?

—El mismísimo.

Sentí que mi corazón se aceleraba en mi pecho.

—Oh, Dios mío, moriría por una pasantía allí. ¿Crees que pueda poner una buena palabra o tal vez impulsar mi CV?

Anne me guiñó un ojo.

—Puedo hacer algo mejor. Renunció hace unas semanas y han estado buscando un reemplazo desde entonces. Acabo de llamarla y dice que aún no han encontrado a nadie. Y está desesperada porque necesita capacitar al nuevo empleado antes de irse.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Quieres esa entrevista?

Aplaudí y salté de arriba abajo como una niña pequeña.

—¿Estás bromeando?

—¿Eso es un sí? —bromeó Anne.

—¡Sí, sí, joder, sí!

—¡Mamá! —me regañó Jimmy.

Contuve la risa y me cubrí la boca.

—Lo siento, cariño, lo siento mucho. —Miré a Anne, y ambas empezamos a saltar de alegría.

Esa noche, me acosté pensando en lo que nos depararía el futuro a todos. Todavía no estaba segura de lo que implicaría el trabajo, cómo serían los horarios o, lo más importante, cuál sería el salario. Pero era un paso adelante, y aunque iba a extrañar a la pequeña familia que había formado en mi pasantía, sabía que estarían felices por mí.

Después de todo, ¿no era esto a lo que se suponía que debía llegar? Trabajar para el editor en jefe de una revista como *Gent's* era algo que impulsaría mis oportunidades en este campo.

Por primera vez en mucho tiempo, estaba emocionada por lo que traería el mañana.

Se sentía como si las cosas finalmente estuvieran mejorando.

Capítulo 9

Albin

—Su whisky, señor.

Le dediqué una sonrisa rápida al auxiliar de vuelo antes de tomar mi bebida y volver mi atención a la revista de a bordo desplegada sobre mi regazo. El líquido cálido bajó suavemente, y sonreí para mis adentros. Era uno de los únicos tres pasajeros en primera clase, y la soledad se sentía agradable. Por supuesto, no era nada comparado con mi jet privado, pero a veces se sentía bien mezclarse con otras personas. Nunca se sabe a quién podrías conocer.

Normalmente, habría aprovechado la oportunidad de viajar en clase ejecutiva o económica, pero quería sentarme a solas con mis pensamientos, especialmente en este viaje.

Miré mi reloj. Las dos de la tarde.

Di otro sorbo y continué hojeando la revista. Mi mente divagó, pensando en la más reciente oportunidad de inversión que habían puesto sobre mi escritorio. Publicaciones. Revistas, específicamente. Y por más que lo intentaba, no tenía ni idea de por qué siquiera lo estaba considerando.

El papel estaba muerto. La mayoría de las investigaciones lo decían, y aunque había un constante retorno a él, el hecho de que la gente se estaba volviendo más "verde" me hacía preguntarme cuánto duraría un repunte como este. Por supuesto, las opciones en línea eran infinitas, y sabía que si fuera a invertir en una publicación, esa sería definitivamente el área en la que querría ver crecimiento.

Aunque no me convencía del todo, eso no me impidió volar a través del país para explorar una posible oportunidad de inversión.

Pasé las páginas, dejando atrás un anuncio de Jack Daniels y un artículo sobre el más reciente descubrimiento arqueológico en algún lugar de África, y entonces me detuve.

Retiro en la Montaña Nevada. El escape perfecto para el amante de la naturaleza que hay en ti.

El anuncio gritaba desde las páginas, y casi al instante, mi mente comenzó un montaje del

pasado. Pierna sangrante, lobos aullando, tormenta de nieve, cabaña vacía, una chimenea.

Y ella.

Martha.

Lo recordaba como si fuera ayer, y cerré los ojos ante el aluvión de imágenes que comenzaron a aparecer en mi cabeza. Una belleza que era hipnotizante, un toque que enviaba escalofríos por mi columna, y una piel tan suave en la que podría derretirme. Había sido una de las noches más increíbles de mi vida, y no importaba cuánto lo intentara, nunca podría olvidarla.

Cada mujer que conocí después de eso era inconscientemente comparada con Martha. Cada encuentro sexual era injustamente puesto lado a lado con esa noche. Y hasta el día de hoy, nada se acercaba siquiera a competir.

Había pasado unos meses buscándola, pero al final, nada. No es que tuviera mucho con qué trabajar. No podía recordar su apellido o incluso si me lo había dado. No tenía número de matrícula, y ni siquiera recordaba de dónde era. Todo lo que tenía era esa noche, y se había quedado conmigo durante años.

Martha.

Cerré la revista y tomé otro sorbo de mi whisky. Emociones que creía haber logrado apartar me invadieron, pero la oleada me abrumó, y mi mano comenzó a temblar un poco. Maldije el anuncio de la montaña nevada por la crueldad de lo que estaba pasando, recordando una noche con una persona que probablemente nunca volvería a ver.

Sacudí la cabeza y rápidamente alejé los recuerdos.

No ahora. No era el momento de hundirme en el pasado. Después de todo, de cierta manera, Martha realmente me había hecho un favor. El hecho de que nadie que conociera se acercara siquiera a hacerme sentir de la misma manera me había empujado a enfocarme más en la empresa. Largas noches que podrían haberse pasado con ella en mis brazos habían sido reemplazadas por interminables reuniones, largas horas quemando el aceite de la medianoche, y un entusiasmo por sumergirme en un proyecto tras otro solo para mantenerme ocupado.

Solo para mantener mi mente alejada de ella.

Y mírame ahora. Más rico, más exitoso, y comandando mucho más respeto de una empresa que

una vez pensó que nunca podría reemplazar a mi padre.

¿Pero eres feliz?

La pregunta ardió en mi mente, y decidí que la mejor línea de acción sería ignorarla. ¿Importaba si era feliz? ¿Añadía algo a la vida que había construido para mí mismo? Era exitoso, y eso superaba todo lo demás. Al menos, eso era lo que me seguía diciendo a mí mismo.

La felicidad llegaría. Eventualmente.

Cuando se encendió la señal de abrocharse el cinturón, suspiré aliviado. Ya no quería estar a solas con mis pensamientos.

Me tomó alrededor de una hora pasar por la recogida de equipaje y me irritó un poco lo abarrotado que estaba el JFK, pero afortunadamente, mi conductor estaba esperando tan pronto como salí por la puerta. Había alquilado la limusina yo mismo, aunque la revista había prometido enviarme un coche. Tenía la fuerte sensación de que no me iba a gustar el viaje si no me encargaba de estos detalles yo mismo, y quería asegurarme de que mi primera impresión se reservara para cuando conociera al equipo.

En menos de una hora, estaba registrándome y siguiendo al botones hasta mi suite. Le di una generosa propina, me quité la chaqueta del traje Gucci y la dejé sobre el sofá, luego contemplé la vista panorámica de Central Park a través del muro de ventanas. Era una vista espectacular, y ver a la gente ocuparse de sus asuntos sin preocupación en el mundo sirvió para calmarme un poco.

Divisé varias parejas disfrutando lo que quedaba de la tarde y de repente comencé a imaginar cómo sería pasear por Central Park con Martha. Tomando su mano, acercándola a mí, disfrutando de un músico callejero o cualquier otro artista callejero, tal vez incluso dándonos el gusto de probar un famoso perrito caliente de Nueva York.

El zumbido de mi teléfono me devolvió al mundo real, y contesté con un suspiro.

—¿Tuviste un buen vuelo?

Jason Garber era mi mano derecha y mejor amigo desde que tenía memoria. Crecimos juntos, fuimos a la misma universidad, y ambos nos graduamos con honores. Él era la voz de la razón y el único hombre que sabía que podía mantener la cabeza fría cuando las cosas se ponían difíciles. También era quien me había advertido sobre conducir en una tormenta todos esos años atrás, y

aunque había acertado, nunca habría conocido a Martha si lo hubiera escuchado.

Tal vez nunca conocer a Martha habría sido algo bueno, y no estarías tan miserable.

Aleje ese pensamiento.

Esa noche fue preciosa. No la cambiaría por nada del mundo.

—Tierra llamando a Albin.

—Aquí estoy —respondí, volviendo mi atención al mundo exterior.

—Tu reunión es a las nueve de la mañana, así que trata de no acostarte muy tarde y, definitivamente, nada de escapadas sexuales, ¿de acuerdo?

—Eres mi asesor, no mi madre.

—Y te estoy *aconsejando* que te lo tomes con calma —replicó Jason—. Ya estás al borde del agotamiento y, honestamente, esta inversión parece prometedora. Así que necesito que te comportes lo mejor posible.

—Aún no entiendo por qué no te envíe a ti en mi lugar —dije con una sonrisa.

—Asesor, no mayordomo —se rio Jason—. Recuérdalo. Hay cosas que tienes que hacer tú mismo.

—¿Al menos puedo reunirme con ellos en las salas de juntas aquí en lugar de ir a las oficinas?

—¿Qué te pasa? —dijo Jason exasperado—. En serio, toma aire fresco, muévete, ve gente. ¿Qué vas a hacer, pasar los tres días enteros en tu suite?

—No me opondría a eso —me reí—. Me gusta la suite.

—Has estado en ella al menos cuatro veces este año, así que estoy seguro de que el encanto ya se ha desvanecido. Solo recuerda, te vas a reunir con el editor en jefe de la revista y su asistente. Deberían llegar a tiempo. Trata de no asustarlos, ¿vale?

—No soy tan intimidante.

—No es lo que haces, sino más bien lo que no haces. Tu actitud indiferente hacia las cosas en las

que no trabajas directamente.

—No soy indiferente.

—Sí, lo eres.

—Demuéstralo.

—¿Cómo se llama la revista?

Estaba a punto de responder cuando me di cuenta de que no tenía idea.

—Exacto —dijo Jason—. No puedo decir que me sorprenda. Por favor, por el amor de Dios, al menos muéstrales un poco de interés.

Me reí entre dientes. —Lo haces sonar como si fuera un imbécil arrogante.

—Por supuesto que lo eres —dijo Jason, riendo—. Viene con el territorio. Te enviaré por correo electrónico toda la información que necesitas. Mantenme informado de cómo va.

—Claro —respondí—. Espera, Jason.

—¿Qué?

—¿Cómo se llama la revista?

—Gent's.

Colgamos y lancé mi teléfono al sofá.

¿Qué clase de nombre era *Gent's* de todos modos?

Me pasé una mano por el pelo y consideré si debería seguir el consejo de Jason y tomármelo con calma. Dios sabía que necesitaba un pequeño descanso, y aunque fuera solo por la noche, probablemente me haría bien.

Me di una ducha rápida y pedí servicio a la habitación. La noche había caído, y las luces de Manhattan eran mágicas. Nueva York definitivamente no era California, y una parte de mí se preguntaba si abrir una oficina aquí sería una buena idea.

El servicio a la habitación llegó rápidamente, y en media hora, había devorado mi filete y estaba en mi segunda copa de vino. Sintiéndome inquieto, finalmente cedí a mi yo adicto al trabajo, agarré mi teléfono y comencé a revisar mis correos electrónicos. Encontré el de Jason y empecé a leer todo lo que me había enviado sobre *Gent's*.

La revista tenía un muy buen seguimiento, al menos en la Costa Este, se había convertido en todo un referente entre las revistas masculinas, rivalizando con *GQ* y *Esquire*, y su distribución era bastante impresionante. Sin embargo, vi señales de sus dificultades, y con la necesidad de expandirse a nivel nacional, necesitaría financiación, que es donde yo entraba.

La pregunta era, incluso con financiación, ¿sería suficiente? Todavía estaba convencido de que el formato impreso no era el camino a seguir, y moverse hacia algunas estrategias agresivas en línea podría poner a *Gent's* por delante de todo el mercado por la mitad del costo y el doble de exposición.

Te estás adelantando.

Suspiré y dejé mi teléfono. Lo mejor era esperar y escuchar lo que tenían que decir.

Encendí la televisión, hice zapping hasta que encontré un canal de música, y luego volví a la pared de ventanas con mi vino. Miré mi reflejo y sacudí la cabeza. Realmente parecía cansado.

Dirigir una corporación multimillonaria podía hacerme eso.

Pero Jason tenía razón. Necesitaba un descanso.

Tal vez después de la reunión de mañana, podría encontrar alguna manera de liberar un poco de tensión. Simplemente relajarme y tomarme las cosas con calma por unos días. Podría extender mi estancia a una semana, quizás diez días, y simplemente tomar un respiro. Con Jason allí, sabía que la empresa estaba en buenas manos.

Sonreí. El adicto al trabajo en mí estaba gritando indignado ante la sola idea de tomarme unos días libres.

Después de mi tercera copa de vino, finalmente decidí irme a dormir. Me dirigí a la cama, apagué las luces e intenté conciliar el sueño.

El rostro de Martha se materializó detrás de mis párpados cerrados, y de repente, fui transportado de vuelta a la cabaña en las montañas. De vuelta en la cama. De vuelta en sus brazos.

Reviví el recuerdo en su totalidad, cada centímetro de su cuerpo, cada beso, cada caricia de absoluto placer. Los recuerdos atravesaron mi mente como un torbellino, cada momento tan detallado como si estuviera allí.

Y con la imagen final de su cuerpo tranquilo y dormido en mis brazos, me quedé dormido.

Capítulo 10

Martha

—Creo que deberías ponerte esto, mami.

Me giré para mirar a mi hijo, que estaba parado frente a mi armario, con un vestido de lentejuelas pegado al pecho. Sonrió cuando mis ojos se posaron en su rostro. —Es tan bonito.

Me reí, acorté la distancia entre nosotros y le quité el vestido de las manos. —Lo es, pero no creo que pueda ponerme esto, cariño.

Jimmy frunció el ceño y levantó la mirada hacia mí. —¿Por qué no?

—Es demasiado bonito para llevarlo a una entrevista de trabajo —le expliqué, haciendo una pausa para agacharme frente a él—. Necesito algo un poco más...

—¿Aburrido?

Extendí la mano y le alboroté el pelo. —Gracias.

Jimmy asintió y su expresión se volvió solemne. Sin decir palabra, pasó junto a mí, abrió de par en par las puertas de mi armario y comenzó a rebuscar entre mi ropa. Cuando la ropa empezó a volar en todas direcciones, le puse una mano en el hombro y lo aparté con suavidad. Entonces Anne apareció en la puerta de mi habitación y convenció a Jimmy para que fuera a la sala de estar. Momentos después, oí que encendían la televisión y suspiré aliviada.

Amaba a mi hijo.

Pero necesitaba que esta entrevista saliera perfecta.

Dada la mala suerte que había tenido últimamente, desde tratar de evitar a un imbécil engreído hasta perder la única fuente de ingresos estable que tenía, lo último que necesitaba era presentarme inapropiadamente vestida a una entrevista en una revista importante, nada menos.

No podía permitirme que esta entrevista no saliera bien.

Con eso en mente, me enderecé y continué buscando en el armario. Una vez que me decidí por una falda lápiz que me llegaba por debajo de las rodillas, una blusa abotonada color crema y unos tacones de siete centímetros, sonreí para mis adentros. En el espejo, vi el reflejo de Anne, que me hizo un gesto de aprobación con el pulgar hacia arriba.

Después de mi ducha, elegí un abrigo grande y me eché el pelo sobre los hombros.

En el cristal, mi reflejo hizo una mueca.

De camino a la salida, me detuve para inclinarme sobre el sofá y plantar un beso en la cabeza de Jimmy. Él se rio y me dedicó una brillante sonrisa antes de volver a prestar atención a la televisión. Anne me abrazó con un solo brazo en la puerta del apartamento antes de que me fuera corriendo. En el autobús, no dejaba de abrochar y desabrochar el botón superior de mi abrigo, incapaz de ignorar los nudos en la boca del estómago.

Cuando me bajé del autobús y me quedé mirando el edificio de oficinas, rodeado de altos edificios metálicos a ambos lados, los nudos en mi estómago se apretaron. Tragué saliva, agarré mi bolso y empujé las puertas para abrirlas. En el ascensor, intenté dejar de moverme nerviosamente y en su lugar metí la mano libre en el bolsillo. Cuando las puertas se abrieron con un timbre, revelando filas y filas de cubículos a ambos lados, bañados por la suave luz de la mañana temprana, vacilé.

En cuanto me recompuse, vi a los otros candidatos al otro lado de la planta, sentados en las sillas alineadas a ambos lados de las paredes. Con la barbilla en alto, me dirigí directamente hacia ellos y no me detuve hasta que me planté delante. Les ofrecí una sonrisa nerviosa, tomé el asiento vacío más cercano a la puerta de cristal y coloqué mi bolso en mi regazo. Poco después, una rubia alta y bien vestida con ropa cara abrió la puerta, miró alrededor y sus ojos se posaron en mí.

—¿Martha Auden?

Me levanté y me aclaré la garganta. —Soy yo.

Asintió y abrió la puerta. —Pase.

La seguí y la puerta se cerró con un clic detrás de mí. Se colocó detrás de su escritorio, se sentó y acercó su silla a la mesa. —Anne ha estado cantando sus alabanzas.

—Tengo una copia de mi currículum aquí mismo —Recorrí la distancia entre nosotras y le tendí mi carpeta—. Está actualizado y tengo cartas de referencia de algunos de mis otros trabajos.

Tiffany sonrió y examinó la carpeta. —Todo esto es muy impresionante. No voy a andarme con rodeos, Martha. Por lo que puedo ver, está extremadamente cualificada y trabaja bien bajo presión. Va a necesitarlo si puede manejar ser asistente del editor jefe.

—¿He... he conseguido el trabajo?

Tiffany se levantó y me tendió la mano. —Enhorabuena. ¿Puede empezar mañana?

Asentí y le estreché la mano. —Por supuesto, sí. Muchas gracias, señorita Alexander. No se arrepentirá de esto.

La sonrisa de Tiffany se ensanchó. —Por favor, llámeme Tiffany. Bienvenida a bordo, Martha.

Aturdida, volví a la parada del autobús, sin que la sonrisa abandonara mi rostro. En el autobús, apoyé la cabeza contra la ventanilla y vi pasar el mundo exterior, un borrón de formas y colores. A una manzana del apartamento, me bajé del autobús con un resorte en el paso. Cuando entré por la puerta, Jimmy se abalanzó sobre mí y yo me tambaleé hacia atrás. Entre risas, cerré la puerta con la parte de atrás de la pierna y lo levanté.

—¿Cómo te ha ido? —Anne levantó la vista de la cocina, con la cuchara de madera a medio camino de su boca—. Por la expresión aturdida de tu cara, diría que bien.

Dejé a Jimmy en el suelo y me quité el abrigo. —Me ofreció el trabajo en el acto. Quieren que empiece mañana.

Anne dejó la cuchara y se limpió la mano en el delantal. —Esas son noticias increíbles, Mar. Sabía que podías hacerlo.

Me agaché frente a Jimmy y le sonreí. —¿Qué te parece si compramos un pastel helado para celebrar?

Jimmy juntó las manos. —¿Con chispas extra?

Le di un beso en la frente antes de levantarme. —Sí.

Después de hacer el pedido en la pastelería más cercana, entré en la cocina y ayudé a cortar las

verduras. En medio de nuestra charla, sonó mi teléfono y contesté la llamada. Cuando colgué, Anne me miró y frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Mi jefe llamó y quiere que asista a una reunión importante con un inversor mañana.

Anne hizo una pausa y se puso una mano en la cadera. —¿Tu jefe, es decir, el jefe de Tiffany?

—Sí...

—Eso es bueno. Probablemente quiera tomarte bajo su protección o algo así —Anne me cogió de la mano y me arrastró por el pasillo—. Tenemos que ayudarte a elegir algo para ponerte. Vamos, Jim-bo. Ayuda a tu mamá.

Jimmy pasó corriendo junto a nosotras. —El vestido de lentejuelas.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí. —No puedo ponerme eso.

Anne abrió la puerta de mi habitación de golpe y entró. —Necesitas algo elegante, pero que no parezca que te estás esforzando demasiado.

—Me estoy esforzando demasiado.

Anne soltó mi brazo y descartó mi comentario con un gesto. —No te preocupes. Te tenemos cubierta.

Una hora después, estábamos todos en el suelo riendo, con montones de ropa esparcidos por el piso. Anne se puso de pie, guió a Jimmy fuera de la habitación y me dejó a mis anchas. Con una sonrisa, me decidí por un vestido negro hasta la rodilla, un abrigo y tacones de siete centímetros. Luego los colgué fuera del armario y sonreí.

A la mañana siguiente, fue un frenesí de actividad mientras me duchaba y tropezaba hacia la cocina. Jimmy estaba sentado a la mesa en pijama con un tazón de cereales frente a él. Su cabello estaba en mechones sobre su cabeza y tenía una mirada vidriosa en los ojos. La cabeza de Anne estaba dentro del refrigerador mientras murmuraba para sí misma.

—¿Qué tienen planeado para hoy?

—Tengo el día libre y la tía Anne dijo que podía colorear y jugar con mis juguetes —anunció Jimmy con voz somnolienta—. Te ves muy bonita, mami.

Dejé mi bolso y le di un beso en la cabeza a Jimmy. —Gracias, cariño. Hoy es el gran día de mami. Deséame suerte.

—Buena suerte, mami.

Anne sacó la cabeza del refrigerador y me miró por encima del hombro. —Te hice café y te empaqué un bocadillo.

Solté un suspiro. —Eres la mejor, Anne. No sé qué haría sin ti.

Anne me entregó mi taza de viaje y una bolsa de papel marrón. —Lo harás genial.

La atraje para darle un abrazo. —¿Cenamos más tarde esta semana? Yo invito.

—Pediré el plato más caro del menú —bromeó Anne.

—Cuenta con ello. Nos vemos luego. —Salí volando por la puerta, dejando que se cerrara detrás de mí. Tan pronto como salí, me detuve para inclinar la cabeza hacia atrás y disfrutar del calor del sol en mi rostro. Luego me dirigí a paso constante hacia la parada del autobús. Algunas miradas se dirigieron hacia mí, pero las ignoré todas, emocionada por lo que el día tenía que ofrecer.

Finalmente, mi suerte empezaba a cambiar.

Y no podía esperar por este nuevo capítulo en mi vida.

A una cuadra de la oficina, me bajé del autobús y caminé con un paso extra animado. Cuando llegué a las puertas, un hombre bajo en traje con el cabello escaso salió, con el teléfono pegado a la oreja. Me hizo una seña cuando me vio, y lo reconocí por la descripción de Tiffany y por el hecho de que había una gran foto suya colgada en la puerta. Tragué saliva, enderecé la espalda y esperé a que se subiera al elegante auto negro estacionado junto a la acera. Le ofrecí una pequeña sonrisa al conductor uniformado antes de apresurarme a entrar después de él.

Una vez que el auto se alejó de la acera, el Sr. Banks terminó la llamada y apartó el teléfono de su oreja. —Me gusta la gente puntual, Sra. Auden.

—Sí, señor. Sr. Banks.

Sus ojos oscuros me recorrieron antes de fijarse en mi rostro. —Me alegra ver que se vistió apropiadamente para la ocasión.

Me eché el cabello sobre los hombros y me senté más derecha. —Gracias, señor.

—Necesitaré que se siente más cerca, para que podamos repasar algunas cosas antes de la reunión —me dijo, sin apartar los ojos de mi rostro. Dio una palmadita en el asiento a su lado, y me levanté. Tan pronto como me senté, su mano fue a mi rodilla. Lo ignoré y abrí la carpeta, recitando información con voz clara, libre de temblores.

Los vellos de mi nuca se erizaron cuando la mano del Sr. Banks subió más. Sin decir palabra, me aparté y aclaré mi garganta. —¿Había algo más que quisiera repasar, Sr. Banks?

—Estoy seguro de que la Srta. Alexander la puso al tanto, pero el trabajo puede ser bastante... exigente —me dijo el Sr. Banks antes de volver a poner su mano en mi rodilla—. Voy a requerir su dedicación y su atención.

Tragué saliva. —Por supuesto, señor.

Se acercó más, el penetrante olor de su colonia me envolvió, y me quedé inmóvil. —Había otras candidatas que estaban mucho más calificadas, Sra. Auden. Pero la Srta. Alexander insistió mucho por usted, y cuando vi su foto, decidí darle una oportunidad.

—Gracias, Sr. Banks.

—Usted es una mujer atractiva, Sra. Auden —continuó el Sr. Banks como si no me hubiera escuchado—. La elegí porque es una buena representación de lo que encarna la revista.

La bilis subió por mi garganta.

—Debería hacer todo lo que yo diga. —La boca del Sr. Banks estaba junto a mi oído, su aliento caliente en mi cara, y el miedo subió por mi columna—. Si me mantiene feliz, descubrirá que puedo ser un jefe muy generoso, y podrá ascender rápidamente en la revista.

Apreté los labios y no dije nada.

El Sr. Banks se echó hacia atrás y apretó mi rodilla. —¿Nos entendemos, Sra. Auden?

Quería apartar su mano y lanzarme fuera del auto en movimiento.

Pero no podía.

No si tenía alguna posibilidad de ganarme la vida decentemente para mantenerme a mí misma y a mi hijo.

El Sr. Banks era engañoso y deshonesto, pero tenía mi destino en sus manos.

Y ambos lo sabíamos.

Lentamente, asentí y cerré los ojos. Pasó el resto del viaje acariciando mi piel hasta que el auto se detuvo. Tan pronto como lo hizo, me apresuré a salir y mantuve mi espalda hacia él. Colocó una mano en la parte baja de mi espalda y me guió a través de las puertas de cristal. Una vez dentro, parpadeé. La luz fluorescente hacía que bailaran manchas en mi campo de visión.

Entonces lo vi, como si se hubiera materializado de mis sueños.

Albin descruzó las piernas, guardó su teléfono y se puso de pie. Nos miró, y vi que sus ojos se tensaron en los bordes.

¿Qué demonios estaba haciendo él aquí?

Capítulo 11

Albin

La gente pasaba empujándose en ambas direcciones y dando pasos alrededor de mí, pero no me importaba. En cambio, mi mirada estaba fija por completo en la rubia junto a un hombre bajo y de pelo escaso que no dejaba de mirarla de reojo, con un brillo depredador en sus ojos.

La habría reconocido en cualquier parte.

Al fin y al cabo, había pasado los últimos seis años soñando con ella y preguntándome qué había salido mal aquella noche. Después de años reviviendo nuestra noche en la cabaña y la sensación de tenerla entre mis brazos, intentando sin éxito capturar su aroma único y floral, parecía irreal tenerla a unos pasos de distancia, una visión con su vestido negro hasta las rodillas y su pelo recogido en lo alto de su cabeza.

Era aún más hermosa de lo que recordaba.

Y sentía como si el mundo a mi alrededor se hubiera detenido.

Me desperté, cubrí la distancia entre nosotros y aclaré mi garganta. —Es un placer volver a verlo, señor Banks.

Banks se irguió y sus ojos me recorrieron antes de extender su mano. —Lo mismo digo, señor Arkwright. Esta es mi nueva asistente. La señorita Martha Auden.

—Un placer, señorita Auden. Gracias por la invitación, señor Banks.

Banks pareció complacido mientras miraba por encima de mis hombros hacia las puertas abiertas del salón de baile, que revelaban suelos de baldosas, relucientes arañas y cientos de hombres y mujeres bien vestidos inmersos en conversación. Habiendo llegado hace poco, había aprovechado la oportunidad para echar un vistazo al salón de banquetes, deteniéndome en las mesas y mesas de comida alineadas antes de volver a salir.

Era lo único que no me gustaba de mi trabajo.

Necesitar ver las inversiones por mí mismo era una cosa.

Verme obligado a asistir a estos eventos, donde todos se ponían una fachada cuidadosamente construida y juzgaban a los demás, era otra.

Hubiera preferido realizar mis negocios en la privacidad de mi habitación de hotel.

Desafortunadamente, por mucho que odiara admitirlo, Jason tenía razón. No podía llevar a cabo todas mis reuniones desde la comodidad y familiaridad de una habitación de hotel, no si tenía alguna posibilidad de expandir la empresa y convertirla en el imperio que sabía que podía llegar a ser. Dado que iba por buen camino para lograrlo y convertirme en el empresario más joven en hacerlo, no iba a permitir que algo tan simple como la incomodidad se interpusiera en mi camino.

Fingir que no conocía a Martha, por otro lado, iba a ser mucho más difícil de lo que esperaba. No dejaba de lanzarle miradas furtivas, observando las sutiles diferencias, desde la forma en que se mantenía erguida hasta los mechones castaños en su cabello. No paraba de compararla con la mujer que conocí en el bosque, con círculos oscuros y ojos enrojecidos, pero no se parecía en nada a ella.

Me sentía tentado a extender la mano y tocarla solo para ver si era un sueño.

Sin embargo, no quería meterla en problemas.

Aunque la forma en que su jefe la miraba me daban ganas de golpearlo directamente en la cara. Ella miraba alrededor de la sala, observando las decoraciones y el personal uniformado, y deteniéndose en las arañas. Cuando bajó la mirada y me miró, una descarga eléctrica recorrió mi columna.

¿Me reconocía?

No podía saberlo.

Banks estaba diciendo algo cuando me volví hacia él y fruncí el ceño. —Disculpe que lo interrumpa, pero me gustaría un momento a solas con la señorita Auden.

Banks miró a uno y otro y frunció el ceño. —¿Por qué?

—Es privado —Puse una mano en el brazo de Martha y la alejé sin esperar a que Banks estuviera de acuerdo. Cuando estuvimos lo suficientemente lejos, solté su brazo y di un paso atrás—. No puedo creer que realmente seas tú.

Martha se irguió en toda su estatura y me miró fijamente. —¿Qué?

—Soy yo. Soy Albin. Nos conocimos al lado de la carretera durante una tormenta de nieve.

Martha estudió mi rostro y no dijo nada.

Me acerqué más a ella. —No me digas que no recuerdas la cabaña del leñador en el bosque. Me estabas contando sobre tu novio... te estaba engañando y estabas molesta.

Martha frunció el ceño.

—Cuando desperté, te busqué —continué, sin apartar mis ojos de su rostro—. De hecho, te busqué durante un tiempo, pero no tenía tu apellido, así que no pude encontrarte.

El silencio se extendió entre nosotros.

¿Era posible que hubiera construido toda la noche en mi cabeza?

Martha no daba ninguna indicación de que me reconociera, y mucho menos de que guardara nuestra noche juntos con la misma consideración. Al contrario, seguía allí de pie, mirándome como si fuera algún espécimen extraño que no podía entender.

Y no me gustaba ni un poco.

Tenía que haber significado algo para ella.

Todo el fuego, toda la electricidad y todos esos años de anhelo no podían haber sido en vano.

En el fondo, la gente entraba y salía del banquete, con música en vivo sonando detrás de ellos. La conversación subía y bajaba mientras permanecíamos allí mientras yo esperaba que ella dijera algo, cualquier cosa que me hiciera creer que no todo había sido producto de mi imaginación. Después de todo este tiempo, me negaba a creer que el destino había traído a Martha de vuelta a mi vida, solo para que me la arrebataran de nuevo.

Sin siquiera reconocer lo que había pasado entre nosotros.

No podía haber imaginado la chispa entre nosotros, ¿verdad?

—¿No vas a decir nada?

Martha parpadeó y juntó las manos detrás de su espalda. —No sé qué quieres que diga.

—¿Lo que quiero que digas? No quiero que digas nada. Quiero la verdad.

—¿La verdad?

—Sobre por qué te fuiste sin despedirte o darme tu nombre.

Martha tragó saliva. —Debería irme.

—¿Qué?

—Acabo de empezar en este trabajo y realmente no quiero que me despidan por secuestrar la reunión del señor Banks. Él está aquí para reunirse con usted, nuestro nuevo inversor, y dudo que esté contento con el hecho de que me haya apartado para hablar de esto.

Me pasé una mano por el pelo.

—¿Qué más querías que hiciera?

Martha dio un paso atrás y se aclaró la garganta.

—Debería ir a asegurarme de que su mesa esté lista y todos los detalles en orden. No puedo permitirme perder este trabajo.

Antes de que pudiera decir algo más, pasó rozándome y volví a captar una bocanada de su perfume floral. Me quedé inmóvil ante la avalancha de recuerdos que me bombardeaban uno tras otro. Resistí el impulso de atraerla de nuevo contra mí y, en su lugar, me di la vuelta para verla entrar apresuradamente en el salón de banquetes. La vi correr con la cabeza gacha y dirigirse directamente a una de las mesas reservadas al fondo.

Cuando parpadeé, Banks estaba frente a mí con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿De qué iba todo eso?

Volví la mirada hacia él.

—Nada importante.

—Es mi asistente, señor Arkwright. No piense en robármela.

—No tenía intención de hacerlo.

Las cejas de Banks se fruncieron.

—Entonces, ¿de qué quería hablar?

—La señorita Auden y yo nos conocíamos —respondí tras una breve pausa—. Solo estábamos... poniéndonos al día.

Banks dejó caer los brazos a los costados y apretó los labios.

—¿Eso va a ser un problema? No me gusta mezclar los negocios con el placer. Si la presencia de la señorita Auden es un problema, puedo encargarme de ello.

Negué con la cabeza.

—No, no hay nada de qué preocuparse.

Banks se colocó a mi lado y me dio una palmada en la espalda.

—Excelente. Odio cuando las mujeres se interponen en el camino, como suelen hacer. Ahora, sobre ese trato...

—Sería descortés hablar de negocios antes de tener la oportunidad de disfrutar del banquete. ¿No está de acuerdo, señor Banks?

Una vez que cruzamos la puerta, Banks se apartó y me miró.

—Soy un hombre directo, señor Arkwright. No creo en andarse con rodeos.

Tomé una copa de champán de una de las bandejas que sostenían y servían camareros uniformados.

—Y yo no creo en hacer negocios sin conocer todos los detalles primero. Usted me invitó al salón de banquetes, y tengo la intención de disfrutarlo.

Incluso si eso significaba estar tan cerca de Martha y no poder hacer nada al respecto. Tenerla en algún lugar de la misma sala, inconsciente del efecto que tenía sobre mí, era difícil, pero armar una escena no era una opción. No cuando podía notar lo mucho que este trabajo y mantenerse en el lado bueno de su jefe significaba para ella.

Independientemente de cómo me sintiera al verla, no podía hacerle eso.

Banks asintió y tomó su propia copa de champán.

—Tiene razón. Disfrute del banquete. Podemos hablar de negocios más tarde.

—Todavía hay muchos detalles que discutir —añadí, mirándolo por encima del borde de mi copa. Él estaba echando un vistazo por la sala, mirando con avidez a todas las mujeres a la vista, todas las cuales lo ignoraban rotundamente.

Banks no era el tipo de persona con la que quería tratar.

Ni en los negocios ni en ningún otro aspecto.

Solo unos minutos después de comenzar el banquete, ya podía notar que tenía otras cosas en mente. No solo me parecía el tipo de hombre que acechaba a las mujeres, sino que tampoco daba la impresión de ser el tipo de empresario que podría ayudarme a llevar mi empresa al siguiente nivel. Sin embargo, no se podía negar el poder de *Gent's* o el tipo de influencia que tenía como revista.

Rechazar este tipo de inversión empresarial porque me desagradaba el redactor jefe era estúpido.

Sin embargo, aún me encontraba reacio a invertir.

En su lugar, los dos nos quedamos allí, haciendo pequeñas charlas mientras la conversación subía y bajaba a nuestro alrededor. Por el rabillo del ojo, vi a Martha destacando en un mar de rostros desconocidos mientras se dirigía directamente hacia nosotros. Le susurró algo a su jefe, y él le dedicó una sonrisa lasciva que hizo estallar la irritación dentro de mí.

Finalmente, ella se alejó, y la vi subir un tramo de escaleras antes de desaparecer de vista. Tan pronto como lo hizo, apuré el resto de mi bebida y me disculpé. Durante el resto de la noche, hice todo lo posible por mantenerme alejado de Martha, queriendo respetar sus deseos y preguntándome qué se suponía que debía hacer ahora.

¿Podría seguir adelante con el trato como si nada hubiera cambiado?

Capítulo 12

Martha

Así no era como se suponía que iba a transcurrir la noche.

Tratar de evitar a un jefe demasiado familiar era una cosa.

Fingir que ver a Albin de nuevo, después de años de existir solo en mi mente, era otra. Me había costado todo mi ser, cada gramo de autocontrol que tenía para no lanzarme sobre Albin y suplicarle que me llevara. Tener que estar frente a él y evitar confesar todo lo que había guardado durante años había sido difícil.

Pero Albin y yo no podíamos volver atrás.

No si se enteraba de Jimmy.

Mientras estaba sentada en la sección VIP, con una pierna cruzada sobre la otra y una copa de champán en una mano, no podía evitar imaginar cómo sería contarle la verdad a Albin. Durante los últimos seis años, había imaginado todos los escenarios posibles, desde convertirnos los tres en una familia hasta que Albin se llevara a Jimmy y nunca me permitiera volver a verlo.

Al final, fue el pensamiento de perder a Jimmy para siempre lo que me impidió buscarlo. Durante años, me había preguntado si buscar a Albin era una buena idea, sin nada más que un nombre y un vago recuerdo de hombros anchos, cabello oscuro sedoso y ojos expresivos. Pero siempre había sabido que encontrar a Albin de nuevo era como buscar una aguja en un pajar.

Un pajar muy grande y complicado.

Verlo de nuevo después de todo este tiempo me desconcertó más de lo que quería admitir.

Y no tenía idea de qué hacer al respecto.

¿Se suponía que debía encontrarlo y explicarle todo?

Años atrás, cuando Albin y yo nos cruzamos, estaba tratando de escapar de Louis y de todo lo que había salido mal en mi vida. Ahora, años después, seguía tratando de escapar de un ex y

recoger los pedazos de mi vida, con una diferencia clave. Ponerme del lado malo del Sr. Banks no era una opción, no si significaba finalmente poder proporcionar una buena vida para mí y Jimmy sin tener que depender de Anne.

¿Qué otra opción tenía?

El Sr. Banks no me parecía el tipo de hombre acostumbrado a recibir un no por respuesta. Tampoco era el tipo de hombre que imaginaba que supiera perdonar. Rechazarlo significaría perder este trabajo, y probablemente me vetaría de todas las publicaciones del país como una forma de dejar clara su postura.

Prácticamente me lo había dejado claro en el viaje de regreso en el coche.

El Sr. Banks no era un hombre que yo quisiera tener como enemigo.

Y si mantenerme en su lado bueno significaba soportar sus insinuaciones, iba a tener que encontrar una manera de hacer las paces con ello. Con eso en mente, me bebí toda mi copa de un trago y pedí otra. Cuando llegó la segunda bebida, y miré la cuerda que separaba la sección del salón del resto de los invitados a la fiesta, mi corazón dio un vuelco extraño.

Albin estaba al otro lado de la cuerda, luciendo guapo en su traje oscuro hecho a medida, con su camisa blanca metida por debajo y su cabello oscuro peinado hacia atrás. Una vez que se desabrochó la cuerda, pasó y escaneó el área tenuemente iluminada. Tan pronto como sus ojos se posaron en mí, me senté más derecha y agarré el vaso con más fuerza.

No estaba segura de si lo quería allí.

Caminó hacia mí, dando pasos pequeños y uniformes hasta que se detuvo a unos metros de distancia. Dejé mi vaso, me puse de pie y junté mis manos detrás de la espalda.

—¿Qué haces aquí?

—Te fuiste antes y quería asegurarme de que estuvieras bien.

Incliné la cabeza hacia un lado y me aclaré la garganta.

—No tenías que hacer eso.

—Quería hacerlo. Lamento si te molesté antes.

—No me molestaste.

Albin arqueó una ceja.

—No lo hiciste —insistí, mientras el color subía por mi cuello y se extendía por mis mejillas—. Solo que no esperaba verte, eso es todo.

Y realmente esperaba que mi miedo de que me quitara a Jimmy estuviera basado en la paranoia y un exceso de precaución más que en algo concreto. Considerando mi juicio deficiente sobre los hombres, no estaba segura de poder confiar en mí misma o en mis instintos. Tanto Louis como Horace me habían engañado haciéndome creer que eran algo que no eran, y todavía estaba pagando el precio por mi lapso de juicio.

No quería que Albin se uniera a sus filas.

Y si las mariposas en mi estómago eran una indicación, el mismo fuego aún existía entre nosotros. Pulsaba y crepitaba mientras estábamos de pie uno frente al otro mientras la música subía y bajaba, y la gente pasaba junto a nosotros, pero permanecíamos ajenos al mundo.

Ajenos en nuestra propia burbuja.

Hasta que Albin extendió la mano y tocó mi brazo.

Su mano en mi piel envió chispas de deseo por mi columna vertebral.

La mano de Albin en mi piel se sentía mucho mejor de lo que recordaba y mucho más potente que cualquier cosa que pudiera haber imaginado. Me hizo querer cerrar la distancia entre nosotros, atraerlo hacia mí y presionar sus labios contra los míos. Me pregunté si todavía se sentiría tan fuerte y sólido y si el aroma de su colonia aún podría ponerme de rodillas.

Una vez que se acercó un poco más y percibí su aroma, supe que estaba perdida.

Entonces sonó el teléfono de Albin, cortando la tensión entre nosotros. Soltó mi brazo, me dio una mirada de disculpa y se alejó. Una vez que lo hizo, sentí que podía respirar de nuevo y me hundí de vuelta en mi asiento, colocando un brazo sobre mi pecho. Una sombra cayó sobre mí y mi corazón dio un vuelco. Cuando miré hacia arriba y vi la vena pulsante de ira en el cuello del Sr. Banks, supe que estaba en problemas.

—¿Qué fue eso?

Me puse de pie y alisé el frente de mi vestido.

—Sr. Banks, ¿había algo que usted quería, señor?

—No me gusta que me tomen por tonto —siseó Banks, con los ojos entrecerrados—. Y no me gusta que se rían de mí.

Junté mis manos detrás de la espalda y me enderecé.

—¿Señor?

Banks acortó la distancia entre nosotros y pude oler el alcohol en su aliento.

—Sé que algo está pasando entre tú y Albin.

—No hay nada pasando entre nosotros, señor. Apenas lo conozco.

No importaba cuánto deseara que no fuera cierto.

El señor Banks me estudió, con un sinfín de emociones bailando en su rostro. —¿Esperas que crea que te pidió hablar a solas porque son viejos conocidos?

Me quedé muy quieta. —Sí, señor.

—¿Y qué hay de ahora? ¿Cuando te tocó el brazo y no podían dejar de mirarse?

—No pasó nada entre nosotros, señor —mantuve, ignorando los latidos de mi corazón y la sensación incómoda que se había instalado en el centro de mi estómago—. Puede preguntarle al señor Arkwright usted mismo.

Banks emitió un sonido grave desde el fondo de su garganta. —No es necesario.

Un latido después, el señor Banks se paró a mi lado y colocó su mano en la parte baja de mi espalda. Incluso a través de la tela de mi vestido, podía sentirlo, y me daban ganas de salir corriendo de mi propia piel. Se inclinó para que su boca estuviera pegada a mi oído, y me costó cada gramo de autocontrol que tenía para no mover ni un músculo.

—Tenemos un acuerdo, señorita Auden. No lo olvide —susurró, su aliento caliente provocándome náuseas—. Y en caso de que no fuera obvio, no soy un hombre a quien le guste compartir. ¿Está claro?

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Sí, señor —logré decir entre dientes apretados. Su mano se movió de la parte baja de mi espalda y se detuvo en mis hombros. Masajeó los músculos allí, y clavé mis uñas en las palmas de mis manos. Luego me empujó hacia el sofá y se paró frente a mí. Levanté la mirada hacia él, y mi corazón se aceleró, amenazando con salirse de mi pecho por completo. El señor Banks colocó una mano sobre mi pecho y apretó.

Una lágrima solitaria se deslizó por mis mejillas. —No.

—Solo relájate. —Apretó mis senos nuevamente y se sentó a mi lado. Su otra mano se deslizó por debajo de mi vestido y acarició la piel desnuda de mis muslos—. Esto no tiene por qué ser complicado. Hay muchas ventajas en estar con un hombre como yo.

Me giré para mirarlo, vi el brillo en sus ojos y me estremecí. —No quiero hacer esto.

El señor Banks se acercó más, y su olor me provocó otra oleada de náuseas. —Puedo tratarte muy bien, Martha. Mucho mejor que Albin. Solo tienes que darme una oportunidad.

Me retorcí y me alejé de él. —Por favor, señor Banks. Así no.

El señor Banks se reclinó para mirarme, y sus labios se curvaron en una sonrisa burlona. —Hay una habitación en la parte de atrás.

Negué con la cabeza. —No quiero.

Las manos del señor Banks no dejaron de moverse, pero su expresión cambió. —No le dices que no a un hombre como yo, Martha. ¿Entiendes?

Aparté sus manos y me puse de pie. —Sé lo que estoy haciendo.

El señor Banks se levantó y cruzó los brazos sobre su pecho. —Tal vez no tienes lo que se necesita...

Antes de que pudiera terminar su frase, alguien lo jaló hacia atrás. Tropezó antes de enderezarse y se giró para enfrentar a su agresor. Albin soltó la nuca del señor Banks antes de erguirse en toda su estatura. Se alzaba sobre el señor Banks, quien parecía pequeño y frágil en comparación.

Sin embargo, el señor Banks no se inmutó y en su lugar miró entre nosotros dos y se burló.

—Debí haber sabido que eras una mentirosa.

Albin dio un paso adelante y mostró los dientes. —Le sugiero que se vaya antes de que le cuente a todos en este banquete lo que intentó hacer.

La expresión del señor Banks se endureció. —Nadie te creerá. Ella es solo una asistente.

—Lo vi todo —le dijo Albin fríamente—. Y si no se va, tendrá que responder ante mí.

El señor Banks dio un paso atrás. —Todo fue un malentendido. Ella quería que yo...

Albin levantó una mano. —No me diga que ella quería que usted hiciera esas cosas porque incluso desde el otro lado de la habitación pude ver que no era así. Lárguese antes de que lo arrastre afuera y me asegure de que todos sepan por qué.

—Y manténgase alejado de Martha —gritó Albin a su espalda mientras el señor Banks se escabullía sin mirar atrás. Una vez que desapareció, mis rodillas cedieron, y Albin me atrapó antes de que golpeará el suelo. Me ayudó a sentarme en el sofá y se sentó a mi lado, nuestras rodillas tocándose.

—¿Estás bien?

Me giré para mirarlo y asentí. —Gracias.

Albin se encogió de hombros. —No hice nada.

Puse mi mano sobre la suya y la apreté. —Lo hiciste todo. No sé qué habría pasado si no hubieras intervenido.

Y odiaba la idea de que el señor Banks hubiera podido intimidarme usando mi carrera como amenaza. Un movimiento en falso y habría terminado dejando la fiesta entre lágrimas, con mi carrera en llamas. Al menos con Albin allí, no tenía que preocuparme de que el señor Banks me estuviera esperando afuera para terminar lo que había empezado.

¿Por qué tenía la capacidad de atraer a hombres tan horribles?

Albin pasó un brazo sobre mis hombros y me acercó a su costado. —No quiero que te preocupes

por él o por tu trabajo. Yo me encargaré de todo.

Levanté la cabeza para mirarlo. —No sé cómo agradecerte.

—No tienes que hacerlo.

Capítulo 13

Albin

Nos sentamos en silencio, con su cabeza acurrucada en mi costado y su aroma floral inundando mis fosas nasales. A regañadientes, me puse de pie, le tendí la mano y esperé. Ella levantó la mirada hacia mí, sus brillantes ojos llenos de emoción.

—Salgamos de aquí y vayamos a un lugar más tranquilo —sugerí con una leve sonrisa—. O puedo llevarte a casa si quieres.

Martha se levantó y tomó mi mano. —No quiero ir a casa todavía.

Entrelacé mis dedos con los suyos y los llevé a mis labios para besarlos. —Me alegro, porque yo tampoco quiero que te vayas aún.

Con eso, la atraje hacia mí y la abracé.

Ella apoyó su cabeza sobre los latidos de mi corazón, y mi mano libre cayó a su cintura. Lentamente, me aparté para mirarla, vi la expresión vulnerable en su rostro y presioné mis labios contra los suyos. Martha emitió un suave gemido estremecedor, agarró un puñado de mi camisa y me acercó más.

De repente, no podía pensar en nada más que en saborear cada centímetro de ella.

Y en sentir su glorioso cuerpo contra el mío.

Mi cabeza daba vueltas y la sangre rugía en mis oídos cuando me aparté para mirarla. —Tengo una habitación arriba.

Martha hizo una pausa y luego sus labios se extendieron en una lenta sonrisa. —Guía el camino.

Tomé su mano y la saqué conmigo, serpenteando entre la gente mientras lo hacíamos. Una vez afuera, me dirigí directamente al ascensor, acariciando con mi pulgar el interior de su muñeca. Tan pronto como las puertas se cerraron detrás de nosotros, la empujé contra la pared y la besé de nuevo, vertiendo cada onza de emoción que tenía en el beso.

Seis años de frustración y anhelo reprimidos.

Ella me devolvió el beso con la misma intensidad, haciéndome gruñir. Usé una mano para enmarcar su rostro, y la otra se movió hacia sus muslos. Escalofríos recorrieron mi columna vertebral cuando la levanté y ella envolvió sus piernas alrededor de mi cintura. Froté mis manos arriba y abajo por sus brazos desnudos, emocionado cuando la piel se le erizó.

Martha también lo sentía; lo sabía.

Mi lengua exploró cada rincón de su boca, familiarizándome con su dulce sabor. Luego ella inclinó la cabeza hacia un lado y enredó sus dedos en mi cabello. Hundí las uñas en su cintura e hice un sonido gutural bajo en el fondo de mi garganta. Las puertas del ascensor se abrieron con un tintineo, cortando la espesa niebla de deseo, y la volví a poner en el suelo.

Sonrojada, Martha se bajó el vestido y se quitó los zapatos.

Sin previo aviso, la tomé en mis brazos y corrí por el pasillo alfombrado. Al final del pasillo, me detuve y saqué la tarjeta de mi bolsillo. Martha se retorció contra mí mientras empujaba la puerta para abrirla, y entramos tambaleándonos. Tan pronto como lo hicimos, la puse de pie y la atraje hacia mí.

De repente, algo dentro de mí explotó.

Éramos un lío de extremidades y dientes mientras retrocedíamos tambaleantes en dirección al dormitorio. Tiré de la cremallera de su vestido, sonriendo contra su boca cuando lo bajé. Ella salió de él, dejándolo junto a la puerta de la habitación, y alcanzó mis pantalones. Después de luchar con la cremallera, los bajó, y yo salí de ellos.

Los ojos de Martha se dirigieron a mis bóxers y la visible erección allí. Luego miró de nuevo mi rostro y sonrió. —Te he echado de menos.

La atraje hacia mí y gruñí. —Yo también te he echado de menos.

Cuando caímos hacia atrás sobre la cama, le desabroché el sujetador y lo lancé por encima de mis hombros. —He pasado los últimos seis años imaginando cómo sería estar contigo de nuevo. Saborearte de nuevo.

Martha exhaló y deslizó su mano bajo la cintura de mis bóxers. —Yo tampoco me olvidé de ti, Albin.

Presioné besos ardientes y con la boca abierta por el costado de su cuello, sobre la curva de su pecho, y me detuve en la cintura de sus bragas. Lentamente, volví a mirarla, y mis ojos no dejaron su rostro mientras usaba mis dientes para bajar las bragas por sus muslos y sobre sus pies. Todo su rostro se tornó de un rojo brillante mientras se estiraba en mi colchón, expuesta para que yo la viera.

Con una sonrisa maliciosa, me senté sobre mis piernas y la estudié. —Eres aún más hermosa de lo que recordaba.

Martha suspiró. —Tú también lo eres.

Cubrí su cuerpo con el mío y la besé de nuevo, esta vez más lentamente. Ella emitió un suave sonido de satisfacción y envolvió sus piernas alrededor de mi cintura. Cuando me moví, ella me acercó más para que quedara posicionado en su entrada. Mi corazón latía con fuerza contra mi pecho mientras bajaba una mano entre nosotros y la acariciaba. Un dedo se deslizó entre sus húmedos pliegues y luego otro, haciendo que se arqueara y retorciera contra mí.

Sus gemidos eran como música para mis oídos.

Y olía de manera embriagadora.

Martha arañó mi espalda, dejando un rastro de calor a su paso. —Oh, Albin. Oh, sí.

Enterré mi rostro en la curva de su cuello y exhalé. —Eso es. Esa es mi chica.

Martha se estremeció y retorció debajo de mí. Cuando me aparté para mirarla, vi la expresión aturdida en su rostro. Bajé la cabeza para besarla y me posicioné en su entrada. Con un movimiento rápido, estaba dentro de ella, y se quedó quieta. Poco a poco, cuando sus músculos se contrajeron, se movió contra mí, haciendo suaves sonidos de gemidos mientras lo hacía.

Sentía como si mi corazón fuera a explotar.

La sostuve contra mí mientras salía lentamente y volvía a entrar con fuerza. —Se siente tan bien, Martha.

—Oh, Albin. No pares.

Hundió sus dientes en mi cuello y se frotó contra mí, respondiendo a cada embestida con una propia. Coloqué una mano a cada lado del cabecero y apoyé mi cabeza allí. Una y otra vez, nos

movimos el uno contra el otro, ola tras ola de placer construyéndose dentro de mí mientras los latidos de mi corazón ahogaban todo lo demás.

Nada más existía.

Excepto nosotros dos unidos como uno solo.

No podía distinguir dónde terminaba ella y dónde comenzaba yo.

Cuando me aparté para mirarla, sonrojada y retorciéndose debajo de mí, casi perdí el control allí mismo. Sus ojos se abrieron de golpe y me clavó una mirada que hizo que mi estómago diera un extraño vuelco. Una extraña oleada de emoción surgió en el centro de mi pecho cuando hundió sus uñas en mis costados y gimió. Emití un sonido bajo e ininteligible y eché la cabeza hacia atrás.

El sonido de mi respiración agitada resonaba en la habitación mientras me vaciaba dentro de ella. Lentamente, salí de ella y me desplomé sobre el colchón a su lado. Martha se acurrucó a mi lado y pasó una pierna sobre mí. Le acaricié la espalda y ella jugueteó con el cabello de mi nuca.

Me quedé dormido con el olor de ella en mi piel.

A la mañana siguiente, cuando mi teléfono me despertó de golpe, me incorporé empapado en sudor frío. Con un gruñido, manotéé la mesita de noche hasta que mi teléfono se silenció. Me froté la cara con una mano y con la otra busqué a Martha al otro lado del colchón. Desafortunadamente, el colchón estaba frío y el otro lado de la cama no estaba arrugado.

Abrí los ojos de par en par mientras miraba fijamente el lugar donde ella había dormido hace unas horas.

La llamé, pero me encontré con el silencio.

Exhalé, aparté las sábanas y busqué mis calzoncillos. Después de ponérmelos, deambulé por la habitación buscándola. Una vez que regresé a la cama, me pasé los dedos por el pelo y me pregunté qué hacer a continuación.

Obviamente, Martha sentía que no podía confiar en mí, o no se habría ido de nuevo.

Pero no iba a dejar que desapareciera otra vez.

Con un movimiento de cabeza, me metí en la ducha y pasé todo el tiempo pensando en ella y en lo bien que me sentía estar a su lado. Cuando salí de la ducha y me vestí, estaba decidido a encontrarla y obtener las respuestas que buscaba. En el coche, le di la dirección de Gent's, me recosté en el asiento y esperé. Cuando el coche se detuvo frente al edificio, salí apresuradamente y entré por las puertas.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron con un timbre, Banks me estaba esperando con una expresión expectante en su rostro. —Me alegro de que hayas podido tomar una decisión tan rápidamente, y me alegro de que no hayas permitido que el malentendido de ayer interfiriera con los negocios.

Lo seguí hasta su oficina y esperé hasta que se cerró la puerta para darme la vuelta y enfrentarlo. —Necesito la información de contacto de Martha Auden ahora.

Banks se recostó en su silla detrás del escritorio y arqueó una ceja. —Así que tenía razón. Ustedes dos tienen algo.

Crucé la distancia entre nosotros y lo miré con el ceño fruncido. —Eso no es de tu incumbencia. Aun así quiero esa información.

Banks señaló una carpeta en su escritorio y yo la agarré. —Estás perdiendo el tiempo con ella.

Escaneé la carpeta antes de cerrarla de golpe. —Tú eres el que es una pérdida de tiempo, Banks. Y por cierto, no voy a invertir en Gent's.

La boca de Banks se abrió de par en par.

La abrió y la cerró varias veces, pero no salió nada.

Sin esperar una respuesta, salí apresuradamente de la oficina y volví al coche que me esperaba en la acera. Le di otra dirección, me recosté y observé cómo el mundo pasaba a toda velocidad, un borrón de formas y colores. Cuando el conductor se detuvo frente a un edificio de apartamentos en el lado más tranquilo de la ciudad, hice una pausa con la mano en el pomo de la puerta.

¿Y si Martha no quería verme?

Había venido hasta aquí y no podía soportar la idea de que me rechazara. Sin embargo, había llegado demasiado lejos para dar marcha atrás sin obtener respuestas. Después de respirar profundamente, abrí la puerta y subí las escaleras de dos en dos. En el tercer piso, vi la nuca de

Martha y mi pulso se aceleró.

Hasta que la puerta principal se abrió y un niño pequeño salió corriendo y se lanzó a su cintura. Ella tropezó hacia atrás, se enderezó y lo abrazó. —Hola, cariño. ¿Cómo estuvo tu día?

—Te extrañé, mami —se echó hacia atrás para mirarla y toda su cara se iluminó—. Te esperé para desayunar.

Martha tomó su mano y lo llevó adentro. —Vamos a comer entonces. Estoy muerta de hambre.

La puerta se cerró tras ellos y yo me estremecí. Después de una breve vacilación, bajé las escaleras, incapaz de ignorar el zumbido en mis oídos. Cuando salí, el conductor aún me esperaba apoyado contra el coche. Miré a través de él y observé mis alrededores.

¿Por qué el hijo de Martha me resultaba familiar?

Con un movimiento de cabeza, subí al coche y miré por la ventana. La mitad de mí estaba tentada de volver y golpear la puerta hasta que Martha abriera. La otra mitad sabía que si quería la verdad sobre el padre de su hijo, iba a tener que ser paciente. Quería a Martha para mí y saber que tenía un hijo no cambiaba eso.

Iba a recuperarla y demostrarle que pertenecíamos juntos.

Capítulo 14

Martha

Levanté a Jimmy en mis brazos y lo apreté contra mi pecho. Él me rodeó con sus brazos y soltó una risita. Con un suspiro, cerré los ojos y aspiré su aroma, como a jabón y champú de bebé. Habiendo llegado cuando Jimmy dormía, había pasado la noche dando vueltas y añorando los días en que mi hijo dormía en la cama junto a mí y podía extender la mano para tocarlo. Por encima de los latidos de mi corazón, escuché el subir y bajar de la voz de mi hijo, intentando aferrarme a ella con todas mis fuerzas.

Porque había vuelto a meter la pata.

Dejarme llevar por el momento y permitirme un breve instante de felicidad en medio de mi angustia era una cosa.

Permitirme volver a dejarme llevar por el momento cuando conocía las consecuencias era otra. No tenía una tormenta de nieve ni mi propia pena para justificar mi falta de juicio. En cambio, todo lo que tenía era el conocimiento de que cuando mi jefe no me dejaba en paz, fue Albin quien vino a mi rescate.

El amable, fuerte y reconfortante Albin, que no se había apartado de mi lado en toda la noche.

Cuyo contacto hacía que todo mi interior temblara, y con una sola mirada, sabía cómo dejarme anhelando más. Aunque había pasado la noche lidiando con el resurgimiento de mis sentimientos por él y el fuego innegable que crepitaba entre nosotros, sabía que no me había esforzado lo suficiente. Bastó una mirada, un roce, y todo mi sentido común se esfumó por la ventana.

¿Qué clase de idiota era yo?

Albin y yo no éramos las mismas personas que se encontraron en medio de la carretera y buscaron refugio de una tormenta de nieve. Yo no era la misma mujer que una vez pasó una noche bebiendo y desahogándose con un completo desconocido antes de meterse en la cama con él. Aunque Albin era mucho más dulce y mucho más embriagador de lo que recordaba, eso no cambiaba los hechos.

Él y yo seguíamos siendo personas diferentes que veníamos de mundos muy distintos.

Yo luchaba por llegar a fin de mes y encontrar un trabajo que nos mantuviera a Jimmy y a mí.

Albin, por otro lado, era un empresario e inversor con dinero para quemar.

Dejarme olvidar no había sido una buena idea, especialmente cuando sabía lo que estaba en juego. Como si sintiera mi tormento, Jimmy se revolvió contra mí y exigió que lo bajara. Tan pronto como lo puse de pie, se alejó saltando, directo al sofá de la sala. Saltó sobre él, estiró las piernas y soltó una risita. Anne se materializó frente a mí, con el bolso en una mano y el teléfono en la otra.

—No te oí llegar ayer.

—El evento se alargó un poco más de lo que pensaba.

Anne cambió el peso de un pie a otro y frunció el ceño.

—¿Estás bien? Te veo un poco pálida.

—Sí, este trabajo va a ser mucho más complicado de lo que pensaba.

—¿Problemas con el nuevo jefe?

Dudé antes de pasarme una mano por la cara.

—Nada que no pueda manejar.

Teniendo en cuenta lo generosa que había sido Anne con nosotros, lo último que quería era que se preocupara por mi sustento. Venir a ella después de que mis padres me echaran no había sido mucha elección, ya que no tenía adónde ir. Cargarla con la presión y las exigencias de mi nuevo trabajo, incluido un jefe manilargo, era otra cosa completamente distinta.

No podía dejar que Anne luchara mis batallas por mí.

No lo haría.

Todo lo que podía hacer era esperar que el señor Banks se cansara de perseguirme y me dejara conservar mi trabajo. Sin embargo, dada la forma en que Albin lo echó anoche, ni siquiera estaba segura de si aún tenía trabajo. Con un ligero movimiento de cabeza, pasé junto a Anne y entré en

la cocina. Después de llenar la tetera y hurgar sin rumbo en el refrigerador, me volví para mirar a mi amiga y me detuve.

¿Qué iba a hacer si el señor Banks me despedía?

Con Albin de vuelta en escena, ¿podría siquiera acudir a él en busca de ayuda con nuestro hijo?

No a menos que quieras arriesgarte a que te quiten a Jimmy.

Por muy generoso y amable que fuera Albin, dudaba que fuera a mantener en secreto el hecho de que le había ocultado la existencia de su hijo. Verme obligada a alejarme de Albin años atrás fue una decisión consciente que tomé, pero en el momento en que lo vi anoche, debería haber encontrado un momento libre para decirle la verdad.

Albin no había hecho nada para merecer que se le mantuviera en la oscuridad.

Y sabía que eran mis propias inseguridades y dudas las que me impedían ser sincera.

Con razón. ¿Qué pasaría si Albin descubre dónde vives y trata de ponerse en contacto de nuevo? ¿Y si ve a Jimmy y ata cabos?

Dado que íbamos a trabajar juntos, una parte de mí se preguntaba si sería mejor sincerarse con Albin y dejar que las cosas siguieran su curso. La otra parte de mí estaba aterrorizada por lo que pasaría si las cosas salían mal. Durante los últimos cinco años, Jimmy había sido quien me había ayudado a superar cada momento difícil y a celebrar cada logro. Sin él, mi vida estaría vacía y sin propósito, y me pasaría los días saltando de un trabajo a otro.

Albin no sería tan cruel como para quitármelo.

¿Verdad?

—Bueno, tengo que irme porque tenemos una emergencia en el trabajo —anunció Anne en voz alta—. ¿Me llamas luego?

Asentí y vertí agua caliente en la taza de café.

—Claro. Buena suerte con la emergencia.

Una vez que la puerta se cerró tras ella, me llevé la taza a los labios y suspiré. Entonces Jimmy

apareció frente a mí, abrazándome la pierna. Inclino la cabeza hacia atrás para mirarme, sus ojos oscuros estudiándome atentamente, y se me formó un nudo en la garganta. Jimmy no tenía idea de lo mucho que se parecía a su padre, y no pude ignorar la culpa que me revolvía el estómago.

Independientemente de lo que sintiera por Albin, Jimmy merecía la oportunidad de conocerlo.

—Mami, ¿quieres venir a colorear conmigo?

Le acaricié la cabeza a Jimmy y di unos sorbos a mi café.

—Quizás más tarde, cariño.

—Pareces triste, mami —dijo Jimmy frunciendo el ceño—. No estés triste.

Le alboroté el pelo a Jimmy y solté un suspiro.

—Lo intentaré. ¿Por qué no vas a jugar a la sala, cielo?

Jimmy se apartó y me miró fijamente.

—¿Puedo ver una película?

—Una película —acepté antes de dejar mi taza—. Pero tienes que recoger tus juguetes antes de que empecemos.

Jimmy asintió y se puso en marcha, un borrón de colores y actividad mientras se movía de un extremo de la sala al otro. Mientras ordenaba, lo observé, sintiéndome cada vez más insegura con cada minuto que pasaba. Había hecho todo lo posible para darle a Jimmy una buena vida, el tipo de vida que yo nunca tuve de niña, pero una parte de mí sabía que no podía satisfacer todas sus necesidades.

Desde que aprendió a hablar, Jimmy se había preguntado por su padre, y finalmente tenía la oportunidad de contarle más. Quitarle esa oportunidad sería demasiado cruel. Cuando Jimmy terminó, lo acomodé en el sofá, lo arrojé y encendí la televisión. Me quedé de pie junto al mostrador de la cocina, mirando fijamente el nombre de Anne en la pantalla de mi teléfono antes de marcar.

Contestó al segundo timbre. —Por fin, empezaba a preguntarme si tendría que llamarte yo misma. ¿Qué pasó realmente anoche?

Me pasé una mano por el pelo. —Mi jefe... tiene ciertas ideas sobre cómo debo comportarme y el tipo de gratitud que debo expresar por haberme contratado.

Anne hizo un sonido bajo en la garganta. —Mar, lo siento. Eso es horrible. ¿Qué vas a hacer?

—Nada por ahora. Necesito el trabajo.

—Ya pensaremos en algo.

Miré la cabeza de Jimmy y fruncí el ceño. —Ayer vi al padre de Jimmy.

—¿Qué?

—Es el inversor con el que se suponía que nos íbamos a reunir.

—¿Qué le dijiste?

—Nada. No sé si debo contarle sobre Jimmy.

—Por supuesto que debes hacerlo. Mar, siempre te has preguntado qué pasaría si ustedes dos se hubieran encontrado en las circunstancias adecuadas. Esta es tu oportunidad de averiguarlo. Él está aquí y tú estás aquí. El destino te está dando una segunda oportunidad.

—¿Y si lastima a Jimmy?

—¿Y si es el tipo de padre que Jimmy merece? ¿Y si es el hombre que pensabas que era? Tienes que dejar de concentrarte en lo que podría salir mal e intentar pensar en todas las formas en que esto podría funcionar.

—No lo sé. Hay demasiado en juego.

Anne suspiró. —Al menos dale la oportunidad de demostrarse a sí mismo. Se merece eso, ¿no? Por el bien de Jimmy.

El timbre sonó, cortando el aire. Con el ceño fruncido, me aparté del mostrador y cambié el teléfono a la otra oreja. Después de deslizar el pestillo hasta la mitad, miré por la rendija y dejé de respirar cuando vi a Horace al otro lado de la puerta. En pánico, casi dejé caer el teléfono y colgué a Anne a mitad de frase.

—¿Qué estás haciendo aquí?

El miedo y el plomo se asentaron en la boca de mi estómago.

Horace dio un paso adelante y puso el pie en la puerta. —Quería pasar a ver a Jimmy.

—No puedes.

Horace frunció el ceño. —¿Por qué no?

—Horace, no se supone que deberías estar aquí. Ya te dije que no quiero verte más, y no te vas a acercar a mi hijo.

La expresión de Horace se endureció. —Eso es muy grosero, Martha. Vine hasta aquí y ni siquiera vas a dejarme entrar.

—Yo no te pedí que vinieras —respondí, luchando por escuchar más allá del latido en mis oídos. Intenté cerrar la puerta de golpe, pero Horace mantuvo su pie encajado en ella. Después de echar un vistazo rápido por encima de mi hombro a Jimmy, que estaba sentado frente al televisor, ajeno a lo que estaba sucediendo, volví la mirada a Horace y enderecé la espalda.

—Todavía estoy aquí. Mira, ya no tenemos que jugar a estos juegos.

Saqué el teléfono de mi bolsillo y lo sostuve frente a mi cara. —Si no te vas, voy a tener que llamar a la policía.

Horace echó la cabeza hacia atrás y se rio. —Vaya, realmente estás comprometida con hacerte la difícil, ¿eh?

—No me estoy haciendo la difícil.

Horace se abrió paso a la fuerza, haciéndome retroceder involuntariamente unos pasos. —Me gusta una mujer que hace las cosas interesantes, Martha.

Escondí mi mano temblorosa detrás de mi espalda y le lancé a Horace una mirada fulminante. —Voy a llamar a la policía ahora.

Antes de que pudiera presionar el botón, Horace se lanzó por el aire y me quitó el teléfono de la mano. Se deslizó por el suelo a unos metros de distancia. Me lancé a por él, pero Horace me tiró hacia atrás contra él, sus uñas clavándose en mi piel. Entonces lancé mi cuerpo hacia atrás y le di un cabezazo a Horace en la cara. Él emitió un gruñido bajo y su agarre se aflojó. Con la sangre

bombeando constantemente por mis venas, me di la vuelta y le di una rodillaza a Horace en la entrepierna.

Se dobló y aulló de dolor.

—Jimmy, ve a tu habitación y cierra la puerta con llave. *Ahora.*

Me abalancé sobre el teléfono, pero estaba temblando tan violentamente que no podía marcar a nadie. Escuché el clic del cerrojo de Jimmy, y la adrenalina bombeó con más fuerza por mis venas. Cuando Horace se enderezó de nuevo, con un brillo de ira en sus ojos, vi una sombra en la puerta, y mi corazón dio un vuelco. Albin apareció, echó un vistazo a mi cara y entró a zancadas. Agarró a Horace por la parte de atrás de su camisa y lo apartó.

Albin lo arrastró hacia atrás, lo empujó fuera de la puerta y le enseñó los dientes a Horace. — Ella no te quiere aquí. Lárgate.

Tragué saliva más allá del nudo en mi garganta. —Llamaré a la policía.

Horace miró entre nosotros dos y cruzó los brazos sobre su pecho. —¿Quién demonios es este?

Albin dio un paso adelante y frunció el ceño. —¿Quién demonios eres tú?

Capítulo 15

Albin

—Soy el novio de Martha.

—No es mi novio —insistió Martha, recuperando algo de color en su rostro. Se puso de pie a mi lado y cuadró los hombros—. Te dije que lo nuestro se acabó, Horace. No quiero que vuelvas por aquí.

Horace gruñó.

—¿Por él? ¿Me estás engañando, Martha?

Retraje los labios y le gruñí a Horace.

—Ya oíste lo que dijo. Tienes que irte.

—¿O qué?

Cubrí la distancia entre nosotros y agarré un puñado de la camisa de Horace.

—O te haré irte.

Horace resopló.

—No puedes obligarme a hacer nada. Haré lo que me dé la gana.

Solté a Horace y lo empujé.

—Lárgate de aquí antes de que hagas algo aún más estúpido.

A lo lejos, las sirenas aullaban, pero no hizo nada para aplacar la ira en mi corazón. En cambio, con cada momento que pasaba en su presencia, empeoraba más y más. Estaba tentado de agarrar a Horace y estrellar su cara contra la pared por aterrorizar a Martha. Pero sabía que hacer eso solo empeoraría las cosas.

Martha estaba claramente aterrorizada de él, y yo no tenía idea de por qué.

Lo único que sabía era que nunca había estado más frustrado en toda mi vida.

Haber pasado las últimas horas tratando de idear un plan para recuperar a Martha había sido agotador, especialmente cuando no estaba más cerca de una solución. Había recorrido toda la longitud de mi habitación de hotel, intentando sin éxito averiguar cómo acercarme a la mujer de mis sueños, solo para quedarme corto. Al final, había sido mi deseo de verla y tenerla en mis brazos lo que me había traído aquí.

Y casi me había marchado de nuevo cuando vi a Horace en la puerta.

Por un breve momento, me había convencido de que era demasiado bueno para ser verdad, que Horace era el verdadero secreto que Martha me ocultaba. Incapaz de soportar la idea de verla con otro hombre y uno que estaba tan familiarizado con ella, prácticamente había decidido irme cuando escuché la lucha y el miedo en la voz de Martha.

Nunca había cruzado un jardín delantero tan rápido en toda mi vida.

Me había tomado un minuto mirar a Martha para darme cuenta de la verdad.

Su rostro pálido y la rigidez de sus hombros me dijeron todo lo que necesitaba saber sobre el hombre que estaba a unos metros de distancia. Desafortunadamente, arrastrar a Horace fuera no era suficiente. Aunque claramente podía escuchar las sirenas a lo lejos, era evidente que no le importaba y creía que tenía todo el derecho de estar allí.

Bastardo.

Horace hizo un ruido bajo en su garganta y se abalanzó sobre mí. Lo atrapé a mitad de camino y lo sujeté en una llave de cabeza. Juntos, los dos giramos en círculos, con Horace luchando y retorciéndose contra mí. Cuando lo solté, usó el dorso de su mano para limpiarse el sudor de la cara. Luego echó la cabeza hacia atrás y escupió a mis pies. Lo miré con desprecio pero no dije nada.

Cuando se abalanzó sobre mí de nuevo, esperé hasta el último segundo antes de apartarme de su camino y asestarle un puñetazo en el estómago. Se detuvo en seco, soltó un suspiro tembloroso y giró para enfrentarme, con un brillo asesino en los ojos.

—Te dije que te fueras antes de que hicieras algo estúpido.

—Por lo que veo, tú eres el único estúpido aquí. Esto es entre Martha y yo. Si quiero ver a

Jimmy, debería poder verlo.

Me puse frente a ella de nuevo y crucé los brazos sobre el pecho.

—No lo creo.

Horace hizo otro ruido en su garganta y cargó contra mí. Le di un puñetazo directo en la cara, y el crujido repugnante cortó el aire. Aulló de dolor, acunó su nariz entre sus manos y se tambaleó hacia atrás. Sangre roja brillante brotaba de su nariz y manchaba sus manos y el suelo bajo sus pies.

—¿Quieres intentarlo de nuevo?

Horace quitó sus manos y escupió un bocado de sangre.

—Esto no ha terminado, Martha.

Con eso, giró sobre sus talones y se apresuró a marcharse, cojeando mientras lo hacía. Tan pronto como dobló la esquina, escuché a Martha exhalar bruscamente y colocar una mano en mi hombro. Me di la vuelta para mirarla y la atrapé antes de que cayera al suelo. Sin decir palabra, la llevé adentro y la senté en el sofá. Un temblor tras otro la recorrió cuando fui a la cocina y llené un vaso de agua.

Martha tragó saliva antes de tomarlo de mí.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Estás bien?

Martha tomó unos sorbos de agua y soltó un suspiro.

—Sí, estaré bien.

—Es un verdadero pedazo de trabajo.

Martha tomó otro largo sorbo e hizo una mueca.

—Realmente lo es.

—¿Quién es él?

—Mami —Un niño pequeño se materializó detrás del sofá de la sala, con un osito de peluche apretado contra su pecho. Miró entre nosotros dos antes de fijar su mirada en Martha. Ella se puso de pie, dejó el vaso en la mesa de café y se dirigió hacia él—. ¿Se ha ido?

Martha se detuvo frente a él y se agachó.

—Sí, no te preocupes.

—Me da miedo, mami.

Martha le apartó el pelo de los ojos y se aclaró la garganta.

—A mí también me da miedo. ¿Por qué no vuelves adentro y juegas con tus juguetes? Mami irá pronto.

Él hizo una pausa y la abrazó.

Una extraña oleada de emoción surgió y se desplegó en el centro de mi pecho. Cuando Martha se apartó, con una expresión cálida y vulnerable, mi corazón dio un vuelco. En silencio, acompañó a su hijo de vuelta a la habitación y cerró la puerta tras él. Luego cruzó hacia la puerta y miró hacia el coche de policía que se detenía frente al jardín delantero.

Me puse de pie junto a ella y no dije nada.

¿Era Horace el padre de su hijo?

¿Era por eso que insistía en verlo?

El coche de policía se detuvo y un hombre y una mujer uniformados salieron, dirigiéndose directamente hacia nosotros. Martha se balanceaba de un pie a otro, hecha un manojo de nervios, y rocé su mano con la mía. Ella inclinó la cabeza hacia un lado y me ofreció una pequeña sonrisa. Luego volvió su mirada a los oficiales que habían subido las escaleras hasta el porche delantero, con expresiones idénticas de preocupación.

—Señora, ¿es usted quien llamó por el intruso?

Martha se irguió y aclaró su garganta. —Sí, fui yo.

Uno de ellos abrió una libreta y asintió. —¿Puede describir al intruso?

—Bajo, pelo rubio y ojos verdes. Compleción media. Su nombre es Horace Bloom.

—¿Conoce al intruso?

—Solíamos salir juntos.

Ambos oficiales intercambiaron una mirada rápida antes de volver a mirarme. —Señora, ¿ha solicitado una orden de alejamiento?

—No pensé que la necesitara.

—¿Es esta su primera instancia de violencia?

Martha hizo una pausa y negó con la cabeza. —No, no lo es. Desde que terminé las cosas hace unas semanas, ha estado tratando de recuperarme. No me deja en paz. Incluso se presentó en el restaurante donde trabajaba y armó un escándalo solo para que me despidieran.

Cerré mis manos en puños a los costados. —Iré a hablar con el gerente.

Martha me miró y frunció el ceño. —Está bien. De todos modos, no me gustaba mucho ese trabajo.

—¿Y usted quién es?

—Soy el... amigo de Martha.

Porque no tenía idea de qué otra cosa se suponía que debía llamarme.

Declarar mis intenciones hacia ella frente a estos policías no era el plan. Tampoco lo era hablar sobre la verdadera razón por la que vine cuando ella aún estaba traumatizada y conmocionada por su imbécil ex. Por mi vida, no podía entender qué vio en él, ni me interesaba averiguarlo.

Todo lo que importaba era que él era su ex.

—¿Puede decirnos por qué intentó entrar a la fuerza?

—Quería ver a Jimmy, mi hijo.

La oficial se enderezó y apareció un surco entre sus cejas. —¿Jimmy es también su hijo?

Martha negó con la cabeza. —No, solo se conocieron hace un tiempo. Estaba tratando de usar a Jimmy como excusa para llegar a mí, e intentó forzarme.

Puse mi mano en la parte baja de la espalda de Martha y la apreté suavemente. —Oficiales, como pueden ver, ha pasado por mucho. Si necesitan que lo haga, puede ir a la comisaría más tarde y dar una declaración.

Los dos asintieron.

—Debería considerar obtener una orden de alejamiento, señora.

Martha asintió y soltó un suspiro. —Lo haré, gracias.

Después de una breve pausa, la oficial metió la mano en el bolsillo de su camisa y sacó una tarjeta. Se la entregó a Martha, junto con una sonrisa comprensiva, antes de darse la vuelta. En silencio, los oficiales regresaron a su coche y se fueron. Una vez que los neumáticos se alejaron del asfalto, Martha presionó su rostro contra mi costado y exhaló.

—Tienen razón. No sé por qué no he solicitado una orden de alejamiento.

Pasé un brazo sobre sus hombros y la guié hacia adentro. —Probablemente no pensaste que llegaría tan lejos.

Martha se detuvo para cerrar la puerta de golpe y echar el cerrojo. —No lo pensé. Horace era realmente dulce y cariñoso al principio. Hasta que dejó de serlo, tal vez debería haberme acostado con él.

La detuve y coloqué una mano a cada lado de sus hombros. —Martha, cualesquiera que sean tus razones para no acostarte con él, tienes derecho a ellas. No importa cuán agradable o cariñoso sea un hombre. No le debes sexo.

Martha se sonrojó y desvió la mirada. —Supongo.

La solté y di un paso atrás. —Te mereces algo mejor que eso. Jimmy también.

Martha me miró de nuevo, y su expresión se volvió extraña. —Gracias.

Aclaré mi garganta, sintiendo alivio al saber que Jimmy no era hijo de Horace. Considerando lo mucho que luchó por verlo, estaba empezando a tener mis dudas. Afortunadamente, volví a mi

sospecha inicial después de solo unos momentos en presencia del niño.

Jimmy era mi hijo.

Tenía que serlo.

Pero no podía entender por qué Martha era reticente a decírmelo.

—¿Por qué no preparo un té o algo? —Entré en la cocina, abriendo y cerrando varios armarios mientras lo hacía—. También puedo preparar algo para beber a Jimmy. ¿Le gusta el té?

—Hay un poco de cacao en polvo en el estante superior. —Martha se apoyó contra la encimera de la cocina y señaló—. Aunque no tienes que quedarte. Estoy segura de que tienes cosas más importantes que hacer.

Excepto que no tenía intención de dejarla insegura de nuevo.

Negué con la cabeza y alcancé la caja de té. —No las tengo. Si no te molesta la compañía, puedo quedarme un rato.

Especialmente porque estaba seguro de que este no sería el último que veríamos de Horace.

Hombres como él tenían dificultades para aceptar un no por respuesta.

Martha se pasó una mano por la cara. —Siempre vienes a mi rescate. Lo siento por eso.

—No lo sientas —añadí una cucharada de cacao en una taza antes de mirarla—. Me alegro de estar cerca para ayudar.

Martha estudió mi rostro, y su expresión se suavizó. —Sí, yo también.

Incluso si ninguno de los dos tenía idea de adónde íbamos a partir de ahí.

Capítulo 16

Martha

Me llevé el teléfono al oído y aspiré con fuerza. —Es mi jefe.

—¿No decías que no estabas segura de si aún tenías trabajo?

—No lo estoy. —Negué con la cabeza y miré a Anne, que estaba sentada frente a mí en el sofá —. Ni siquiera sé por qué me llama.

—¿No iba a venir Albin en un rato?

Asentí y me puse de pie. —Debería encargarme de esto antes de que llegue.

Porque sabía que Albin no era el mayor fan del señor Banks después de ver cómo me trataba mi jefe. No lo culpaba. El señor Banks dejó claro que no me valoraba por mis habilidades o por lo que podía aportar. En cambio, era un hombre más que quería meterse en mis pantalones y no aceptaba un no por respuesta.

Ni siquiera estaba segura de por qué consideraba la idea de contestar.

Excepto que sabía que no podía permitirme no atender la llamada.

Con un suspiro, miré a Jimmy, que estaba tumbado en la alfombra, con sus crayones a su lado y una expresión de intensa concentración grabada en su rostro. Me levanté, me acerqué a mi hijo y me incliné para besarle la frente. Él echó la cabeza hacia atrás, me sonrió y mi corazón se derretió.

Todo era por Jimmy.

No había nada que no soportara por él para mejorar su vida.

Tenía el pecho oprimido mientras le revolvía el pelo a Jimmy y sorteaba sus juguetes. En el umbral de mi habitación, me detuve y miré por encima del hombro. Anne balanceó las piernas sobre el costado del sofá y entabló una conversación con Jimmy, ambos riendo y carcajeándose. Cuando los dos me miraron, les devolví una sonrisa tensa.

Luego entré en mi habitación y dejé que la puerta se cerrara tras de mí.

Cuadré los hombros, respiré hondo y me llevé el teléfono al oído. —¿Hola?

—Señorita Auden, he estado intentando contactarla.

—Lo sé.

El señor Banks se aclaró la garganta. —Quería disculparme por mi comportamiento en el evento del otro día. Ahora me doy cuenta de que no debí actuar de manera tan inapropiada. Sé que no tengo derecho a pedirle que vuelva, pero me gustaría que lo hiciera.

—Señor Banks, usted dejó claro que no me contrató por mis habilidades o por la experiencia que podía aportar al trabajo.

—Soy consciente de lo que dije.

—No estoy segura de que sea buena idea que regrese.

Por mucho que quisiera ese cheque, no podía pasar todo mi tiempo en la oficina mirando por encima del hombro y esperando que cayera la otra ficha. Mientras el señor Banks sintiera que tenía derecho sobre mí, con todo lo que eso implicaba, nunca sería un entorno seguro. Aunque Jimmy y yo necesitábamos el dinero, no estaba segura de que esto fuera algo a lo que pudiera darle un giro positivo.

Porque no tenía idea de hasta dónde estaba dispuesto a llegar el señor Banks.

Arriesgar mi propia seguridad no valía el cheque.

¿O sí?

—Señorita Auden, no soy un hombre acostumbrado a suplicar, pero lo haré si es necesario.

—Señor Banks, estoy segura de que puede encontrar a alguien más para hacer el trabajo...

—No hay nadie más, y ahora que el señor Arkwright se ha retirado como inversor, no podemos permitirnos cometer errores.

—¿El señor Arkwright ya no invierte?

—Exacto —respondió el señor Banks, haciendo una pausa para revolver unos papeles—. Estoy seguro de que puede entender por qué es increíblemente importante que nos unamos de cara al futuro. Se avecinan tiempos difíciles, señorita Auden. Necesitamos todas las manos a bordo.

El silencio se extendió entre nosotros.

—Necesito su ayuda, señorita Auden —continuó el señor Banks—. No hay nadie más. Puedo enviarle algunas cosas para que trabaje desde casa.

—Señor Banks...

—Le daré un aumento —interrumpió el señor Banks—. Y una hora de almuerzo más larga si lo necesita. No rechazaría a un hombre en su hora de necesidad, ¿verdad, señorita Auden?

—Revisaré mi correo electrónico, pero esto no significa que vaya a volver —respondí tras una breve pausa—. Y espero que se me pague por mi trabajo de todos modos.

—Considérelo hecho.

Después de que colgó, aparté el teléfono de mi oreja y negué con la cabeza. Me pasé una mano por la cara antes de coger mi portátil de la cómoda y presionar el botón. Una vez que se inició, esperé a que se cargara la página web y tamborileé con los dedos sobre mi muslo. Aunque sabía que hacer esa llamada no debió haber sido fácil para el señor Banks, tampoco me hacía ilusiones sobre lo que significaba.

Por lo que respectaba al señor Banks, yo seguía siendo solo un medio para un fin.

Valorarme por mi trabajo no significaba que fuera a cambiar.

No cuando me necesitaba.

Una parte de mí temía que tan pronto como ya no me necesitara, volvería a sus viejas costumbres. Considerando que fue lo suficientemente inteligente como para ofrecerme un aumento, tenía la sensación de que sabía cuánto necesitaba el trabajo. Una vez que terminé de revisar los documentos que me envió y hacer los cambios necesarios, hice una pausa y añadí una lista de mis condiciones para volver a la editorial.

Incluyendo el derecho a una indemnización si el señor Banks intentaba algo.

Aunque necesitaba el dinero, estaba poniendo un límite y dejando claro que si el señor Banks volvía a acosarme, no lo toleraría. Leí el correo electrónico una vez más antes de contener la respiración y enviarlo. Cuando terminé, actualicé mi bandeja de entrada y solté el aire.

No tenía idea de cuánto tiempo estuve allí, mirando mi teléfono, esperando que cayera el otro zapato. Dado que el señor Banks ya me había rogado que volviera y admitido que necesitaba mi ayuda, no estaba segura de que tentar a la suerte fuera una buena idea. Sin embargo, si existía la más mínima posibilidad de que mi correo electrónico asegurara que el señor Banks no volviera a sobrepasarse, me sentiría aliviada.

De todos modos, no podía retractarme.

Poco después, el timbre sonó, cortando el aire. Salí de la habitación con la cabeza en alto y los hombros erguidos. De camino, me detuve junto a Anne y Jimmy y les di una sonrisa tranquilizadora. A través de la rendija de la puerta, me asomé y vi la silueta de Albin, con las manos entrelazadas detrás de la espalda. Después de quitar el pestillo, la puerta chirrió al abrirse y asomé la cabeza.

—Hola.

Albin se irguió y extendió las manos, revelando el ramo de flores de colores brillantes. Me lo ofreció y sonrió cuando lo tomé.

—Hola. Pensé que te gustarían estas.

Las tomé y las olí.

—Son preciosas.

Albin metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó una bolsa de caramelos.

—Conseguí estos para Jimmy. No estoy seguro de cuántos dulces se le permite comer o qué tipo le gusta, así que traje un poco de todo.

Bajé las flores y mis labios se curvaron en una media sonrisa.

—De verdad que no tenías que hacer todo esto.

Albin se encogió de hombros.

—Quería hacerlo.

Abrí la puerta completamente y me hice a un lado.

—Pasa.

Olía a sándalo y salvia cuando pasó junto a mí, y aspiré, sintiendo mariposas en el estómago. Después de cerrar la puerta de una patada, Jimmy se levantó y caminó hacia nosotros.

—Te conozco. Estuviste aquí ayer.

—Así es. Encantado de conocerte, Jimmy. Soy Albin.

—Cariño, Albin es un buen amigo de mamá del trabajo. Te trajo dulces.

Jimmy se escondió detrás de mi pierna y miró a Albin, con una miríada de emociones bailando en su rostro.

—Gracias.

Albin se agachó frente a él y sacó algo más de su bolsillo. Cuando me incliné y vi la pequeña figura de acción, mi corazón dio un vuelco extraño. Quería preguntar si Albin sospechaba la verdad y por eso estaba siendo tan amable, pero tenía miedo de hacerlo.

¿Y si estaba siendo amable para que bajara la guardia?

¿Y si planeaba llevarse a Jimmy una vez que bajara la guardia?

Jimmy me miró y asentí. Su mano salió disparada y tomó la figura de acción, sosteniéndola a contraluz.

—Es muy bonita. Gracias.

Albin se puso de pie y se aclaró la garganta.

—Me alegro de que te guste.

Jimmy salió corriendo con su juguete por delante.

—¡Tía Anne, mira lo que me regaló el amigo de mamá! ¿No es genial?

Anne se levantó y saludó a Albin con un gesto incómodo.

—Hola, soy Anne. La amiga y compañera de piso de Martha.

Albin le devolvió el saludo y le dio una pequeña sonrisa.

—Hola, soy Albin. El... amigo de Martha.

—He oído hablar mucho de ti, Albin —Anne me miró, con una sonrisa de oreja a oreja—. Es bueno finalmente poner cara al nombre.

—Gracias.

—Voy a poner estas en agua —entré en la cocina y rebusqué en los armarios hasta que encontré el jarrón. Luego lo puse bajo el grifo y esperé a que se llenara de agua. Cuando estaba a la mitad, desenrollé el ramo. Albin me observaba mientras colocaba las flores en el jarrón y las reordenaba.

—Me alegro de que te gusten —dijo Albin, deteniéndose al otro lado de la encimera de la cocina—. No estaba seguro de qué tipo de flores te gustaban.

—Me encantan las margaritas —respondí, haciendo una pausa para darle una pequeña sonrisa—. El Sr. Banks me llamó antes de que vinieras. Mencionó algo sobre que ya no ibas a invertir en *Gent's*.

—No habría sido una buena opción. No puedo hacer negocios con alguien así.

Levanté la vista hacia él y dejé caer las manos a los costados.

—Me ofreció mi antiguo trabajo y un aumento.

Albin frunció el ceño y se inclinó sobre la encimera.

—Martha, no intento decirte qué hacer, pero no puedes ir a trabajar para ese hombre. No después de lo que hizo.

—Estás intentando decirme qué hacer —señalé con el ceño fruncido—. Y creo que él y yo nos entendemos mejor ahora. No creo que vaya a intentar nada de nuevo.

O al menos eso esperaba.

Albin frunció el ceño.

—No puedes creer honestamente que no lo intentará de nuevo.

—Se disculpó.

—¿Y?

—Voy a darle el beneficio de la duda y ver cómo va. Además, necesito el trabajo.

El ceño de Albin se profundizó.

—¿No puedes encontrar otro trabajo?

—¿Sabes cuánto tiempo me llevó conseguir este? Tiene seguro médico y social para Jimmy y para mí, y es un buen sueldo. No puedo permitirme rechazarlo, Albin. No importa lo incómodo que me haga sentir el Sr. Banks.

Albin abrió y cerró la boca varias veces.

Finalmente, sacudió la cabeza y se irguió.

—Al menos déjame llevarte al trabajo por la mañana.

—No tienes por qué hacerlo.

—Quiero hacerlo.

—¿Te importa si dejamos a Jimmy en la escuela primero?

—Claro. Podemos dejarlo primero.

—Yo llevaré a Jimmy a la escuela —interrumpió Anne desde su lugar en el suelo—. Me queda de camino de todos modos.

Le lancé a Anne una mirada confusa y suspiré.

—Está bien. Supongo que ya está decidido entonces.

Capítulo 17

Albin

El conductor se detuvo frente a la casa y apagó el motor. Abrí la puerta, salí y entrecerré los ojos mirando hacia adelante. Un momento después, la puerta principal se abrió y Jimmy salió con Anne detrás, sosteniendo su mochila y una bolsa marrón de almuerzo en la mano. Ella murmuró algo entre dientes antes de meter la bolsa del almuerzo en la mochila y cerrarla. Sin decir palabra, Jimmy se puso la mochila y bajó las escaleras corriendo, saltando de dos en dos.

Cuando me vio, se detuvo en seco.

—Hola.

—Hola, amigo. ¿A dónde vas con tanta prisa?

Jimmy se enderezó y me miró fijamente.

—A la escuela. Me encanta aprender.

—¿Ah, sí? Me parece genial. ¿Cuál es tu materia favorita?

Jimmy hizo una pausa y cambió el peso de un pie al otro.

—Ciencias.

—A mí también me encantaban las ciencias.

—¿En serio?

—Sí, y cuando tuvimos edad suficiente para diseccionar ranas, realmente lo disfruté.

Los ojos de Jimmy se agrandaron.

—¿Voy a poder diseccionar ranas? Genial.

Asentí y miré a Anne.

—¿Están seguros de que no quieren que los lleve?

Anne descartó mi comentario con un gesto, luciendo agobiada y un poco impaciente.

—No, no te preocupes. Gracias de todos modos.

Martha apareció en la puerta detrás de ella, luciendo hermosa con su falda hasta la rodilla y una camisa abotonada metida dentro. Se subió el bolso al hombro y cerró la puerta detrás de ella. Luego sacó sus llaves, cerró con llave y se llevó una mano a los ojos.

Cuando me vio, todo el rostro de Martha se iluminó.

Y sentí como si el mundo entero se detuviera de golpe.

¿Qué tenía esta mujer que me dejaba sin palabras?

Una vez que bajó el último escalón, Jimmy se lanzó sobre Martha, casi haciéndola caer hacia atrás. Ella lo enderezó con una mano y le arregló el cabello con la otra. Luego se inclinó para darle un rápido abrazo antes de empujarlo en dirección a Anne. Anne lo guio hacia su propio coche después de un rápido saludo con la mano.

Cuando salieron de la entrada, Martha se quedó unos segundos, observándolos atentamente. Mantuve la puerta abierta para ella y esperé. Sonrió, subió al coche y se giró para mirarme. Ya en el coche, busqué su mano y ella me dejó entrelazar mis dedos con los suyos. Ella miraba su teléfono con el ceño fruncido, mientras yo miraba por la ventana.

De vez en cuando, la miraba de reojo, y las palabras se me quedaban atascadas en la garganta.

¿Por qué no podía simplemente decirle lo que sentía?

¿Y por qué estaba preocupado por su regreso?

No era mi trabajo protegerla de Banks, pero ya sentía que le estaba fallando.

Martha merecía algo mejor que tener que volver a trabajar para ese hombre solo porque necesitaba el dinero para sobrevivir. Ni ella ni Jimmy merecían que sus vidas dependieran de un hombre como Banks, y si no fuera porque estaba tratando de que se acostumbrara a la idea de estar conmigo, le habría ofrecido una alternativa en el acto.

Podría darles un gran apartamento con mucho espacio para los dos.

Quería que se mudaran conmigo.

Me llevó cada gramo de autocontrol que tenía contenerme y evitar asustar a Martha. En su lugar, usé mi pulgar para trazar el interior de su muñeca mientras miraba por la ventana. La ciudad pasaba zumbando a nuestro alrededor. Poco después, nos detuvimos frente a la sede de Gent, y el conductor se acercó a la acera. Con un suspiro, solté la mano de Martha y salí del coche. Cuando ella deslizó su mano en la mía para salir, no quería dejarla ir.

Miró el edificio y luego a mí.

—Bueno, aquí estamos.

—Así es.

—Gracias por traerme.

La atraje más cerca y mis manos se movieron a su cintura.

—De nada.

—¿Qué estás haciendo?

—He estado deseando hacer esto durante todo el viaje hasta aquí —Bajé la cabeza y presioné mis labios contra los suyos. Ella hizo un suave sonido en el fondo de su garganta antes de derretirse contra mí. Martha se estremeció y enredó sus dedos en mi cabello. Mantuve una mano en la parte baja de su espalda y la otra acunando su nuca, un escalofrío recorriendo mi columna.

No tenía idea de cuánto tiempo estuvimos allí, atrayendo la atención en medio de una acera concurrida. Todo lo que sabía era que cuando se apartó, su rostro estaba sonrojado y sus ojos brillaban de placer. Me di cuenta de que no podía dejarla entrar sola al edificio. Banks probablemente esperaba que ella volviera arrastrándose con el rabo entre las piernas, y yo quería asegurarme de que no se aprovechara de ella.

Necesitaba hacerlo.

—Debería entrar —Martha se apartó de mis brazos y se echó el pelo hacia atrás—. No quiero llegar tarde en mi primer día de vuelta.

—Voy contigo —le dije, levantando la barbilla.

Martha parpadeó.

—No creo que sea buena idea. El señor Banks estará enfadado por lo que pasó la última vez.

Pasé un brazo sobre sus hombros y la apreté.

—No va a hacer nada. No te preocupes. Además, no voy a dejarte entrar ahí sola.

No cuando sabía qué tipo de hombre era con el que estaba tratando.

Martha abrió la boca para protestar, luego negó con la cabeza.

—Nada de lo que diga te hará cambiar de opinión, ¿verdad?

—No.

Martha suspiró y se enderezó.

—De acuerdo. Vamos entonces.

Con eso, se alejó de mí y se apresuró a entrar en el edificio. En el ascensor, seguí rozando mi mano contra la suya. Las puertas del ascensor se abrieron con un timbre, revelando un piso semivacío con cubículos a ambos lados, aceleré el paso para igualar el suyo. Al otro lado del piso, vi una oficina de cristal con vista a todo el piso y Banks sentado en ella con su caro traje, con un teléfono pegado a la oreja.

Levantó la mirada cuando nos detuvimos en la puerta y frunció el ceño.

Cuando su mirada se posó en mí, pude ver la ira que irradiaba en oleadas. Luego se enderezó, apartó el teléfono de su oreja y lo dejó sobre su escritorio. Con el ceño fruncido, tomó el teléfono fijo de su escritorio y dijo algo en él. Una pelirroja alta apareció de la nada y nos sonrió. Empujó la puerta de su oficina para abrirla y esperó hasta que estuvimos dentro.

—¿Necesitará algo más, señor Banks?

Banks negó con la cabeza y entrelazó los dedos sobre la mesa.

—Gracias, Honey. Cierra la puerta al salir.

—Sí, señor —salió de la habitación y la puerta se cerró tras ella con un chasquido. Martha se acercó un poco más a mí, y resistí el impulso de tomar su mano entre las mías. Una cosa era insistir en acompañarla a la oficina, con la intención de mantenerla a salvo. Otra cosa completamente distinta era hacer alarde de nuestra relación frente a su jefe. Dado que él mismo había intentado conquistar a Martha, dudaba que fuera a tomárselo bien.

Y Martha no necesitaba otra complicación.

Estaba aquí para mantenerla a salvo, no para restregarle nada a Banks en la cara.

Aun así, podía sentir el peso de su mirada mientras nos observaba alternativamente, sin decir nada. Finalmente, hizo un gesto hacia las sillas dispuestas al otro lado de su escritorio, y Martha pareció despertar. Se sentó en el borde de su asiento y cruzó los brazos sobre su regazo. Tras una breve pausa, ocupé el asiento frente al suyo y me recliné.

Banks abrió un cajón y rebuscó en su interior. Arrojó una pila de papeles sobre su escritorio y se aclaró la garganta.

—Gracias por venir, señorita Auden.

—Espero llegar a un acuerdo satisfactorio, señor Banks —respondió Martha con voz clara—. *Gent's* es una gran revista, y quiero ser parte del proceso.

Banks arqueó una ceja.

—No me parece que hable en serio, señorita Auden.

Martha frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—No se presenta a trabajar, y cuando lo hace, ¿viene acompañada? Eso es extremadamente poco profesional.

—Ella no me trajo. Yo insistí en venir.

Banks dirigió su mirada hacia mí, y vi un destello de fastidio cruzar su rostro antes de que lo reprimiera.

—No le he preguntado a usted.

—Señor Banks, puedo pedirle al señor Arkwright que se vaya si eso facilita las cosas.

—No voy a ir a ninguna parte —dijo sin mirarla—. Si el señor Banks tiene algún problema conmigo, tendrá que hacerme sacar de aquí a rastras. De lo contrario, podemos continuar con la reunión.

La expresión de Banks se tensó.

—Muy bien.

Me puse tenso cuando movió algunas cosas sobre su escritorio, con un surco apareciendo entre sus cejas. Luego sacó un bolígrafo y lo colocó sobre la pila de papeles. Los empujó en dirección a Martha y le dirigió una mirada expectante. Ella acercó los papeles hacia sí y se inclinó hacia adelante.

No quería apartar los ojos de Banks ni por un segundo.

Por si intentaba algo.

—Este es el contrato que Tiffany me mostró —se dio cuenta Martha tras un breve silencio—. Ya lo he revisado.

—Sí, pero no lo firmó, señorita Auden —Banks señaló el bolígrafo y se enderezó, con la luz de la mañana filtrándose detrás de él y dándole un brillante resplandor dorado. Aunque estaba tratando de ser civil y mantener las distancias, tenía la sensación de que tenía más que ver con mi presencia que con el hecho de que estuviera cumpliendo su palabra.

Como había conocido a hombres como él toda mi vida, no creía ni por un segundo que realmente hubiera cambiado. En cambio, sabía que estaba intentando atraer a Martha de nuevo dándole lo que quería y esperando su momento. Antes de mucho, iba a atacar de nuevo, y si yo no estaba allí para detenerlo, Martha tendría que afrontar las consecuencias.

Necesitaba alejarse.

Ningún dinero en el mundo valía este tipo de chantaje.

Pero no podía obligarla, y tenía la sensación de que ofrecerle yo mismo el dinero no saldría bien.

Martha pasó la página y la leyó por encima.

—No hay nada aquí sobre el aumento de sueldo del que hablamos.

Banks levantó la barbilla.

—Esto es todo lo estándar, señorita Auden. Debería firmar el contrato para que podamos empezar.

Martha levantó la vista y frunció el ceño.

—Nada de lo que hablamos ayer está incluido en mi contrato.

Banks se encogió de hombros y no dijo nada.

—Está intentando engañarte, Martha —le dije mientras me ponía de pie—. En realidad no llamó porque quisiera hacer las paces y mejorar las cosas. Llamó porque estaba desesperado y habría dicho cualquier cosa para que vinieras.

—¿Cómo se atreve?

Le lancé una mirada penetrante.

—¿Va a negarlo?

—Por supuesto que lo negaré. No puede entrar en mi oficina como si perteneciera aquí e intentar robarme a mi asistente.

—Puedo, y lo haré —cambié mi mirada hacia Martha, y mi expresión se suavizó—. Si no puedes darte cuenta de lo valiosa que es, entonces eres más idiota de lo que pensaba. Martha merece todo lo que le prometiste y más. Puedo ofrecerte un trabajo en mi empresa.

La boca de Martha se abrió de par en par.

—¿Qué?

Asentí.

—Con un salario más alto, seguro médico para ti y tu hijo, seguridad social, y también una póliza de seguro de vida.

Martha se reclinó en su silla, con una expresión aturdida en su rostro.

—Yo... no sé qué decir.

—Di que sí, para que podamos salir de este basurero.

Martha apretó los labios y no dijo nada.

Capítulo 18

Albin

No podía decidir si quería atraer a Albin hacia mí y besarlo hasta quedarme sin aliento o si quería enterrar mi cabeza entre mis manos y desaparecer. Lo único que sabía era que mientras estaba sentada frente a ellos, tratando de decidir qué hacer, nunca me había sentido así antes. Al principio, me había mostrado reacia a dejar que Albin me acompañara, sabiendo que solo iba a provocar aún más al Sr. Banks.

Ahora, empezaba a darme cuenta de que tenerlo allí había sido la elección inteligente.

Albin tenía toda la intención de hacer lo necesario para defenderme de todas las formas posibles. No tenía ninguna duda de que el Sr. Banks no intentaría nada con Albin presente, y si lo hacía, Albin no dudaría en saltar en mi defensa. Eso, junto con el hecho de que acababa de regañar al Sr. Banks por no atenerse a nuestro nuevo acuerdo, me estaba haciendo sentir todo tipo de emociones.

Emociones que no quería sentir.

Por mucho que quisiera tirar la precaución por la borda y arriesgarme con Albin, no podía hacerlo. Entre la traición de Louis y el miedo a Horace en las sombras, tratando de dismantelar con sus propias manos la vida que tanto me había costado construir, no sabía si alguna vez podría volver a confiar en un hombre. Ciertamente, tenía la sensación de que Albin era diferente, lo había demostrado en más de una ocasión, pero no sabía si tenía fuerzas para dar otro salto de fe.

No con el padre de mi hijo, de todas las personas.

Demasiadas cosas podrían salir mal si las cosas no funcionaban.

Y tenía que pensar en Jimmy.

Independientemente de la atracción que sentía por Albin, una cosa viva y palpitante que latía entre nosotros, necesitaba poner a mi hijo en primer lugar. Dado que yo era la única familia que Jimmy había conocido, aparte de Anne, no iba a ponerme en una posición en la que pudiera perderlo. Cada vez más, me daba cuenta de lo importante que era no poner eso en peligro.

¿Por qué no podían ser diferentes las cosas?

¿Por qué no pude haberme quedado en las montañas nevadas con Albin?

Mi vida habría sido mejor si no hubiera huido.

Pero ya no podía echarlo atrás ahora.

—¿Martha?

—¿Mmm?

—¿Estás bien? —Albin se sentó frente a mí, con una expresión de preocupación en su rostro—. Te ves un poco pálida.

Tragué saliva y aclaré mi garganta. —Estoy bien.

Albin se inclinó hacia adelante. —Si esto es por tu puesto, podemos resolver los detalles. Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo que nos convenga a ambos.

Incliné la cabeza hacia un lado y lo miré fijamente.

Me sonrió, y mi estómago dio un pequeño vuelco extraño.

Albin realmente era algo especial, y no podía negar la oleada de emoción en mi pecho cuando me miraba. Tampoco podía negar el enjambre de mariposas que latían sin piedad en mi estómago, recordándome por qué me sentía atraída por él en primer lugar. Después de haber pasado tanto tiempo tratando de negar mis sentimientos por él, ya no estaba segura de si quería hacerlo.

Hasta que Albin se enderezó y miró triunfalmente al Sr. Banks, destrozando mi ilusión. Aunque la oferta de trabajar para él era generosa, y me conmovía el gesto, también sabía que no podía aceptarla. Trabajar para Albin solo iba a significar ponerme bajo el microscopio, y él ya había pasado suficiente tiempo con Jimmy. Con el tiempo, Albin iba a atar cabos, especialmente si seguíamos en la vida del otro, y yo no estaba lista para eso.

Ni de lejos.

No quería que tanto Jimmy como yo dependiéramos tanto de él.

Sin previo aviso, me puse de pie y junté las manos detrás de mi espalda. —Gracias por considerarme, Sr. Banks, pero me temo que tendré que declinar.

Los ojos del Sr. Banks se tensaron alrededor de los bordes. —Si rechaza esta oferta, Srta. Auden, no habrá una segunda.

—Soy consciente de ello, Sr. Banks.

Apartó la mirada de mí y no dijo nada, apretando la boca en una fina línea blanca. Sin decir palabra, Albin se puso de pie y me siguió fuera, ajustando su paso al mío. En el ascensor, intentó tomarme de la mano, pero me aparté de él y mantuve la mirada fija al frente. Una vez que salimos al sol de media mañana, Albin se giró para mirarme, y la expresión esperanzada en su rostro me rompió el corazón.

Tenía que hacer lo correcto, pero eso no significaba que quisiera herirlo.

—Me alegro de que hayas decidido aceptar la oferta. No te preocupes. También hablaré con Recursos Humanos y me aseguraré de que seamos sinceros sobre nuestra relación para que no sea un problema.

Negué con la cabeza y di un paso atrás. —No voy a trabajar para ti.

La expresión de Albin decayó. —No entiendo.

—No puedo ir a trabajar para ti, Albin. Apenas te conozco, y has sido muy amable conmigo, pero eso no significa que seamos una buena combinación, profesionalmente, quiero decir.

—He visto tu currículum, Martha —me dijo Albin—. Vas a encajar muy bien en la empresa, y lo dije en serio cuando dije que serías un activo.

—Sí, pero no creo que hayas pensado en lo que significaría para nosotros. Incluso si se lo decimos a Recursos Humanos, la gente va a hablar de mí y de la razón por la que conseguí este trabajo.

—Eso no importa.

—Sí que importa. Ya te dije que necesito un trabajo estable para mantenerme a mí misma y a Jimmy, y no puedo permitirme arriesgarme con nada más.

Albin cubrió la distancia entre nosotros y alcanzó mi mano. —Lo sé, Martha. Quiero cuidar de ti, y quiero ayudarte a cuidar de Jimmy.

Mi respiración se entrecortó en mi garganta. —No puedes decir cosas así.

—¿Por qué no?

—Porque —Retiré mi mano y di unos pasos más para alejarme de él—. Porque simplemente no puedes. Esta es mi responsabilidad, no tuya. Agradezco la oferta, pero debo irme.

Sin esperar una respuesta, giré sobre mis talones y me fui. Sentí sus ojos sobre mí todo el tiempo mientras ponía tanta distancia como fuera posible entre nosotros. Al final de la calle, doblé una esquina y respiré aliviada. Luego me detuve y me apoyé contra la pared, y me pasé una mano por la cara.

¿Por qué había hecho eso?

¿Por qué no podía simplemente aceptar que Albin estaba siendo sincero?

Incapaz de encontrar las respuestas que necesitaba, me aparté de la pared y caminé en dirección a la parada de autobús. En cuanto subí, elegí un asiento cerca del frente, junto a la ventana. Después de colocar mi bolso sobre mi regazo, apoyé mi rostro contra el cristal y miré hacia afuera, divisando a Albin mientras pasábamos. Él seguía de pie en el mismo lugar donde lo había dejado, con una expresión abatida en su rostro y las manos colgando flácidamente a los costados. Con un suspiro, toqué el cristal con mi dedo y tragué saliva para deshacer el nudo en mi garganta.

Aunque Albin no tenía idea de por qué estaba haciendo esto, me gustaba pensar que si lo supiera, apreciaría el sacrificio que estaba haciendo. Sentada en la oficina del señor Banks mientras Albin luchaba por mí me hizo darme cuenta de dos cosas a la vez. La primera era que no podía volver a trabajar para el señor Banks, ya que había faltado a su palabra, y no tenía garantías de que no volviera a intentar algo.

La segunda era que tampoco podía trabajar para Albin.

Porque me pondría en una posición incómoda en todos los aspectos.

La idea de tener que buscar otro trabajo me pesaba, pero sabía que era lo correcto. Para cuando el autobús llegó a su última parada, a unas cuerdas de la casa de Anne, tenía un nudo pesado en el

centro del estómago. Cuando me bajé del autobús, me erguí y caminé con la cabeza en alto. Cada paso que me alejaba de Albin y del futuro que podríamos haber tenido juntos se sentía cada vez más difícil.

Cuando regresé a casa y abrí la puerta principal, esta se abrió para revelar a Jimmy, y rompí en llanto. Luego me desplomé en el suelo frente a él y lo tomé en mis brazos. Jimmy me rodeó con un brazo y usó el otro para acariciar mi cabello. A través de mis lágrimas, vi a Anne limpiarse las manos en el delantal antes de quitárselo. Se acercó a nosotros, apartó suavemente a Jimmy y me ayudó a ponerme de pie.

En silencio, me llevó al sofá.

—Jim-Bo, ¿por qué no vas a elegir un cuento para que mami te lea? Estoy segura de que leer un cuento extra esta noche la animará.

Jimmy asintió y salió corriendo en dirección a su habitación. Cuando estuvo fuera del alcance de su oído, Anne se sentó frente a mí y tomó mis manos entre las suyas. —¿Qué pasó? ¿Tu jefe intentó algo?

Sorbí por la nariz. —No, Albin estuvo allí todo el tiempo. Estoy segura de que si hubiera intentado algo, Albin le habría pateado el trasero.

La expresión de Anne se tornó aliviada. —Bueno, eso es algo bueno entonces. ¿Por qué estás llorando?

—Porque no firmé el contrato. Albin tenía razón. Banks solo estaba tratando de atraerme de vuelta, pero no tenía intención de cumplir su promesa.

El agarre de Anne sobre mis manos se apretó. —Deberías demandarlo.

Tragué saliva y aclaré mi garganta. —No creo que me sirva de mucho.

—Por favor, dime que al menos no firmaste el contrato.

—No lo hice.

—Bien.

Negué con la cabeza. —No está bien. No sé qué se supone que debo hacer ahora. Prometí que

ayudaría y contribuiría aquí. ¿Cómo se supone que haga eso sin un trabajo?

—Encontrarás otro. Estoy segura, y te ayudaré a buscar.

—Era un buen trabajo, Annie. Con seguro y todo. No creo que pueda encontrar algo tan bueno de nuevo.

—Lo harás —insistió Anne, con una rápida mirada por encima de mi hombro—. Mira, sé que te incomoda pedirle ayuda, pero ¿has pensado en pedírsela a Albin?

Solté un suspiro profundo y tembloroso. —Ya me ofreció un trabajo.

Anne escrutó mi rostro y suspiró. —Lo rechazaste, ¿verdad?

—Trabajar con él ya va a ser bastante difícil. No puedo estar a su alrededor todo el tiempo y mantener este gran secreto.

—Entonces, necesitas decírselo.

—Sabes que no es tan simple. —Retiré mis manos y me puse de pie—. No le va a gustar que haya mantenido en secreto la identidad de Jimmy, y no lo culpo. Pero no me disculparé por hacer lo que necesitaba para mantenernos con vida.

Anne se levantó. —Mar, él va a entender. Estoy segura. Solo necesitas darle la oportunidad de demostrarlo. Y no es como si hubieras mantenido la identidad de Jimmy en secreto a propósito. Si hubieras sabido que ustedes dos se iban a encontrar de nuevo, ¿le habrías dicho la verdad?

—Sí.

—Exactamente. Por favor, no seas tan dura contigo misma, y no seas tan dura con él. Estas cosas tienen una forma de resolverse. Solo necesitas darle una oportunidad.

—Tal vez. No lo sé. Necesito pensar. Solo hazme un favor, ¿de acuerdo? No le digas que estoy aquí si se pasa por aquí.

Anne hizo una pausa, luego asintió. —De acuerdo, pero recuerda que, independientemente de lo que decidas por ti misma, Jimmy merece conocer a su padre.

Capítulo 19

Martha

—Hola.

Miré a Anne en el espejo y dejé el pintalabios. —Hola, ¿Jimmy está bien?

—Sí, estaba cansado, así que está tomando una siesta.

—Gracias por aceptar cuidarlo de nuevo. Sé que has tenido que hacerlo mucho últimamente, y te prometo que te lo compensaré...

Anne levantó una mano y entró en la habitación. —No te preocupes. Me alegra poder ayudar.

Me repasé los labios antes de dejar el pintalabios y girarme para mirarla. —¿Estás segura? Sé que te he pedido mucho esta última semana.

Anne se sentó en el borde de mi cama y cruzó un tobillo sobre el otro. —No es como si salieras de fiesta, Mar. Sé que vas a entrevistas de trabajo.

Suspiré. —Sí, el mercado está difícil.

E incluso con mi título, encontrar trabajo no era fácil.

Como mi breve paso por *Gent's* apenas fue más que un parpadeo, no tenía el peso que yo quería. Muchos empleadores con los que me reuní se detenían en ese detalle, a pesar del resto de habilidades y experiencia que tenía. Aunque sabía que no era justo, también sabía que probablemente se preguntaban si yo era un riesgo. Tener años de experiencia jugaba a mi favor, pero los pocos días que trabajé en *Gent's* estaban socavando eso.

Y no tenía idea de qué hacer.

Ni estaba más cerca de averiguar qué quería hacer con respecto a Albin.

Durante la última semana, él había llamado y enviado mensajes en varias ocasiones. Cada vez, tenía que contenerme para no agarrar el teléfono, temerosa de quebrarme y ceder si escuchaba su

voz. En su lugar, intentaba mantenerme ocupada pasando mis mañanas corriendo de una entrevista a otra y mis tardes en casa con Jimmy, ayudándole con sus tareas y viendo la televisión.

Pero Albin nunca estaba lejos de mis pensamientos.

Ni de mi corazón.

Y sabía que Anne tenía razón. No podía evitarlo para siempre.

Anne se levantó y se sacudió pelusas imaginarias de la camisa. —¿Todavía no has reconsiderado la oferta de trabajo de Albin?

Negué con la cabeza. —No, pero voy a reunirme con él antes de mi entrevista de hoy.

Anne levantó la mirada, y sus ojos se abrieron de sorpresa. —¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque ya estoy bastante nerviosa, y no quería empeorarlo.

—Mar, esto es algo bueno. Sé que tienes miedo y dudas, pero con suerte, todo saldrá bien.

—¿Y si no?

Anne se encogió de hombros. —Entonces lo intentaste. Mejor intentar y fallar, ¿no?

Cogí mi bolso de la cómoda y busqué mis zapatos. —Supongo que sí. Te llamaré más tarde.

Anne me dio un rápido abrazo antes de irme. En la puerta, revolví el pelo de Jimmy y suspiré. Unas cuantas paradas de autobús después, mi estómago estaba lleno de mariposas, y estaba cuestionando mi decisión de reunirme con Albin en persona. Entonces lo vi al otro lado de la calle, sentado solo en una mesa, bañado por la suave luz del sol de la mañana. Levantó su taza, dio unos sorbos y miró alrededor.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos, dejé de respirar.

Alguien me empujó al pasar, y volví a la vida, cubriendo la distancia entre nosotros. Me abrí paso entre la gente, y cuando lo vi de nuevo, Albin se puso de pie. Apartó mi silla y esperó a que me sentara. Tan pronto como lo hice, dejé el bolso a mi lado y entrelacé los dedos.

—¿Quieres algo de comer? ¿O de beber? —Albin hizo una señal a un camarero vestido de negro

y blanco. Me señaló y esperó. Eché un vistazo al menú y pedí un sándwich y un café antes de reclinar me en mi silla. Albin le ofreció una sonrisa al camarero y pidió un sándwich para él también.

Luego el camarero desapareció, dejándonos solos.

—Me alegro de que llamas.

Me aclaré la garganta. —No estaba segura de si debía hacerlo, pero Anne me convenció.

Albin se sentó más derecho, luciendo apuesto con su camisa abotonada y sus vaqueros oscuros.
—Es una mujer inteligente.

—Lo es.

El silencio se extendió entre nosotros.

—No sé cómo se supone que debo decir esto, así que simplemente lo diré. —Hice una pausa y tomé una respiración profunda—. Jimmy es tu hijo.

El rostro de Albin no reveló nada.

—He estado tratando de encontrar la mejor manera de decírtelo, pero no estaba segura de cómo. Sin embargo, he tenido mucho tiempo para pensar estos últimos días, y me di cuenta de algo.

—¿De qué?

—Jimmy merece conocer a su padre. No voy a quitarle eso —le dije a Albin, sin apartar mis ojos de su rostro—. Se merece tener un padre cerca, y se merece ese tipo de amor en su vida.

La expresión de Albin se suavizó. —Me alegra que pienses así.

—Te estoy diciendo todo esto por el bien de Jimmy —continué como si no lo hubiera escuchado. Mi corazón latía desenfrenadamente contra mi pecho, y temía que si me detenía, no sería capaz de decirle todo lo que necesitaba decir. Con una pausa, alcancé mi vaso de agua y di unos sorbos.

—No quiero que mi vida cambie, Albin. Me gusta como está.

Albin estudió mi rostro y se inclinó sobre la mesa. —Entiendo que tienes miedo, Martha, pero no necesitas tenerlo. El destino nos reunió por una razón. Tú y yo podemos estar juntos por fin.

—No sé si eso sea una buena idea. Me importas...

—¿Pero?

—Pero no somos las mismas personas que éramos cuando nos conocimos.

Albin frunció el ceño. —Lo sé, pero eso no significa que no podamos estar juntos.

—Eso es exactamente lo que significa, Albin. ¿Cómo puedes seguir diciendo eso cuando tenemos un hijo juntos? Necesitamos poner sus necesidades por encima de las nuestras.

Incluso si eso significaba tratar a Albin solo como un copadre.

Alejarme de él iba a ser difícil, pero no tanto como trastornar la vida de Jimmy y confundirlo. Como aún tenía cinco años y desconocía las complejidades del mundo, era mi responsabilidad asegurarme de que estuviera seguro y feliz. Aunque estar cerca de Albin todo el tiempo no iba a ser fácil, especialmente después de años anhelándolo y soñando con tenerlo de vuelta en mi vida, no podía ver otra alternativa.

Me gustaba mi vida tal como era, y Albin era una complicación que no deseaba.

Ni necesitaba.

Al menos, eso era lo que me repetía a mí misma.

Cuando el camarero apareció con nuestros sándwiches, acerqué el mío y removí la ensalada. Frente a mí, Albin hizo lo mismo, con una expresión de intensa concentración grabada en su rostro. Finalmente, se irguió, apartó su plato y me miró directamente.

Como si pudiera ver dentro de mi alma.

—Vi a Jimmy el día que te fuiste.

Incliné la cabeza y dejé el tenedor. —¿Qué quieres decir?

—Cuando te fuiste de la habitación del hotel, fui a ver a Banks y le pedí tu dirección. Te vi con Jimmy ese día, y lo supe.

Mi corazón se retorció en mi pecho. —¿Lo has sabido desde entonces? ¿Por qué no dijiste nada?

Albin se encogió de hombros. —Porque estaba seguro de que tenías tus razones para no querer decírmelo, y quería respetarlas.

—Necesitaba estar segura de que no ibas a romper el corazón de Jimmy.

Ni el mío.

Pero mi hijo era, y siempre sería, mi prioridad número uno.

—Aprecio que me hayas dicho la verdad, Martha —respondió Albin—. Sé que no somos las mismas personas, pero eso no significa que tú y yo no podamos estar juntos. Es exactamente por esto por lo que deberíamos estarlo. Sabes lo bien que se siente entre nosotros. Imagina si siempre fuera así.

Lo miré fijamente y tragué saliva.

A lo lejos, las conversaciones subían y bajaban, puntuadas por el sonido de bocinas en la distancia. En lo alto, el sol de la mañana temprana estaba alto en el cielo, su calor golpeando la parte posterior de mi cuello. Debajo de la mesa, cruzaba y descruzaba mis tobillos, mi mente corriendo con posibilidades.

¿Estaba siendo demasiado apresurada?

¿Estaba saltando a conclusiones en lo que respecta a Albin y a mí?

Él y yo no habíamos empezado con buen pie, pero no era culpa de ninguno de los dos. Encontrarnos en las circunstancias en que lo hicimos no era ideal, pero eso no significaba que no pudiera confiar en él. Sin embargo, mientras estaba sentada frente a él, todo en lo que podía pensar era en lo mal que me habían herido antes y en cómo seguía pagando el precio por mi mal juicio.

Albin y yo teníamos química, pero no teníamos confianza.

Ni siquiera estaba segura de que tuviéramos una buena base para una relación.

Y sin ella, no podía dar un salto de fe en él, no con el futuro de Jimmy en juego. No importaba cuánto intentara justificar darle una oportunidad a Albin, seguía volviendo al mismo pensamiento, y sabía que no me iba a dejar en paz.

Necesitaba más que las garantías de Albin para abrirme a él.

Quería pruebas.

—Tú y yo podemos ser buenos juntos —repitió Albin en voz más suave—. Sé que lo sabes, Martha, y sé que puedes sentir esto que hay entre nosotros.

—Eso no es suficiente.

—Necesitas darle tiempo —insistió Albin—. Ahora que nos hemos encontrado, pasemos tiempo juntos y veamos cómo van las cosas. Podemos salir con Jimmy juntos. Podemos ser una verdadera familia.

—Jimmy y yo ya somos una familia.

—Podemos ser una familia más grande —señaló Albin, su expresión aún suave y esperanzada—. Sé que te importo, Martha, y aprecio que quieras darme una oportunidad por el bien de Jimmy, pero yo quiero más.

El silencio se extendió entre nosotros.

—No tienes que darme una respuesta ahora mismo —añadió Albin apresuradamente—. Pero quiero que lo imagines. Piensa en todos esos recuerdos que tienes con Jimmy e imagina cuánto mejor habría sido si yo hubiera estado allí. Piensa en todos los viajes familiares, los picnics y las películas a las que podríamos ir.

—Ser padre es más que salidas y diversión —susurré sobre los latidos de mi corazón—. No es que no quiera darte una oportunidad...

—Podríamos vivir juntos —respondió Albin, bajando su voz para igualar la mía—. Como una verdadera familia. Solo imagínalo.

Mi teléfono sonó, rompiendo la tensión en el aire. Con un suspiro, rebusqué en mi bolso hasta que lo encontré. Luego lo tomé y apagué la alarma antes de dejarlo sobre la mesa. Albin miró entre el teléfono y mi cara, su rostro volviendo a ser una máscara en blanco.

—Lo pensaré —le dije, negando con la cabeza—. Pero tengo que irme porque tengo una entrevista y no quiero llegar tarde.

—¿Todavía estás buscando otro trabajo?

Me puse de pie y busqué mi cartera. —Así es, pero creo que este debería funcionar.

—Independientemente de lo que decidas, sigues siendo bienvenida a venir a trabajar para la empresa. La oferta sigue en pie.

Saqué un fajo de billetes y los conté. —Aprecio eso.

Albin se levantó y me sonrió. —No te preocupes por esto. El desayuno corre por mi cuenta. No querrás llegar tarde a tu entrevista.

Fruncí el ceño y bajé la mano. —El próximo corre por la mía.

—Nos veremos pronto, Jimmy y tú, Martha.

Capítulo 20

Albin

—Martha saldrá en un momento —Anne fue a la cocina, abrió un armario y sacó un vaso. Lo llenó de agua y se lo llevó a los labios. Desde el otro lado de la habitación, sabía que seguía estudiándome y observándome atentamente. Anne lo había estado haciendo desde que llegué, y no me molestaba.

Después de todo, era la mejor amiga y compañera de piso de Martha.

Y algo así como una tía para Jimmy.

Quería caerle bien, pero no había dicho mucho desde que llegué hace unos minutos. Desde entonces, Jimmy me había saludado rápidamente con la mano antes de desaparecer en su habitación. Martha, por otro lado, no había aparecido en absoluto, y no tenía idea si estaba tratando de pensar en excusas para cancelar nuestro día familiar o si estaba tan nerviosa como yo.

Durante las últimas horas, había recorrido toda la longitud de mi apartamento, un alquiler que había descubierto a través de un amigo mío. Habiéndome despertado al amanecer y necesitando café y energía nerviosa para impulsarme, no tenía idea de cómo se suponía que iba a pasar el día. Inicialmente, me había entusiasmado pasar un día entero conociendo a mi hijo.

Ahora que estaba aquí, y Anne no dejaba de observarme, empezaba a preguntarme si me había precipitado. Esperar dos días para ver a mi hijo había sido un compromiso razonable, pero me había dejado sintiéndome distraído y frustrado. Intentar sumergirme en el trabajo no había ayudado. Incluso la noticia de que la junta directiva no estaba contenta de que hubiera rechazado la inversión no me preocupaba tanto como debería.

Sin embargo, aún estaba en el fondo de mi mente, al igual que el hecho de que no le había dado a la junta una buena razón. Ciertamente, después de años juntos, sabían lo suficiente como para confiar en mis instintos y creer que si rechazaba una oportunidad de inversión tan rentable como *Gent's*, era por una buena razón.

Si dependiera de mí, a Banks nunca se le permitiría acercarse a una editorial de nuevo.

Ni a ningún tipo de negocio donde pudiera ejercer su poder sobre las mujeres.

Desafortunadamente, como no tenía pruebas, salvo mi propia palabra y la de Martha, una ex empleada, no había mucho que pudiera hacer. Con un ligero movimiento de cabeza, aparté todos los pensamientos sobre Banks y el problema en cuestión al fondo de mi mente. Luego fijé mi mirada en Anne, que seguía bebiendo su agua y observándome.

—Así que Martha me dice que eres agente inmobiliaria.

—Lo soy.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Me gustan los horarios —respondió Anne antes de terminar su agua. Lavó su vaso y lo puso a secar—. Pero esta no es la mejor economía para los bienes raíces.

—Estaba pensando en invertir en una empresa inmobiliaria.

Anne parpadeó. —Genial.

—¿Conoces alguna buena?

Anne arqueó una ceja. —¿Estás tratando de ganarte mi simpatía invirtiendo en la empresa para la que trabajo?

—Estaba haciendo una pregunta sincera, pero si crees que ayudará...

La expresión de Anne se tornó divertida. —Lo estás haciendo bien hasta ahora. Creo que eres bueno para Martha, y creo que serás bueno para Jimmy. Solo no les hagas daño, ¿de acuerdo?

—No lo haré.

Martha salió de su habitación con un vestido floral hasta las rodillas y un bolso a juego. Mi respiración se entrecortó cuando levantó la mirada y me sonrió. Sus ojos no dejaron mi rostro mientras llamaba a la puerta de Jimmy, y él salió en pantalones cortos y una camiseta con su mochila puesta. Caminó delante de ella, y sus ojos se elevaron hacia mi rostro. Con una sonrisa, los acompañé a ambos fuera de la puerta y hacia el coche que esperaba junto a la acera.

Cuando me senté detrás del volante, ajusté el espejo retrovisor y eché miradas furtivas a Jimmy.

Martha se abrochó el cinturón de seguridad y se preocupó por Jimmy antes de que nos alejáramos. Casas y árboles pasaban rápidamente. Poco a poco, las casas dieron paso a edificios, y no pasó mucho tiempo antes de que estuviéramos en la parte principal de la ciudad.

Poco después, me detuve en un lugar vacío y apagué el motor. —Aquí estamos.

Jimmy presionó su cara contra el cristal y sonrió. —¿Puedo subirme a todas esas atracciones, mami?

—No demasiadas, o vomitarás.

Jimmy abrió la puerta y salió tambaleándose. Martha estuvo frente a él en un segundo, ajustándole la ropa y sujetando su mochila. Me paré junto a ella, me eché la mochila al hombro y coloqué una mano en la parte baja de su espalda. Jimmy mantuvo una conversación constante mientras caminábamos por las puertas principales y entrábamos al parque de atracciones al aire libre, donde filas y filas de puestos de concesión estaban alineados a ambos lados, desde palomitas de maíz y algodón de azúcar hasta joyería artesanal.

—¿Por qué no te llevo al carrusel?

Jimmy rebotó sobre las puntas de sus pies. —¿Podemos ir a los autos chocones después?

Miré a Martha, quien asintió. —Te echo una carrera hasta el carrusel.

Jimmy salió disparado como una bala y agitó los brazos triunfalmente cuando llegó a la fila del carrusel. Martha lo siguió a distancia, con una suave sonrisa en el borde de sus labios. Una vez que la puerta metálica se cerró detrás de nosotros, ayudé a Jimmy a subirse a uno de los caballos y me paré junto a él. Por el rabillo del ojo, vi un destello de movimiento, y Martha estaba parada al otro lado del recinto metálico que rodeaba la atracción, con su teléfono levantado frente a su rostro.

Llamó a Jimmy, quien mostró una hilera de dientes blancos como perlas.

Después de tomar algunas fotos, la atracción comenzó y empezó a girar. Durante el paseo, Jimmy y yo mantuvimos una conversación constante, discutiendo sobre todo, desde juguetes hasta libros. Cuando lo ayudé a bajar, deslizó su mano en la mía y me llevó a los autos chocones. Quería embotellar el sentimiento que crecía dentro de mí y saborearlo. Saber que le agradaba lo suficiente como para pasar tiempo conmigo dejó un cálido resplandor en el centro de mi

estómago.

En el auto chocón, gritó y se rio.

Martha tomó más fotos en el fondo, diciendo poco mientras nos daba nuestro espacio. Tenerla cerca ayudaba, especialmente considerando lo nervioso que estaba por estar cerca de Jimmy. Aun así, también apreciaba que no estuviera encima de nosotros, permitiéndonos a los dos el tiempo para conocernos. Para la tercera atracción, Jimmy se balanceaba sobre sus pies, con el rostro enrojecido. Lo dejé con Martha en el banco y fui al puesto de comida. Vitoreó cuando dejé los aperitivos y el refresco.

—Despacio, cariño —le regañó Martha, haciendo una pausa para apartarle el pelo de los ojos—. No quiero que vomites.

—No voy a vomitar —insistió Jimmy, entre puñados de palomitas de maíz—. Me estoy divirtiendo demasiado con Albin. Este es el mejor día de todos.

Martha me miró, y su expresión se suavizó. —Me alegro de que te estés divirtiendo, cariño.

Jimmy se limpió la boca con el dorso de la mano. —¿Puedo subirme a más atracciones después de esto?

Me senté frente a ellos y tomé un sorbo de mi refresco.

—Podemos quedarnos aquí todo el tiempo que quieras, amigo.

Jimmy aplaudió con entusiasmo.

Martha y yo intercambiamos otra mirada antes de que ella desviara la vista, con el color subiendo por sus mejillas. Poco a poco, se estaba ablandando ante la idea de que yo estuviera allí, y no podía estar más emocionado. Por mucho que quisiera que fuéramos una familia, sabía que era importante tomarlo con calma. Martha tenía razón en que primero debíamos aprender a navegar como padres antes de que pudiéramos ser algo más.

Aunque no tenía ni idea de cómo se suponía que debía resistirme a ella.

Con su vestido floral y el cabello en ondas sueltas sobre los hombros, era lo más hermoso que había visto jamás. En mi opinión, era la mujer más bella del parque de atracciones, y había notado cómo algunos hombres la miraban de reojo. Por suerte, cada vez que lo hacían, yo les

devolvía la mirada hasta que apartaban la vista.

No iba a dejar que nada se interpusiera en nuestro día juntos.

—¿Puedo ir al castillo inflable? —Jimmy se puso de pie, sus ojos recorriendo el parque de atracciones, brillantes de emoción—. Por favor, mamá. Limpiaré toda mi habitación yo solito.

Martha se levantó y comenzó a recoger los vasos y envases vacíos.

—Claro, pero tienes que tener cuidado, ¿de acuerdo? Y no saltes demasiado alto. Recuerda cuando te caíste y te cortaste el labio la última vez.

Jimmy hizo una mueca.

—No volverá a pasar, mamá. Tendré cuidado, lo prometo.

Sin decir palabra, ayudé a Martha a limpiar la mesa y llevé las cajas y envases vacíos al contenedor más cercano. Luego los guí en dirección al castillo inflable, ya lleno de niños que gritaban de alegría mientras saltaban. Jimmy salió corriendo, y yo me paré al otro lado del recinto junto a Martha.

—Es un niño realmente bueno. Has hecho un trabajo excelente con él.

Martha entrelazó sus dedos, sin apartar los ojos de él.

—¿Honestamente? A veces ni siquiera estoy segura de cómo lo hice. Todavía recuerdo lo difícil que es.

—Me alegro de que tuvieras a Anne.

—No sé qué habría hecho sin ella.

—Ojalá hubiera podido estar allí —vi a Jimmy saltar al castillo, agitando los brazos a ambos lados. Todo su rostro estaba iluminado de alegría, y se reía junto con los otros niños—. No quiero perderme nada más.

Martha me lanzó una mirada rápida.

—Espero que no lo hagas.

—No pienso hacerlo —rocé su mano con la mía y esperé. Martha suspiró y apoyó su cabeza en mi hombro—. Deberíamos hacer esto más a menudo.

—Me gustaría eso.

En silencio, observamos a nuestro hijo, y traté de recordar cuándo fue la última vez que me sentí tan feliz. Cuando Jimmy regresó, con el rostro enrojecido y aún rebosante de energía, seguíamos de pie uno al lado del otro. Me volví para mirarlos y junté las manos.

—¿Sabéis? Acabo de mudarme a un hermoso apartamento, y ya tengo muchos juguetes. ¿Qué os parecería venir a mi apartamento a jugar?

El rostro de Jimmy se iluminó aún más, y agarró el brazo de su madre.

—¿Podemos ir? ¿Podemos, por favor, mami?

Martha miró a Jimmy y luego a mí. Frunció el ceño y volvió a mirar a Jimmy.

—Se está haciendo un poco tarde, cariño, y estoy segura de que Albin tiene muchas cosas que hacer.

—La verdad es que no.

—En otra ocasión —insistió Martha sin mirarme—. ¿Por qué no vas a una atracción más antes de que nos vayamos?

La expresión de Jimmy se desinfló mientras se alejaba arrastrando los pies en dirección a un videojuego. Martha lo siguió, evitando cuidadosamente mi mirada. La decepción se había instalado en la boca de mi estómago, pero traté de ignorarla. No había querido presionar demasiado, pero invitarlos me había parecido lo natural.

Pero me decepcionó que Martha me mantuviera a distancia.

—Lo siento —ofreció Martha mientras nos parábamos detrás de Jimmy para verlo jugar—. Es demasiado pronto.

Me aclaré la garganta.

—Está bien. Pero aún puedo llevaros a cenar, ¿verdad?

—Nos encantaría —Martha puso una mano sobre la cabeza de Jimmy y sonrió—. ¿Verdad, cariño?

—¿Puedo elegir dónde vamos a comer?

—Por supuesto, amigo. Donde tú quieras.

Capítulo 21

Martha

—¿Por qué no aceptaste si estás molesta por ello?

—No estoy molesta por eso —susurré al teléfono—. Pero Albin sí. Dios, Anne, deberías haber visto su expresión cuando lo rechacé. Han pasado días desde que nos pidió que fuéramos. No creo que vuelva a pedirlo.

Y no había podido sacar de mi cabeza su expresión abatida.

Tampoco podía librarme de la sensación de que había hecho algo mal.

Incluso cuando sabía que era lo correcto.

Anne suspiró.

—No veo el problema en cambiar de opinión.

Miré por encima de mi hombro hacia ellos, sentados en una mesa cerca del área de niños. Jimmy y Albin estaban lado a lado, mirando el papel para colorear, con crayones esparcidos frente a ellos. De vez en cuando, cuando Jimmy me miraba, mi estómago daba un extraño vuelco, y yo le devolvía una pequeña sonrisa.

Él y Albin se llevaban mucho mejor de lo que esperaba.

Era casi imposible notar que Albin no había estado en la vida de Jimmy desde siempre, y aunque era un poco desconcertante ver lo parecidos que eran en realidad, también era un alivio ver lo fluida que podía ser la transición. Mientras tanto, tenía que encontrar una manera de darle la noticia a Jimmy sin que se convirtiera en una escena.

Aunque Jimmy era demasiado pequeño para entender las razones por las que no había sido sincera, rogaba que algún día lo comprendiera. Mientras tanto, no había razón para que no pudiera disfrutar conociendo a Albin sin la presión adicional de saber quién era realmente. Yo, por otro lado, necesitaba establecer límites claros y firmes con Albin, asegurándome de que no volviéramos a caer en viejos hábitos.

Considerando lo que estaba en juego, no podía volver a acostarme con él.

No si podía evitarlo.

—¿Me estás escuchando siquiera?

Parpadeé y volví la mirada a la pared azul frente a mí.

—Lo siento, ¿puedes repetir eso?

—Te pregunté cómo iba todo con el nuevo casero. Sabes que no es tarde para volver a mudarte conmigo.

—Ya pagué un depósito, y mañana sacaré el resto de mis cosas.

—No se lo has dicho a Albin, ¿verdad?

—¿Por qué le diría que tengo problemas con el casero? No es asunto suyo.

—Mar, si va a estar en tu vida, necesita saber estas cosas.

—Se supone que debe estar en la vida de Jimmy —argumenté en voz baja—. No en la mía, y si se entera, tengo la sensación de que solo intentará usar el dinero para resolver el problema.

Como hizo cuando el Sr. Banks intentaba aprovecharse de mí.

Sabía que Albin tenía buenas intenciones, pero yo sabía cómo defenderme a mí misma y a mi hijo. Lo último que quería era estar en deuda con él mientras intentábamos navegar por un terreno desconocido. En lo que a mí respectaba, lo único en lo que Albin necesitaba centrarse era en construir una relación con su hijo. Todo lo demás era secundario y podía esperar.

—Es un buen hombre, Mar —señaló Anne con otro suspiro—. Deberías ser más amable con él.

—Ya lo soy —respondí, frunciendo el ceño cuando alguien pasó empujándome y entró por la puerta del baño a unos metros de distancia—. En fin, será mejor que me vaya. Seguro que la comida llegará pronto.

—Diviértete —respondió Anne—. Te veré pronto, cariño.

Con eso, colgó, y aparté el teléfono de mi oreja. Me di la vuelta y escaneé las paredes azules y

blancas a mi alrededor, con una multitud de mesas dispersas por todo el lugar y niños gritando en todas direcciones. No me sorprendió que Jimmy hubiera elegido una pizzería para cenar, pero me impresionó que Albin estuviera dispuesto a aceptarlo.

Parecía fuera de lugar con sus vaqueros de diseñador y su camisa abotonada, especialmente con la multitud de padres apoyados contra las mesas con ropa arrugada y manchada. Algunos de ellos le lanzaban miradas curiosas, pero él no les prestaba atención. En cambio, Albin estaba completamente concentrado en ayudar a Jimmy a crear el dibujo perfecto. Di un paso hacia ellos y me detuve cuando mi teléfono vibró.

Cuando vi el nombre de mi casero parpadear en la pantalla, contesté.

Un momento después, la llamada terminó. Cuando intenté llamarlo de nuevo, fue directamente al buzón de voz.

Dudé antes de volver a guardar el teléfono en mi bolsillo y acercarme a la mesa. Tan pronto como me senté, los dos me miraron, con expresiones idénticas de impaciencia y emoción. Les devolví una pequeña sonrisa e intenté ignorar los nudos que se formaban en la boca de mi estómago. Contra el consejo de Anne, había insistido en mudarme y empezar por mi cuenta. Solo llevaba una semana en el nuevo apartamento y ya estaba lleno de problemas.

Pero no quería seguir molestando a Anne con ellos.

Tampoco quería meter a Albin en el asunto y desdibujar los límites entre nosotros.

Otra vez.

Un casero que evitaba mis llamadas telefónicas era algo que podía manejar.

Cuando apareció la camarera, con un uniforme rojo y azul y una brillante sonrisa, saqué mi teléfono y le envié un mensaje al casero. Luego dejé el teléfono sobre la mesa e intenté no mirarlo durante el resto de la noche. Jimmy nos contaba historias entre bocados de su pizza, y Albin se bebía cada una de sus palabras, haciendo que el enjambre de mariposas en mi estómago estallara en un frenesí.

Cada vez era más difícil recordar por qué mantenía a Albin a distancia. Pasar tiempo con él mientras conocía a Jimmy era una cosa. Salir a cenar era otra, y había subestimado lo potente que iba a ser esa sensación. Por primera vez desde que nació, Jimmy tenía a sus dos padres en el

mismo lugar al mismo tiempo, y me sentía abrumada por la emoción.

¿Tenía razón Albin?

¿Podría ser así todo el tiempo?

Después de la cena, Albin se acercó a mí y rozó mi mano con la suya. Una familiar descarga de electricidad recorrió mi columna vertebral mientras él ayudaba a Jimmy a subir al asiento trasero de su coche antes de abrirme la puerta. Incliné la cabeza hacia atrás para mirarlo y sostuve su mirada. Sus labios se curvaron en una media sonrisa, y mi estómago dio un extraño vuelco. En silencio, Albin nos llevó de vuelta al edificio de apartamentos. La carretera estaba despejada, con solo unos pocos coches circulando bajo la luz de la luna.

Para cuando llegamos frente a mi edificio de apartamentos al otro lado de la ciudad, me había convencido de decirle que había cambiado de opinión. Una parte de mí quería que diera la vuelta y nos llevara de regreso a su casa. La otra parte esperó hasta que Albin estacionó antes de que yo empujara la puerta con un poco más de fuerza de la necesaria. Jimmy saltó del coche y lo atraje hacia mí. Por el rabillo del ojo, vi un destello de movimiento y un camión de mudanzas se detuvo detrás de nosotros.

Albin se detuvo frente a nosotros y arqueó una ceja.

—Parece que tienes nuevos vecinos. Aunque es extraño que se estén mudando de noche.

Me encogí de hombros.

—Supongo.

Albin se agachó frente a Jimmy y extendió los brazos. Tras una breve pausa, Jimmy se lanzó hacia Albin. Demasiado pronto, Albin se puso de pie y revolvió el cabello de Jimmy. Me lanzó una última mirada significativa por encima del hombro antes de irse. Luego se alejó de la acera y lo vi partir. Jimmy entrelazó sus dedos con los míos y subimos las escaleras a saltitos, deteniéndonos abruptamente frente a la puerta de nuestro apartamento, que estaba completamente abierta.

Un grupo de mudanceros entraba y salía del apartamento.

Apreté la mano de Jimmy con más fuerza y lo coloqué detrás de mí.

—Disculpen, ¿qué está pasando?

Una mujer bajita de cabello castaño, vestida con jeans y una camiseta holgada, salió con la cara cubierta de sudor y polvo.

—Hola, somos los nuevos vecinos. Disculpa el ruido. El casero nos dijo que solo podíamos mudarnos de noche.

—Creo que se han equivocado de apartamento.

Ella frunció el ceño, metió la mano en su bolsillo y sacó un papel. Después de revisarlo, me lo entregó y lo alcé hacia la luz fluorescente. Los mudanceros seguían pasando a toda prisa en ambas direcciones, cargando cajas y otros objetos. Leí todo el contrato dos veces, con el corazón martilleándome en el pecho, antes de devolvérselo a la mujer.

—Nos ha engañado —le dije—. Me mudé aquí hace apenas una semana y me dio el mismo contrato.

La mujer palideció.

—Estás bromeando. Nos hizo pagar dos meses de alquiler por adelantado y un depósito de seguridad.

Tragué saliva.

—Hizo lo mismo conmigo.

La mujer llamó a un hombre con un gesto y los dos se alejaron, con las cabezas inclinadas en conversación. Con manos temblorosas, saqué mi teléfono del bolsillo e intenté llamar al casero. Escuché a los nuevos vecinos intentar lo mismo con resultados similares. Poco después, le entregué mi teléfono a uno de los mudanceros, con Anne al otro lado de la línea, y observé, con la mente corriendo a mil por hora. Aunque no podía creer que el casero me hubiera estafado de esta manera, al menos tenía un plan de respaldo. La pareja que acababa de mudarse parecía lista para hacer un agujero en la pared.

Y la mujer parecía a punto de romper en llanto.

Una vez que Anne terminó, el mudancero me devolvió el teléfono y se apresuró a entrar. En un frenesí de movimiento, comenzaron a sacar mis cajas y a cargarlas. Acerqué a Jimmy a mi

costado, me acerqué a los inquilinos y les ofrecí una sonrisa sombría.

—No se preocupen. Tengo otro lugar adonde ir.

El hombre rodeó los hombros de la mujer con su brazo.

—¿Estás segura?

Asentí y acaricié el cabello de Jimmy.

—Sí, no se preocupen.

—Resolveremos esto —prometió la mujer, levantando sus ojos llenos de lágrimas hacia los míos
—. Lo siento.

—Ninguno de ustedes debería disculparse. Es culpa del casero.

Y cuando encontrara la manera de recuperar mi dinero, lo iba a pagar.

Habiéndome visto obligada a recurrir a mis ahorros para mudarme, odiaba no tener otra opción que volver con Anne. Aunque sabía que ella estaba feliz de recibirnos de nuevo, para mí se sentía como un paso atrás. Aun así, esperé hasta que las pocas cajas que tenía estuvieran cargadas en la furgoneta antes de llevar a Jimmy al asiento delantero.

Jimmy se sentó en mi regazo, abrazando su osito de peluche mientras la furgoneta serpenteaba por las calles de la ciudad, a medio iluminar y medio vacías. Tan pronto como se detuvieron frente a la casa de Anne en los suburbios, salté y levanté la mirada. Anne estaba en la puerta y le hizo señas a Jimmy para que se acercara. Él corrió hacia ella y le dio un abrazo rápido. Ella lo persuadió para que entrara antes de salir, con una mirada decidida en su rostro. Mantuvo un brazo sobre mis hombros y usó el otro para hacer gestos, asegurándose de que los mudanceros se movieran rápida y silenciosamente.

No pasó mucho tiempo antes de que terminaran y se alejaron conduciendo en la noche.

Anne me guio hacia la casa y me empujó al sofá.

—Voy a traerte una bebida. Definitivamente la necesitas.

Me cubrí el rostro con las manos.

—No sé cómo pasó esto. Estoy jodida. Pagué mucho dinero para mudarme.

Frunciendo el ceño, me palmeé los bolsillos y gemí.

—Y dejé caer mi teléfono en el camión. Genial. ¿Podría esto empeorar?

Anne regresó con dos copas de vino.

—Me pondré en contacto con la empresa de mudanzas por la mañana para ver si podemos recuperar tu teléfono. Ya se nos ocurrirá algo. Mientras tanto, tengo un amigo que es abogado. Lo llamaré por la mañana y resolveremos esto.

—Lo siento mucho.

Anne se sentó en el sofá junto a mí y me apretó los hombros.

—Sabes que estoy feliz de tenerlos de vuelta a los dos. Me alegro de que me hayas llamado.

Di un sorbo a mi bebida y suspiré.

—No sé cómo voy a decírselo a Albin.

Capítulo 22

Albin

—Esto no tiene ningún sentido —rebusqué entre los papeles de nuevo, moviendo algunas cosas en mi escritorio mientras lo hacía—. No entiendo por qué los números han bajado.

Dirigir un imperio mediático multimillonario nunca fue fácil.

Y había días en los que me preguntaba por qué me había metido en este negocio, pero no podía negar la emoción que sentía cuando nos iba bien. O la emoción que me recorría al saber que había hecho un trabajo mucho mejor que el que mi difunto padre pudo hacer jamás. Aunque sabía que compararme con él no era una forma saludable de impulsarme, tampoco hacía daño cuando funcionaba.

Desde que Jimmy había entrado en mi vida, irrumpiendo con color y movimiento, las cosas habían sido diferentes. Durante las últimas dos semanas, había pasado mucho tiempo con él, y empezaba a darme cuenta de cuánto quería hacer por mi hijo. Poco a poco, ya no me interesaba acumular riqueza y aparecer en la portada de todas las revistas y periódicos de negocios.

En cambio, quería construir algo de lo que Jimmy pudiera estar orgulloso.

Una empresa que algún día pudiera tomar como suya y hacerla aún mejor.

Desafortunadamente, no fue hasta hace una hora que me di cuenta de que mi sueño y el futuro de mi hijo estaban en peligro. Ahora, Jason, mi director ejecutivo y mano derecha, estaba sentado frente a mí, revisando una pila diferente de papeles e intentando averiguar qué había salido mal. Durante las últimas semanas, habíamos estado perdiendo dinero, y ninguno de los dos podía descubrir cuál era el problema.

Considerando que fui yo quien notó la discrepancia después de una noche larga en la oficina hace unos días, quería mantenerlo en secreto. Hasta ahora, nadie más en la empresa sabía lo que estaba mal, y quería mantenerlo así el mayor tiempo posible. Una vez que se difundiera la noticia de nuestra desgracia, no iba a poder retractarme.

No importaba cuánto lo deseara.

Y necesitaba tener todos los hechos antes de decidir un curso de acción.

Por eso Jason era la única otra persona que lo sabía.

—No vamos a poder ocultar esto para siempre —Jason arrojó los archivos sobre mi escritorio, se puso de pie y se abrochó un botón de su chaqueta—. Es solo cuestión de tiempo antes de que esto salga a la luz, Albin.

Levanté la mirada y fruncí el ceño. —Preferiría mantener esto en secreto el mayor tiempo posible. Sabes lo que pasará si esto se descubre.

Jason exhaló y se pasó una mano por la cara. —Una investigación interna no es algo malo. Nos ayudará a descubrir a dónde está yendo el dinero.

Levanté una carpeta y me puse de pie. —Sabemos dónde no está yendo. Este no es un caso de malversación de fondos.

Jason dejó caer su mano a un lado y se enderezó. —No lo sabemos con certeza.

Arrojé la carpeta de vuelta al escritorio y empujé mi silla hacia atrás con un chirrido. —Mira los números, Jason. Mira la información. Está bastante claro que esto es un trabajo interno.

—¿Qué estás diciendo?

Caminé hacia mi mini refrigerador y la bandeja de bebidas encima de él. Después de servirme una pequeña cantidad de whisky, me lo bebí todo. —¿Has notado lo bien que le ha ido a nuestra competencia?

Las cejas de Jason se juntaron. —¿Meleese? ¿Qué tiene que ver eso con algo?

Me di la vuelta y miré a Jason por encima del borde del vaso. —Significa que tengo que hacer algunas investigaciones antes de que alguien más sea incluido en esto. Creo que alguien les está dando información confidencial.

Jason frunció el ceño. —¿Qué hay de la junta directiva?

—Les diré cuando tenga pruebas concretas —decidí antes de dejar mi vaso—. Mientras tanto, necesitamos revisar minuciosamente la evidencia y ver si podemos descubrir quién está detrás de nosotros.

Porque sabía que era alguien dentro de la propia empresa.

Tenía que serlo.

Era la única explicación que tenía sentido, y mi mente inmediatamente se dirigió a varios accionistas que habían expresado su desaprobación sobre cómo iban las cosas. Aunque no me gustaba saber que había personas en mis propias filas dispuestas a hundir la empresa por su propio beneficio personal, tampoco podía negar los hechos.

No si quería salir de esto con la empresa intacta.

Y una vez que se difundiera la noticia, iba a ser una masacre.

Todos los demás imperios mediáticos nos iban a rodear, esperando la primera gota de sangre antes de atacar. Mientras Jason y yo estábamos uno frente al otro, cada uno perdido en sus pensamientos, comencé a darme cuenta de lo poco tiempo que me quedaba para adelantarme a esto. Con una última mirada a Jason, volví a sentarme detrás de mi escritorio y abrí mi portátil.

Un momento después, Jason salió de mi oficina.

A través de la puerta de cristal, lo vi detenerse en la oficina de mi secretaria e intercambiar unas palabras. Luego se fue, y Melissa me miró, con un surco apareciendo entre sus cejas. Fingí no darme cuenta mientras escudriñaba los documentos, tratando de unir las piezas. Durante horas estuve sentado en mi escritorio, pausando de vez en cuando para garabatear en mi cuaderno.

De vez en cuando, cuando me levantaba para estirarme o tomar unos sorbos de agua, miraba mi teléfono, boca abajo sobre mi escritorio. No podía decir si estaba aliviado o decepcionado de que Martha no hubiera llamado o enviado mensajes con su habitual actualización sobre Jimmy. Sin embargo, parte de mí se sentía aliviada de poder dirigir todo mi enfoque y atención al asunto en cuestión.

Dos horas más tarde, cuando todos los demás se habían ido por el día, yo era la única persona que quedaba en la oficina. Durante un rato, miré fijamente la pantalla y apreté los puños a mis costados. Lentamente, me froté la cara con una mano, me detuve en las sienes y presioné dos dedos allí. Luego sacudí ligeramente la cabeza y me puse de pie.

Saber que había una fuga en la empresa era una cosa.

Descubrir que era mi propia secretaria era algo completamente distinto, pero no había duda de

que era ella. En mi pantalla, tenía varias pestañas abiertas, todas con sus correspondencias de correo electrónico privadas, incluyendo varios correos incriminatorios que detallaban información confidencial de la empresa. Me dolía la cabeza mientras salía de mi oficina, iba detrás del escritorio de Melissa y rebuscaba en sus cajones.

Me sentí enfermo del estómago cuando desenterré más información que la vinculaba a la filtración y confirmaba mis sospechas. Melissa había estado vendiendo información confidencial a nuestra competencia durante meses, y era la razón por la que les había ido mejor. Meleese había estado un paso adelante porque habían plantado una espía justo bajo mis narices, y yo había estado demasiado distraído para darme cuenta.

Con el ceño fruncido, volví a entrar en la oficina y metí todo en una carpeta, incluyendo copias impresas de la traición de Melissa. Cuando terminé, recogí mis cosas y apagué la luz. En el ascensor, golpeé con el pie y resistí el impulso de ir tras Melissa. Investigar la fuente de la filtración por mi cuenta era comprensible, pero antagonizar con Melissa cuando no tenía idea de qué otra información tenía en su poder era desaconsejable.

Y si no pisaba con cuidado, todo iba a estallar en mi oficina.

Tan pronto como salí al aire frío de la noche, me detuve e incliné la cabeza hacia atrás. En lo alto, una luna en forma de media luna se acurrucaba en medio del cielo, con algunas nubes a ambos lados. Me clavé las uñas en las palmas, solté un suspiro y me apresuré a entrar en el coche aparcado junto a la acera. En silencio, el conductor me llevó al edificio de apartamentos de Martha mientras yo me sentaba en la parte de atrás, con la cara pegada al cristal.

No fue hasta que subí las escaleras que me di cuenta de que algo andaba mal.

Cuando otra mujer abrió la puerta, mi confusión solo aumentó.

Después de que la puerta se cerrara de golpe en mi cara, rebusqué mi teléfono y lo saqué. Luego subí las escaleras de dos en dos, con el pánico desatándose en el centro de mi estómago. El teléfono de Martha sonó varias veces antes de que una voz masculina desconocida contestara. Me quedé en la entrada de su edificio, con el desaliento extendiéndose por cada centímetro de mi ser antes de colgar.

¿Dónde estaban Martha y Jimmy?

¿Y por qué no me había dicho nada sobre la mudanza?

Negué con la cabeza, metí el teléfono de vuelta en mi bolsillo y me dirigí hacia la oficina. A unas cuadas de distancia, doblé la esquina y me metí en el bar, con un letrero en cursiva en el frente y música alta sonando por los altavoces. Dentro olía a sudor y alcohol, y todas las mesas estaban llenas de gente hablando en voz alta o inclinados sobre sus bebidas. Me abrí paso entre la multitud hasta que me encontré frente a la barra. Con un gruñido, saqué un taburete y me senté. Luego miré al camarero e hice una señal para pedir una bebida.

No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero no me gustaba nada.

Primero, con la filtración de información confidencial, y ahora con Martha desapareciendo en el aire.

Este día no estaba yendo como yo quería.

Hice algunas llamadas más a Martha, pero todas fueron al buzón de voz.

A mitad de mi tercera copa, vi una cara familiar por el rabillo del ojo. Lily se acercó a mí con su corto vestido negro y echó su sedoso cabello rojo sobre sus hombros. Puso una mano en mi brazo y mostró una fila de dientes blancos como perlas.

—Ha pasado mucho tiempo, Alby.

Di un sorbo a mi bebida y la miré fijamente. —¿Qué haces aquí, Lil?

—Ya sabes que me gusta pasarlo bien —Lily se inclinó sobre la barra e hizo un gesto al camarero—. ¿Por qué no te invito a una copa?

Terminé mi bebida y me enderecé, con las luces fluorescentes zumbando sobre mi cabeza. La conversación subía y bajaba a mi alrededor, apagada e incomprensible, mientras Lily mantenía una mano en mi brazo. Estaba diciendo algo, pero no pude entender qué era hasta que se inclinó y me susurró algo al oído.

Cuando se echó hacia atrás y me ofreció una brillante sonrisa, incliné la cabeza y la estudié. —No has cambiado nada, Lil.

Lily cogió su bebida y se la bebió de un trago. —¿Significa esto que tú y yo nos vamos de aquí? Vivo cerca, ¿sabes?

Sería demasiado fácil caer en viejos patrones con Lily.

Estar con ella había sido fácil y sin complicaciones.

Pero cada vez que la miraba, veía a Martha.

Finalmente, terminé mi última copa, saqué un fajo de billetes y me levanté. —Gracias, pero tengo que irme. Me alegro de verte, Lil.

Su boca se abrió mientras pasaba junto a ella y me dirigía a la puerta principal.

Quería encontrar a Martha.

Lo necesitaba.

Capítulo 23

Martha

—¿Has tenido noticias de la empresa de mudanzas?

Anne levantó la vista de su teléfono y frunció el ceño. —No, dijeron que se pondrían en contacto conmigo.

Suspiré y coloqué las manos a ambos lados del mostrador. —Probablemente no voy a recuperar mi teléfono.

Anne quitó los pies de encima de la mesa de café y se puso de pie. —Mañana podemos ir a comprarte un teléfono nuevo.

Me aparté del mostrador y me pasé una mano por el pelo. —Ese no es el problema. El problema es que tenía todos mis números.

Incluido el de Albin.

Y no poder hablar con él durante todo el día se sentía extraño. Ciertamente, normalmente los dos dábamos vueltas alrededor de los temas y hacíamos todo lo posible por hablar solo de Jimmy, pero se había convertido en una de mis partes favoritas del día. Hablar con Albin durante unos minutos cada mañana era algo a lo que me había acostumbrado, y Jimmy disfrutaba hablando con Albin mientras se preparaba para ir a la escuela.

Albin ya había dejado huella en nosotros dos.

No poder contarle lo que había pasado no me sentaba bien.

Tampoco el hecho de que ni siquiera hubiera intentado buscarme.

¿Por qué no se había presentado en casa de Anne buscándome?

Porque no le contaste sobre el problema del apartamento. ¿Cómo esperas que se presente aquí cuando ni siquiera sabe que estás aquí?

Sabía que no estaba siendo justa con él.

Después de pasar todo el día hablando con el amigo abogado de Anne y escudriñando internet en busca de ofertas de trabajo, era hora de que hiciera algo. Después de comprobar que Jimmy dormía, le besé la frente y cogí mi suéter. Anne estaba llenando la tetera con agua cuando pasé por su lado, dirigiéndome directamente a la puerta principal. Dejé la tetera en la cocina y arqueé una ceja cuando me vio.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a pasar por la empresa de Albin. Sé que es tarde, pero pensé que tal vez podría dejarle un mensaje o algo así.

Anne asintió. —En realidad es un buen plan. Puedes dejarle mi número si quieres.

Levanté mi bolso y me aclaré la garganta. —Ya veremos. Volveré pronto.

Afuera, me detuve para subirme la cremallera del suéter. Luego me apresuré hacia la parada de autobús, pensando en Albin todo el tiempo. Si bien era un alivio tener el espacio y un momento para pensar en lo rápido que estaba avanzando todo, sabía que no era lo que quería.

Ya no.

No quería seguir luchando contra mis sentimientos por Albin, no si eso significaba interponerse en mi felicidad. Cuando me subí al autobús y apoyé la cabeza contra el cristal, seguía viendo imágenes de Albin, desde el hombre gruñón que me salvó de los lobos hasta el padre tranquilo y paciente que se había sentado junto a Jimmy para ayudarlo a colorear. Los dos habíamos pasado por mucho juntos, y la idea de que podría perderlo porque seguía dejando que mi miedo me controlara no me sentaba bien.

Y cuanto más me acercaba a su edificio de oficinas, más claro se volvía todo.

Ya no quería estar al margen.

Pero esperaba no haber llegado demasiado tarde.

Albin había respetado mis deseos y hecho todo lo posible por mantener las distancias, incluso cuando sabía que no era fácil para él. Durante nuestras salidas, Albin no perdía la oportunidad de tomar fotos o contar historias, todo en un esfuerzo por hacer que Jimmy supiera que estaba allí.

Ante mis propios ojos, se estaba revelando como el hombre y el padre que esperaba que fuera, pero aún me aterrorizaba.

Era mucho más fácil descartar a Albin y convencerme de que era lo mejor.

Habiendo sido testigo del tipo de hombre que era de primera mano, ya no podía negar la verdad. Mientras estaba sentada allí, esperando que el autobús avanzara, me enderecé y miré hacia adelante. Filas y filas de coches estaban parados a ambos lados del autobús. Algunos bocinazos se elevaban a través del aire frío de la noche, pero todos permanecían inmóviles.

Puedes hacerlo, Mar. Solo llega a la oficina y encuéntralo. Todo lo demás se resolverá. No hay nada que temer, ¿recuerdas?

Excepto que mi rodilla no dejaba de rebotar.

Y no podía dejar de imaginar cómo se sentiría Jimmy si Albin le rompiera el corazón. Poco a poco, el autobús avanzó. Cuando el tráfico se alivió y retomó su ritmo normal, otra ola de nerviosismo me invadió. Antes de darme cuenta, el autobús se detuvo a unas cuerdas de la oficina de Albin. Con las piernas temblorosas, me bajé del autobús y me detuve para mirar alrededor.

Aparte de algunas personas aquí y allá, las calles estaban mayormente vacías.

Me quedé de pie bajo la luz de la calle y pasé las manos por la parte delantera de mi suéter. Luego me eché el pelo sobre los hombros y empecé a caminar a un ritmo constante, con el corazón latiendo fuertemente contra mi pecho. El edificio de oficinas se alzaba en la distancia, brillando bajo el pálido resplandor de la luna. Por el rabillo del ojo, vi un destello de movimiento. Cuando miré, vi a Albin saliendo tambaleándose del bar al otro lado de la calle. Se balanceó sobre sus pies, murmuró algo entre dientes y se palpó los bolsillos.

Con un suspiro, di un paso hacia él y me quedé paralizada.

Una morena menuda empujó las puertas y se acercó a él. Le pasó el brazo por los hombros, sonrió y se lo llevó. Me quedé allí, con los pies como de plomo, mientras los veía alejarse, sin que él opusiera resistencia. Al contrario, Albin se inclinó hacia su contacto y la siguió voluntariamente, con una extraña expresión en su rostro.

Incluso desde la distancia, podía decir que la conocía.

Y ella sabía cómo manejarlo.

Tragué saliva para deshacer el nudo en mi garganta. Antes de que pudiera convencerme de lo contrario, me encontré siguiéndolos, dejando un amplio espacio entre nosotros. Poco después, la morena se detuvo frente al edificio de apartamentos de Albin. Metió la mano en su bolsillo, sacó su llave y sonrió triunfante. Él subió las escaleras tambaleándose detrás de ella y esperó.

Era hermosa de una manera que parecía sin esfuerzo.

Y probablemente no tenía el mismo tipo de equipaje que yo.

¿Era por eso que se sentía atraído por ella?

Desde mi lugar en el lado opuesto de la calle, sabía que nunca iba a estar a su altura. Cualquier historia que tuvieran los dos, no era nada como la nuestra. Albin y yo nos habíamos enfrentado a un obstáculo tras otro desde que nos conocimos, y una parte de mí se preguntaba si era por eso que no podíamos hacer que las cosas funcionaran.

Habíamos estado esforzándonos demasiado.

Y no deberíamos tener que hacerlo.

Una vez que la puerta se abrió con un clic, la hermosa morena lo hizo pasar y cerró la puerta tras ella. Me estremecí, metí ambas manos en mis bolsillos y agaché la cabeza. Un viento frío me rozó, erizando los vellos de mi nuca. Cuando volví a levantar la mirada, me encontré mirando fijamente su ventana, buscando su silueta borrosa. En su lugar, la morena se materializó en la ventana, y alcancé a ver un breve destello de su piel sonrojada antes de que corriera las cortinas.

Y mi estómago se revolvió.

¿Cómo había estado tan ciega?

¿Por qué no había mantenido a Albin a distancia como había planeado?

No tenía idea de cuánto tiempo estuve allí parada, esperando ver a Albin en la ventana. Lo único que sé es que cuando una pareja pasó junto a mí, tomados de la mano y riendo, la emoción que se agitaba en la boca de mi estómago empeoró. Como en trance, me alejé del apartamento de Albin en dirección general al autobús. Las lágrimas me quemaban los ojos, pero las contuve parpadeando y cerré los puños.

No tenía a nadie más que culpar sino a mí misma.

Porque lo sabía mejor y, en lugar de tomar las precauciones necesarias para protegerme a mí misma y a mi corazón, había dejado que mis emociones me dominaran. Una y otra vez, seguí repasando todo lo que había ocurrido entre Albin y yo hasta que me encontré en la parada del autobús, sola y con frío.

El dolor en mi corazón solo creció cuando vi el autobús.

Una vez que subí, me hundí en el asiento más cercano a la puerta y enterré mi rostro entre mis manos. Me tomó cada onza de fuerza que tenía quedarme sentada allí y no ceder ante las lágrimas. Para cuando el autobús se detuvo a una calle de la casa de Anne, ya estaba exhausta. Arrastré los pies hasta la casa de Anne y me detuve en la entrada. Con un sorbo, pasé una mano por mi rostro y forcejeé con las llaves. Cuando entré, estaba oscuro y no podía ver más allá de unos sesenta centímetros frente a mí.

Una pequeña luz se encendió, cegándome momentáneamente.

Puntos bailaron en mi campo de visión, y apareció el rostro de Anne, guiándome hacia el sofá. Me ayudó a sentarme antes de desaparecer. Cuando regresó con un vaso de agua, mi visión había vuelto a la normalidad. Miré su rostro una vez y estallé en lágrimas, sacando todo de golpe.

Los brazos de Anne me rodearon y me atrajo hacia ella. —Mar, ¿qué pasó?

Me aferré a ella y sollocé. —No va a estar bien. Soy una idiota. No debería haber confiado en Albin. Sabía que no se podía confiar en él.

Anne se movió y se apartó para mirarme. —¿Quieres hablar de ello?

Me estremecí y mis hombros temblaron. —Fui a la empresa y yo... él...

Anne esperó pacientemente a que me recompusiera. Luego me entregó una caja de pañuelos. Me soné la nariz y solté un profundo suspiro. —Fui a la empresa para contarle lo que había pasado y cómo contactarme, pero él no estaba allí.

Anne me hizo un gesto para que continuara.

—Estaba en el bar al otro lado de la calle —continué con una voz extraña. Lentamente, me desplomé contra el sofá y miré al techo—. Estaba borracho cuando salió, y estaba a punto de

ayudarlo, pero entonces la vi.

—¿A ella?

Bajé la cabeza y miré a Anne. —Era una morena hermosa. Deberías haberla visto, Anne. Parece el tipo de mujer con la que Albin debería estar, ¿sabes? Elegante y hermosa, sin esforzarse.

—Cariño, estoy segura de que no estaba pasando nada...

—Los seguí —interrumpí con voz espesa—. Sé que no debería haberlo hecho, pero tenía que saber la verdad, y me habría quedado con la duda si no lo hubiera hecho.

El rostro de Anne se volvió solemne. —¿Qué pasó? ¿Te vieron?

Negué con la cabeza y alcancé otro pañuelo. —Ella lo llevó de vuelta a su apartamento y subió con él.

Los ojos de Anne se tensaron en las comisuras. —No puedo creer que te haya hecho eso. Después de suplicar por una oportunidad para estar juntos. No lo entiendo.

Me encogí de hombros y me hundí de nuevo en el sofá. —Yo tampoco, pero me alegro de saber la verdad ahora, así no pierdo más tiempo con él.

Anne exhaló. —¿Qué vas a hacer?

—Albin sigue siendo el padre de Jimmy, pero eso es todo lo que será de ahora en adelante.

Capítulo 24

Albin

Avancé tambaleándome y casi me estrellé de cabeza contra la ventana. En el último segundo, me halaron hacia atrás por el cuello de la camisa. Con el ceño fruncido, me di la vuelta y entrecerré los ojos. Unas manchas bailaban en mi campo de visión, y la vaga silueta frente a mí aparecía y desaparecía.

—Gracias por traerme a casa, Mar —me enderecé y me quité la chaqueta. Después de arrojarla a una silla vacía cercana, me incliné para quitarme los zapatos—. Me alegro de que hayas podido encontrarme.

—¿Mar? ¿Quién es Mar?

Me puse de pie y entrecerré los ojos, pero no podía distinguir sus rasgos. La sangre rugía en mis oídos y no podía ignorar el dolor sordo en mi pecho. Cuando pasé una mano por mi cara y me detuve para frotarme los ojos, mi visión se aclaró y me di cuenta de que no era Martha quien estaba frente a mí. En cambio, Lily estaba de pie en el centro de mi apartamento con las manos en las caderas, bañada por el suave resplandor de la lámpara.

—¿Qué haces aquí?

—Me dijiste que querías que subiera —respondió Lily—. No me digas que has vuelto a cambiar de opinión.

Dejé caer la mano a un lado y enderecé la espalda.

—No se supone que estés aquí, Lil. Ya te dije que no estoy interesado.

Lily dejó caer las manos a los costados y cubrió la distancia entre nosotros.

—Entonces, ¿por qué me invitaste a subir? Claramente estás molesto, Alby. Yo podría animarte. Como en los viejos tiempos.

Extendí una mano frente a mí.

—No, la única razón por la que estás aquí es porque pensé que eras Martha.

Lily resopló y su expresión se tornó molesta.

—¿Qué tiene Martha que yo no tenga?

—Todo —respondí antes de pasar junto a ella. Sostuve la puerta abierta y le dirigí una mirada significativa—. Por favor, vete.

Lily se inclinó para recoger su bolso y caminó hacia mí.

—Bien, pero no vengas llorando a mí si las cosas no funcionan.

—No sabes nada sobre Martha.

Lily se detuvo en la puerta, sin apartar los ojos de mi rostro.

—No, pero te conozco a ti. No luchas por las cosas que quieres. Cuando las cosas se ponen serias, huyes. No será diferente con Martha.

—Fuera —repetí, con los ojos entrecerrados—. La próxima vez que me veas en el bar, no me hables.

Lily se echó el pelo hacia atrás.

—Me parece bien.

Con eso, se echó el pelo sobre los hombros y se marchó pisando fuerte. Cerré la puerta de un golpe detrás de ella y me pasé una mano por el pelo. Aun así, sus palabras seguían resonando en mi cabeza. Por mucho que odiara admitirlo, sabía que Lily tenía razón. Me conocía lo suficiente como para saber cómo reaccionaría, y me había conocido mucho antes de que perdiera a mis padres.

Era una de las pocas personas vivas que sabía cómo era yo antes.

Y odiaba eso.

No quería que ella estuviera entre los pocos que conocían la verdad, el hombre detrás de la máscara. Cuando empecé a caminar de un lado a otro por todo mi apartamento mientras un fuego rugía en la chimenea, proyectando largas sombras en la pared, me di cuenta de que lo que

realmente quería era a Martha.

Quería que ella me conociera por dentro y por fuera.

Quería que Martha fuera la persona a la que volviera en los días buenos y malos, y quería que fuera ella con quien me acostara cada noche. Por la mañana, quería despertar con ella a mi lado y besarla como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Martha era con quien quería estar.

Y cuando la encontrara de nuevo, tenía toda la intención de decirle cómo me sentía y lanzarme sin miedo. Me aferré a ese pensamiento mientras me tambaleaba hacia el baño y me cambiaba de ropa. El dolor de cabeza en la parte posterior de mi cráneo se extendió y creció hasta que me dolía toda la cabeza. Con el ceño fruncido, me arrastré hasta la cama, me cubrí con las sábanas hasta el pecho y me quedé dormido.

Por la mañana, el dolor de cabeza seguía ahí, al igual que el mal sabor en mi boca. Después de una taza rápida de café y un tazón de cereal sobre el fregadero, salí corriendo. Una vez que puse un pie fuera, casi choqué con Martha y la tiré al suelo. En el último segundo, mi mano fue a su cintura y la enderecé.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás para mirarme y no dijo nada.

Un momento después, solté mi mano y di un paso atrás, con los ojos abiertos de sorpresa. De pie allí bajo el sol de la mañana temprana, con su vestido verde hasta las rodillas y sus rizos sueltos enmarcando su rostro, nunca había lucido más hermosa ni más decidida. Algunas personas pasaron empujándonos, pero ella no les prestó atención y en su lugar fijó su mirada completamente en mí.

Cuando mis ojos volvieron a su rostro y vi la mirada en sus ojos, supe que algo andaba mal. Ella juntó las manos detrás de la espalda y se aclaró la garganta.

—Me alegro de haberme topado contigo.

—He estado tratando de llamarte. ¿Estás bien? ¿Jimmy está bien?

Martha se tensó.

—Estamos bien. Perdí mi teléfono.

—¿Por qué no me lo dijiste? Puedo conseguirte otro.

Los ojos de Martha se entrecerraron y negó con la cabeza.

—No, gracias. No estoy aquí para hablar de eso.

Levanté una mano hacia mi cara y entrecerré los ojos.

—¿Quieres subir? Puedo prepararnos algo de comer.

Martha dio un paso atrás, su rostro aún sin revelar nada.

—No creo que sea buena idea que suba contigo.

—¿Por qué no?

Martha acercó su bolso a la cara y sacó un trozo de papel. Lo desdobló y lo alisó antes de entregármelo.

—Hablé con una abogada y me ayudó a redactar un acuerdo.

Tomé el papel y fruncí el ceño.

—¿Qué es esto?

—Derechos de visita —respondió Martha, inclinando la cabeza—. Como te estás volviendo más activo en la vida de Jimmy, pensé que era importante que pongamos los puntos sobre las íes y crucemos las tes.

Bajé el papel y la miré.

—No entiendo. ¿Por qué estás haciendo esto?

—Jimmy necesita estabilidad en su vida.

—¿Qué tiene de malo el acuerdo actual?

—Necesita ser modificado —respondió Martha, fijando la mirada en un punto por encima de mis hombros—. Hay muchas cosas que no tuvimos en cuenta cuando acordamos pasar tiempo juntos.

—¿Como cuáles?

—Como nuestras vidas personales. Tú y yo teníamos vidas antes de volver a encontrarnos, y tenemos vidas fuera de Jimmy.

El zumbido sordo en mis oídos se hizo más fuerte.

A nuestro alrededor, la gente pasaba apresuradamente, inclinada sobre sus teléfonos. Me pasé una mano por la cara y parpadeé.

—De acuerdo, no estoy seguro de qué está pasando, pero realmente no creo que sea un buen momento para hablar de esto.

—Nunca hay un buen momento para hablar de cosas como esta —me dijo Martha levantando la barbilla—. Es como una tirita. Es mejor arrancarla de una vez y acabar con ello.

—¿Cómo es visitar a mi hijo como una tirita?

Martha soltó un suspiro.

—Por favor, no hagas esto más difícil de lo que tiene que ser, Albin. Creo que es lo mejor. Tú y yo podemos seguir criando a Jimmy juntos, pero no tendremos que tratar tanto el uno con el otro.

—¿Tratar el uno con el otro? ¿Eso es lo que soy para ti, algo que tienes que soportar?

Martha hizo un sonido bajo en su garganta y me miró directamente.

—Por supuesto que no, pero no quiero que sientas que tienes que lidiar conmigo. O que tienes que ser parte de mi vida para ser parte de la vida de Jimmy. No tiene por qué ser así.

Arrugué el papel.

—Eso es insultante, Martha, y lo sabes. Nunca he dicho ni hecho nada para hacerte sentir así, y no voy a firmar esto.

Martha exhaló.

—Tenía la sensación de que ibas a decir eso, así que también hice preparar esto.

Metió la mano en su bolso y sacó otro papel. Se lo arrebaté de la mano, con irritación y

frustración creciendo dentro de mí. Después de echar un vistazo rápido al papel, hice un sonido bajo y frustrado en el fondo de mi garganta y la miré. Martha permaneció impassible, con los brazos cruzados sobre el pecho y una mirada de feroz determinación en su rostro.

¿Qué había cambiado entre nosotros?

¿Por qué estaba empeñada en mantenerme fuera de su vida?

—Tampoco voy a firmar esto. Este no me da ningún derecho de visita —dije entre dientes—. ¿Qué demonios está pasando, Martha? No lo entiendo. Hemos estado pasando tiempo juntos y ha sido bueno. ¿Qué es todo esto?

—No puedes tenerlo todo, Albin —me dijo Martha después de una breve pausa—. Puedes elegir uno u otro, pero de cualquier manera, tú y yo necesitamos llevar vidas separadas. Por el bien de Jimmy, deberíamos intentar que esto sea lo menos complicado posible.

Cerré mi mano libre en un puño a mi costado.

—¿Y si me niego?

Los ojos de Martha se centraron en mí.

—¿Qué quieres decir con si te niegas? No puedes negarte. No puedes obligarme a estar en tu vida.

—No, no puedo. Tienes razón en eso, pero puedo negarme a firmar estos papeles hasta que me digas qué está pasando realmente.

—No está pasando nada.

—No te creo.

Martha descruzó los brazos y dejó caer las manos a los costados.

—Te vi con ella ayer, Albin.

—¿De qué estás hablando?

—La morena que te llevó de vuelta a casa —continuó Martha—. Te vi tambalearte al salir del bar, y vi lo borracho que estabas. Y la vi acercarse a ti y llevarte de vuelta a tu apartamento.

Incluso subió contigo. La vi en la ventana.

Solté un profundo suspiro.

—Esa era mi ex, Lily.

Martha asintió, más para sí misma.

—Tenía la sensación de que ustedes dos tenían una historia cuando los vi. Mira, no me debes ninguna explicación, Albin. No estamos juntos, pero al menos ten la decencia de no ilusionarme.

—No te estoy ilusionando. No pasó nada.

Martha levantó una mano.

—No quiero oírlo, Albin. Tienes derecho a tu propia vida, pero yo también tengo derecho a la mía.

—No me estás escuchando. —Cubrí la distancia entre nosotros para que se viera obligada a mirarme—. Sé que estás asustada, y sé lo que debió parecer, pero estaba borracho. Ni siquiera me di cuenta de que era ella hasta que subimos al apartamento. Pensé que eras tú.

Martha escrutó mi rostro.

—¿Se supone que eso me debe hacer sentir mejor?

—Es la verdad. —Negué con la cabeza y di un paso atrás—. Aunque Lily me ayudó a darme cuenta de algo.

Martha me miró fijamente y no dijo nada.

—Quiero mostrarte mi casa.

—¿Casa?

—Cuando mis padres murieron, heredé su casa. Nadie ha vivido allí durante años, pero quiero que la veas.

Martha abrió la boca para protestar, pero presioné un dedo sobre sus labios.

—Por favor, te ayudará a entender algunas cosas sobre mí, y cuando terminemos, puedes irte si quieres. Te amo, Martha. Dame la oportunidad de demostrártelo.

Capítulo 25

Martha

Albin retiró su mano y la dejó caer a un lado.

Lo miré fijamente mientras mi mente trabajaba a toda velocidad, intentando encontrar una solución al problema. Aunque podía ver que Albin era sincero y quería compensarme, tampoco sabía si yo quería que lo hiciera. Relegar a Albin a nada más que un padre era mucho menos complicado, y significaba poder proteger mi corazón de él.

Sin embargo, también sabía que si no le daba la oportunidad de explicarse, me arrepentiría. Después de haber pasado seis años de mi vida suspirando por Albin y esperando una segunda oportunidad, odiaba la idea de volver a eso.

No si significaba huir de él otra vez.

Con un suspiro, me enderecé. —Vale.

La expresión de Albin se tornó aliviada. —Bien. Vamos.

—¿Ahora?

Albin asintió. —A menos que tengas otro lugar donde ir.

Me balanceé de un pie a otro y aclaré mi garganta. —No, no tengo.

Albin extendió su mano y esperó. Tras una breve pausa, entrelacé mis dedos con los suyos y dejé que me guiara de vuelta al edificio. En el ascensor, Albin agarró mi mano como si temiera que fuera a desaparecer. Yo le lanzaba miradas furtivas, pero eso hizo poco para calmar el acelerado latido de mi corazón. Cuando las puertas se abrieron, revelando un estacionamiento subterráneo tenuemente iluminado, Albin tiró de mí hacia adelante.

Nos detuvimos frente a su coche, y él palpó su bolsillo buscando las llaves.

El coche cobró vida con un fuerte pitido, y yo tiré de la manija. Tan pronto como estuve dentro, metí los papeles de vuelta en mi bolso. Luego coloqué mi bolso sobre mi regazo y me giré para

mirar a Albin, que estaba de pie fuera de la puerta del conductor, con una miríada de emociones cruzando su rostro. Finalmente, tiró de su puerta y entró. Colocó ambas manos en el volante, respiró hondo y miró fijamente hacia adelante.

Una vez que el motor rugió, no pude distinguir si me sentía aliviada o nerviosa.

Lo único que sabía era que tenía curiosidad.

¿Por qué Albin pensaba que la casa de sus padres era tan importante?

Me recosté en el asiento y volví mi rostro hacia la ventana. Albin salió del garaje hacia el sol de la mañana temprana, haciéndome entrecerrar los ojos en la distancia. Gente y coches pasaban rápidamente junto a nosotros mientras la carretera por delante tenía pocos vehículos. Albin mantenía ambas manos en el volante y la mandíbula apretada.

Solo me miró una vez, pero no dijo nada.

Sentí el peso de su mirada y aferré mi bolso.

Pronto, los grandes edificios metálicos y las calles estrechas dieron paso a una ruta más amplia y una espesa vegetación a ambos lados. Poco a poco, la ciudad dio paso a los suburbios y la vista familiar de casas a ambos lados. Un nudo se formó en mi garganta mientras volvía mi mirada hacia Albin.

Él sujetaba el volante con un agarre férreo. Durante un rato, estudié sus facciones, desde su suave mandíbula angular hasta la nariz larga y los labios carnosos, hasta que me detuve en sus ojos almendrados. Por más que lo deseara, Albin seguía sin mirarme.

A unas cuerdas de la casa de Anne, Albin detuvo el coche frente a un edificio de ladrillos color crema de dos pisos. Dejó el motor en marcha durante unos segundos antes de volver a colocar el cinturón de seguridad en su lugar. Luego apagó el coche, se inclinó hacia adelante y miró a través del parabrisas. Seguí su mirada y observé el césped inmaculado y la casa que brillaba bajo el sol de la mañana temprana.

Era una casa hermosa, pero parecía una reliquia.

Como la casa más solitaria del mundo.

En silencio, Albin abrió su puerta y salió del coche. Me apresuré tras él, y me guió a través de la

pequeña verja y por el camino de grava. Se detuvo frente a la puerta, sacó sus llaves y las introdujo en la cerradura. La puerta se abrió con un chirrido, y Albin se hizo a un lado y me indicó que pasara. Me agaché bajo su brazo y miré alrededor, siendo lo primero que me golpeó el olor a humedad y moho.

Cuando Albin encendió las luces, me sobresalté. —Eso es realmente brillante.

Albin bajó la mano y cerró la puerta de una patada. —Debería arreglarlo, pero solo he estado aquí un puñado de veces desde que mis padres murieron.

Esperé a que mi visión se ajustara antes de mirar alrededor, observando la cocina de planta abierta que daba al salón y un patio trasero con grandes árboles. A mi derecha, había una escalera que llevaba al piso de arriba, y vi que la mirada de Albin se detenía allí. Me alejé del pasillo y deambulé hacia el salón, donde una foto de su familia colgaba sobre la chimenea.

—He tenido muchos buenos recuerdos aquí —dijo Albin en voz baja—. Pero estar aquí es difícil.

—Lo siento.

Albin vino a pararse a mi lado y juntó las manos detrás de su espalda. —Aquella noche que nos encontramos en las montañas, yo iba de camino a reunirme con mi padre. Habíamos estado chocando mucho, pero mi ex me había convencido de que finalmente estaba listo para escuchar.

Incliné la cabeza en dirección a Albin y apreté los labios.

Su expresión se volvió triste. —No teníamos la mejor relación, pero yo amaba a mi padre, y sé que él me amaba. Esa noche iba a ser el comienzo de algo bueno, pero él y mi madre tuvieron un accidente de coche.

Las lágrimas me escocieron en los ojos.

—Se suponía que yo debía estar allí con ellos —continuó Albin en voz más baja—. Pero no lo estaba, y no fue hasta un año después que descubrí la verdad.

Tragué saliva. —¿La verdad?

Albin volvió su mirada hacia mí, y su expresión era tan solemne que me partió el corazón. —La muerte de mis padres no fue un accidente. Contraté a un investigador privado porque tenía mis

sospechas, y él confirmó que alguien había manipulado los frenos.

Jadeé, y mis manos volaron a mi boca. —¿Quién haría algo así?

—Nunca he podido averiguarlo —Albin negó con la cabeza y su expresión se endureció—. Pero creo que fue uno de sus competidores. Mi padre era un hombre rico y poderoso, y tenía muchos enemigos.

Extendí la mano, y quedó suspendida en el aire entre nosotros.

—Albin, lo siento mucho. No puedo imaginar cómo debiste sentirte.

Albin se pasó una mano por la cara.

—Sentí como si todo mi mundo se hubiera detenido de golpe, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. La empresa me necesitaba, así que me sumergí en el trabajo.

Toqué su brazo y me acerqué más.

—Lo siento. Ojalá pudiera decir algo más.

Albin cubrió mi mano con la suya.

—No me queda más familia. Todavía no entiendo qué clase de personas harían algo así solo para adelantarse a la competencia.

—Perder a tus padres debió ser muy duro, pero no estás solo.

Albin me miró y frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

Me acerqué más hasta que solo quedó un centímetro de espacio entre nosotros.

—Todavía tienes familia. Tienes a Jimmy, y me tienes... me tienes a mí también.

Albin me atrajo hacia él y apoyó su frente contra la mía.

—No tienes idea de lo mucho que significa para mí escucharte decir eso.

No lo sabía, pero sí sabía lo que se sentía estar allí con él.

Por primera vez desde que lo conozco, Albin se estaba abriendo conmigo, ofreciéndome pequeños vistazos del joven solitario y desconsolado que había perdido a sus padres y había sido arrojado al centro de atención. Mientras estaba allí, escuchando el sonido de su respiración acompasada, me di cuenta de que había mucho más en Albin que el hombre de negocios confiado y ambicioso detrás del que se escondía.

Era un hombre que había perdido su camino, igual que yo.

Cuando sus manos se movieron a mi cintura, mi corazón se hinchó y creció al doble de su tamaño. De todos los escenarios que imaginé, estar de pie en medio de su gran casa de infancia vacía mientras él me abría su corazón no era uno de ellos.

Eso hizo que me enamorara aún más de él.

Realmente estaba en problemas cuando se trataba de él.

—¿Me crees ahora?

Me moví y me aparté para mirarlo.

—Creo que sí.

Albin mantuvo sus manos en mi cintura y me miró a los ojos.

—Lily no significa nada para mí, ya no. Tú eres a quien quiero, Martha, y eres a quien estaba buscando anoche.

Sonreí.

—Tú también eres a quien yo quiero.

Albin escrutó mi rostro.

—Bien. Por cierto, ¿cómo perdiste tu teléfono? Porque intenté llamarte y contestó un hombre.

—Camión de mudanzas —respondí—. Cuando se me cayó el teléfono, él debió quedárselo. No creo que vaya a devolverlo.

Albin parpadeó.

—No entiendo. ¿Por qué se te cayó el teléfono en un camión de mudanzas?

—Es una historia un poco graciosa, o tal vez no tan graciosa. Depende de cómo lo veas.

Albin dio un paso atrás y alcanzó mi mano. Me llevó al sofá, se detuvo y soltó mi mano. En un movimiento rápido, quitó la funda y me hizo un gesto. Me senté en el borde del sofá y me giré para mirarlo. Albin se sentó frente a mí y tomó ambas manos entre las suyas.

—¿Qué pasó?

—Cuando nos dejaste después de la cena, subí y encontré mudanzas en mi piso. Luego vi a esta pareja entrando y saliendo del apartamento.

Albin frunció el ceño.

—¿Te estaban desalojando?

Negué con la cabeza.

—No, el casero se lo alquiló a ambos. Entre los dos, tiene cuatro meses de alquiler y dos meses de depósito de seguridad, y no contesta el teléfono. Probablemente ya se gastó todo el dinero.

—Por favor, dime que aún tienes el contrato.

—Lo tengo.

Albin apretó mi mano.

—¿Por qué no me llamaste? Habría vuelto de inmediato para recogerte a ti y a Jimmy.

—Llamé a Anne, y ella convenció a los de la mudanza para que trasladaran mis cosas. No había muchas cajas, y Anne les pagó extra.

El ceño de Albin se profundizó.

—Ojalá me hubieras llamado. Le habría dado una lección al casero.

—Lo intentamos.

—¿Intentamos?

—La pareja que ahora se está quedando en el apartamento. Hemos estado tratando de contactarlo y hemos intentado encontrarlo en la dirección que tiene registrada, pero no hemos tenido suerte.

—No va a ser fácil de encontrar, pero tiene que pagar.

—Anne tiene una amiga abogada que está revisando todas las pruebas y está tratando de ayudarme a construir un caso.

—Llamaré a mi abogado por la mañana —respondió Albin después de una breve pausa—. Pensaremos en algo. Mientras tanto, ¿dónde te vas a quedar?

—Estamos de vuelta en casa de Anne hasta que decida nuestro próximo movimiento. Tuve que usar mis ahorros para mudarnos, así que no puedo permitirme ir a ningún lado por ahora, pero está bien.

Albin se acercó más y me miró a los ojos.

—¿Y si tú y Jimmy se mudaran aquí? ¿Conmigo?

—¿Quieres que vivamos todos juntos en la casa de tus padres?

—Es una casa grande. Hay mucho espacio, y sé que mis padres no habrían querido que permaneciera vacía. Más importante aún, quiero que ustedes dos se muden conmigo. Quiero que estemos todos juntos.

Miré a Albin, con una sonrisa asomando en mis labios.

—De acuerdo.

—¿En serio?

—Sí, mudémonos juntos.

Porque ya no podía pensar en una sola razón por la que no deberíamos hacerlo.

Albin tenía razón. Era hora de dar un salto de fe y era hora de que fuéramos una familia.

Capítulo 26

Albin

Extendí la mano entre nosotros para tomar la de Martha y entrelacé mis dedos con los suyos.

—No puedo creer que finalmente estemos haciendo esto.

Martha apartó la mirada de la ventana para mirarme con una sonrisa.

—¿Estás seguro de que la casa de tus padres está en condiciones habitables? Nadie ha vivido allí durante años.

Una mano permaneció en el volante, y con la otra levanté su mano hasta mi boca. Presioné un suave beso allí, y Martha soltó una risita en respuesta.

—Estoy seguro. He estado pasando unas horas allí cada noche con un fontanero y un electricista. Todo está funcionando. Lo he comprobado.

Martha exhaló un suspiro de alivio.

—Bien.

—Sé que estás nerviosa —continué, haciendo una pausa para lanzar una rápida mirada en su dirección—. Pero todo va a estar bien. Estaremos más que bien, te lo prometo.

Martha bajó las pestañas y me estudió.

—No puedes prometer eso.

—Tienes razón, pero prometo que resolveremos las cosas.

Y no podía esperar a que Jimmy viera la casa en la que me había criado. Durante la última semana, cada vez que pasaba por la casa para hacer algunas reparaciones, imaginaba a mi hijo en el columpio del patio trasero o en mi vieja casa del árbol, mirando las estrellas. Me imaginaba cómo sería tener a Martha allí, cocinando en la cocina o con los pies apoyados en la mesa de café, acurrucada junto a mí mientras todos veíamos una película.

Y ese pensamiento llenaba mi corazón de más felicidad de la que sabía manejar.

Una pequeña parte de mí aún creía que me despertaría mañana, solo en mi apartamento alquilado, buscando a Martha en un mar de rostros desconocidos y sintiendo que me faltaba una parte de mí. A lo lejos, la casa de Anne se alzaba, bañada por el resplandor del sol de media mañana. Me detuve frente a la casa de Anne y apagué el motor. En silencio, Martha y yo salimos del coche y nos quedamos uno al lado del otro.

Miré fijamente la casa y me balanceé de un pie al otro.

Un momento después, la puerta principal se abrió con un clic, y Jimmy salió corriendo con una figura de acción en la mano. Se abalanzó sobre mí y me hizo perder el equilibrio. Antes de que cayéramos hacia atrás, lo subí a mis hombros y me dirigí rápidamente hacia la puerta principal.

—Mamá, mira. Soy tan alto —Jimmy extendió los brazos a ambos lados y soltó una risita—. Mira qué alto estoy.

Martha se rio y pasó a mi lado.

—Sí, cariño. Deberíamos tomar una foto.

Saqué mi teléfono del bolsillo y se lo entregué. Juntos, hicimos caras tontas a la cámara mientras Martha tomaba una foto tras otra. Cuando terminó, volví a bajar a Jimmy y le revolví el pelo. Una vez que llegaron los de la mudanza, fue un torbellino de actividad, con Jimmy corriendo alrededor de ellos haciendo ruidos por lo bajo mientras Anne, Martha y yo supervisábamos el movimiento de las cajas.

Poco después, estábamos en el porche delantero.

Martha y Anne se abrazaban mientras yo sostenía la mano de Jimmy. Con lágrimas en los ojos, Anne se agachó y tomó a Jimmy en sus brazos. Él la abrazó fuertemente antes de apartarse y saltar hacia mi coche. Martha y yo lo seguimos hasta el coche, y esperé hasta que Martha lo acomodó en el asiento trasero antes de ponerme al volante.

—Me alegro de que vivamos cerca de Anne —admitió Martha, haciendo una pausa para apartarse el cabello de la cara—. Es agradable tener una cara amigable y familiar.

—Puedes invitarla cuando quieras —respondí, haciendo una pausa para darle una sonrisa rápida. Cuando llegamos a la casa, las siguientes horas pasaron en un abrir y cerrar de ojos. Martha

intentaba mantener entretenido a Jimmy mientras yo dirigía a los de la mudanza, que llenaron la sala de estar con cajas. Una vez que terminaron, se pusieron a vaciar todo mientras el fontanero y el electricista trabajaban a su alrededor, dando los toques finales.

Por el rabillo del ojo, vi a Martha en el patio trasero empujando a Jimmy en el columpio, con mechones de cabello enmarcando su rostro. La risa de Jimmy llenaba el aire y mantenía una sonrisa en mi cara mientras trabajaba. Cuando los de la mudanza terminaron, el sol de la tarde se había hundido bajo el horizonte. Hice entrar a Martha y Jimmy y sonreí ante sus reacciones. Jimmy corrió de un extremo de la casa al otro, incluyendo las escaleras, y cuando bajó, sonrojado y sin aliento, me abrazó.

Martha lo dejó jugar en el suelo y se unió a mí en la cocina.

—Realmente se ve genial, Albin. No puedo creer que sea la misma casa.

Pasé un brazo sobre sus hombros y la apreté.

—Yo tampoco, pero tú y Jimmy son la razón por la que esto es un hogar, no una casa.

Martha se sonrojó e inclinó la cabeza hacia atrás para mirarme.

Sus labios estaban a centímetros de los míos cuando escuchamos un fuerte estruendo.

Inmediatamente, ella se puso en alerta, conmigo pisándole los talones. Jimmy estaba en medio de la sala de estar, con fragmentos de un jarrón roto a su alrededor y manchas de crayón en la alfombra y el suelo. Martha suspiró, atrajo a Jimmy hacia ella y se agachó frente a él.

—Cariño, sé que estás acostumbrado a la casa de Anne, pero necesitas tener más cuidado. Hay muchas cosas aquí que se pueden romper.

Los ojos de Jimmy se abrieron de par en par.

—Solo estaba jugando.

En silencio, me aparté de ellos y volví a la cocina. Recogí los fragmentos de vidrio y los tiré a la basura. Cuando regresé, Martha estaba hablando con Jimmy en voz baja, pero él no parecía complacido. Al contrario, parecía incómodo, y pude notar por la forma en que tiraba de su labio inferior que estaba infeliz.

Mudarse ya era un ajuste por sí solo.

Estar aquí conmigo debía ser abrumador para él.

—Tenemos que tener cuidado —continuó Martha—. Y tienes que hacer un mejor trabajo escuchándome.

Jimmy resopló y no dijo nada.

—Sé que esto es diferente, pero te va a gustar aquí, cariño —Martha se puso de pie y le revolvió el pelo—. Solo necesitas darle algo de tiempo.

Jimmy juntó las manos detrás de la espalda y la miró.

—¿Entonces no se me permite jugar en absoluto?

—No, cariño. No dije eso. Solo necesitas tener más cuidado.

—Puedes hacer un desastre en tu propia habitación, campeón —agregué después de una breve pausa—. Siempre que lo limpies después.

La mirada de Jimmy se dirigió hacia mí y me dio una mirada escéptica.

—¿En serio?

Miré a Martha, quien asintió.

—Sí, absolutamente. Cuando regresemos, te voy a mostrar lo grande que es tu nueva habitación, y puedes decorarla como quieras.

La expresión de Jimmy cambió y juntó las manos.

—¿Regresar? ¿A dónde vamos? Mamá, ¿puedo tener papel tapiz de dinosaurios en mi habitación?

Martha se rio y le dio una palmadita en la cabeza.

—Por supuesto, cariño.

—Un papel tapiz de dinosaurios en camino —extendí la mano y tomé la de Jimmy en la mía—.

Ahora, ¿por qué no vamos a buscar algo para cenar mientras tu mami descansa?

—¿Qué vamos a comer?

—Pizza o comida china.

—China —dijeron Martha y Jimmy al unísono. Él miró a su madre, y ella le dio un beso—. No vuelvas muy tarde. Mañana tienes jardín de infantes.

—¿No puedo quedarme en casa contigo, mami?

—Ya veremos.

Con una rápida sonrisa hacia Martha, llevé a Jimmy fuera por la puerta principal y hacia el frío aire nocturno. Frente al coche, me detuve para ayudarlo a subir la cremallera de su chaqueta. Luego le abrí la puerta y esperé hasta que se acomodó en el asiento delantero. Le puse el cinturón de seguridad, me aseguré de que se enganchara correctamente, y di la vuelta al otro lado. Arranqué el motor y salí marcha atrás del camino de entrada.

Jimmy presionaba botones en la radio, formándose un surco entre sus cejas. —¿Vas a vivir con nosotros ahora?

Le eché un vistazo rápido antes de volver mi atención a la carretera. —Sí, lo haré.

—Mami habló conmigo sobre eso —respondió Jimmy sin mirarme—. Me gusta que los tres vayamos a ser una familia.

Una oleada de emoción se desplegó en mi pecho. —A mí también.

—Mami me dijo que esta solía ser la casa de tus padres.

Apreté el volante con más fuerza. —Lo era.

—Es bonita —me dijo Jimmy, haciendo una pausa para recostarse en su asiento—. ¿Echas de menos a tus padres?

—Todo el tiempo.

—Yo también echo de menos a mi papá todo el tiempo.

En el semáforo, miré hacia él y luego de vuelta a la carretera, al complejo de restaurantes que se alzaba en la distancia, un confeti de colores bajo el cielo nocturno. —Estoy seguro de que él también te echa de menos.

—Mami dice que sí, y me dijo que lamenta no poder estar aquí.

Reduje la velocidad y me metí en un lugar de estacionamiento frente al grupo de restaurantes y tiendas en las afueras de los suburbios. —Sé que eso es cierto.

—¿Vas a ser mi papá ahora?

Apagué el motor y dirigí toda mi atención a Jimmy. —¿Quieres que lo sea?

Jimmy luchó con su cinturón de seguridad, su expresión pensativa. —Sí, me caes bien.

Con una sonrisa, ayudé a Jimmy a quitarse el cinturón y a devolverlo a su lugar. Juntos, salimos del coche y nos dirigimos hacia el restaurante. Mientras esperábamos la comida, con el olor a jengibre y ajo flotando en el aire, Jimmy hablaba. Me contaba historias sobre su infancia, gesticulando con las manos a ambos lados. Lo escuché atentamente, pendiente de cada palabra y sintiéndome más agradecido a cada segundo.

Jimmy era un gran chico, y me sentí aliviado de que me hubiera aceptado tan fácilmente.

Y con muy poco alboroto además.

Era obvio que tenía un gran corazón, igual que su madre.

Para cuando volvimos al coche, estaba debatiendo si decirle o no la verdad a Jimmy. Poco después, cuando nos detuvimos frente a la casa, y él corrió escaleras arriba y se lanzó a los brazos abiertos de Martha, supe que era lo correcto. Besé a Martha en la mejilla al entrar por la puerta, y ella me sonrió.

Los tres nos sentamos juntos alrededor de la mesa de la cocina, con los palillos cerca de nuestros labios.

La risa y la conversación llenaban cada rincón de la casa.

Cuando terminamos, Martha llevó a Jimmy arriba para prepararse para ir a la cama. Yo guardé la comida restante en recipientes y limpié la encimera. Arriba, me quedé en el umbral de la puerta

de Jimmy y esperé a que se metiera bajo las sábanas. Luego Martha y yo nos turnamos para leerle un cuento hasta que sus párpados se volvieron pesados. Antes de salir de la habitación, Martha le dio un beso en la frente y lo arropó.

Con una sonrisa, tomé su mano y la llevé al dormitorio.

Ella dejó la puerta abierta y se sentó en el borde de la cama. —Definitivamente me va a dar guerra por la mañana.

—Puedo quedarme en casa mañana. Podemos tener un día en familia.

Martha negó con la cabeza y se quitó los zapatos. —Está bien. Necesita establecer una rutina, así que será bueno para él.

Me giré para mirar a Martha y aclaré mi garganta. —Quiero decirle quién soy, Martha.

Martha se puso de pie y me sostuvo la mirada. —Lo sé, y yo también quiero que se lo digas, pero no es el momento adecuado. Ya ha habido muchos cambios en las últimas semanas. Necesita tiempo para adaptarse.

Asentí. —De acuerdo, pero no quiero esperar demasiado.

Capítulo 27

Martha

—¿Por qué no te pongo una película mientras mamá se sienta a terminar algo de trabajo?

Jimmy se subió al sofá a mi lado y apoyó su cabeza en mi regazo.

—Has estado trabajando mucho, mamá.

Le di un beso en la cabeza.

—Todavía estoy tratando de encontrar trabajo, cariño, ¿recuerdas?

Jimmy levantó la mirada, y su expresión se volvió entusiasta.

—O podrías quedarte en casa todo el día.

Me reí, le revolví el pelo y saqué mi brazo libre de detrás de su espalda. Cuando apunté el control remoto al televisor, Jimmy se volteó al otro lado del sofá y se hizo un ovillo. Juntos, nos decidimos por una película después de un breve debate. Luego, alcancé la manta que estaba sobre el respaldo del sofá y se la puse encima.

Jimmy me sonrió antes de volver su mirada a la televisión.

Me levanté, estiré los brazos por encima de la cabeza y suspiré. Cuando me incliné para recoger mi portátil de la mesa de café, los brazos de Albin rodearon mi cintura y me atrajo hacia él. Solté una risita cuando me besó en la nuca, enviando escalofríos por toda mi columna.

Ya llevábamos dos semanas viviendo juntos, y todavía no podía imaginarme acostumbrada a tenerlo cerca. Cada mañana, nos despertábamos todos juntos, y Albin me ayudaba a preparar a Jimmy para la escuela. Tan pronto como ambos se iban, me sentaba con una taza de café y escudriñaba internet en busca de ofertas de trabajo. Por la tarde, cuando Jimmy regresaba, tomaba una merienda y repasábamos sus deberes.

Pero mi parte favorita del día eran las tardes cuando Albin llegaba a casa. Cada tarde, en cuanto entraba por la puerta, Jimmy dejaba lo que estuviera haciendo y corría hacia él. Y cada tarde, sin

falta, Albin abrazaba a Jimmy y me daba un rápido beso en los labios.

Me gustaba nuestra familia, aunque la forma en que nos juntamos fuera inusual.

Poco a poco, todas las piezas estaban encajando, y no lo quería de otra manera. Con un suspiro, me acurruqué contra Albin. Con una mano le acaricié el pelo y con la otra sujeté el portátil lejos de nosotros. Albin me llevó a la cocina y dejé el portátil sobre la encimera antes de girarme para mirarlo.

Colocó sus manos alrededor de mi cintura y me atrajo para besarme.

—¿Cómo va la búsqueda de trabajo?

—Va. He solicitado en varias editoriales, así que estoy esperando respuesta.

—¿Has pensado en solicitar algo más?

Asentí.

—Sí, sin suerte. ¿Cómo va lo del columpio?

Albin rebuscó en algunos de los armarios antes de detenerse en el fregadero. En silencio, llenó la tetera y la puso en la estufa. Cuando se giró para mirarme y me dio esa sonrisa familiar, mi estómago dio un vuelco.

—Creo que deberíamos simplemente invertir en un nuevo columpio.

—Esa no puede ser tu solución para todo —respondí, haciendo una pausa para apoyarme en la encimera—. Si algo está roto, lo arreglamos. No lo tiramos.

Albin hizo un gesto vago con la mano.

—Es un columpio viejo, Mar. Mis padres me lo compraron cuando era más pequeño que Jimmy. Creo que es hora de que invirtamos en uno nuevo.

—No vas a ceder en esto, ¿verdad?

Albin sonrió.

—No. Ven, déjame echar un vistazo a tu CV. Tal vez pueda ayudar.

Empujé el portátil hacia él y alcancé mi teléfono.

—Por cierto, no olvides que Anne vendrá a cenar más tarde esta semana. Puede que traiga a ese chico con el que está saliendo.

—Si hace buen tiempo, podemos hacer una barbacoa fuera —respondió Albin sin mirarme—. Acabo de tener una idea. ¿Y si solicitas otro trabajo en medios?

Respondí al mensaje de Anne antes de dejar el teléfono sobre la encimera.

—¿A qué te refieres?

Albin levantó la vista, con una expresión emocionada.

—Tenemos una vacante en la empresa. De hecho, es perfecta para ti, ahora que lo pienso. Está en el departamento de publicidad.

—No soy publicista.

—No necesitamos a alguien con formación en publicidad —respondió Albin, haciendo una pausa para apartar el portátil—. Siempre que tengas experiencia en el departamento de hostelería, que la tienes, y trabajaste para *Gent's*.

—Solo estuve allí unos días. Apenas es un punto en mi CV. Ni siquiera creo que deba mantenerlo.

Albin negó con la cabeza.

—Deberías, porque te ayudará. Tus experiencias te hacen cualificada, Mar. No lo digo solo porque quiera ofrecerte el trabajo. Realmente creo que lo harías bien.

Incliné la cabeza hacia un lado y lo estudié.

—No lo dices solo para ser amable, ¿verdad?

Albin salió de detrás de la encimera y se acercó a mí.

—No lo hago. Te mereces un descanso, y quiero ayudar.

—Lo pensaré.

Albin asintió.

—Bien. Entonces, ¿qué quieres hacer para cenar?

—Macarrones con queso —interrumpió Jimmy, asomando la cabeza por detrás del sofá—. Y nuggets de pollo.

Albin se rió.

—No podemos comer eso todos los días, amigo. ¿Qué tal si probamos algo diferente?

Jimmy exhaló y se tiró hacia atrás en el sofá.

—Está bien.

Durante la cena, sentí la mirada de Albin sobre mí, pero me concentré en la comida. Una vez que terminamos, Albin limpió mientras yo ayudaba a Jimmy a terminar sus deberes. Luego llevé a Jimmy arriba para bañarlo, y me quedé fuera de la puerta, desplazándome por mi teléfono. Cuando el nombre de Anne apareció en la pantalla, suspiré aliviada.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Acabo de llegar a casa —respondió Anne, su voz alejándose antes de volver—. Y he tenido un día largo. ¿Te acuerdas de esa casa de la que te hablé?

—¿La de los asesinatos-suicidios?

—Esa misma. Por fin tuvimos un comprador interesado. Era una pareja muy mona, pero estaban dudando mucho.

—¿Conseguiste venderla al final?

—Todavía no. —Anne suspiró, y pude oír el agotamiento en su voz—. Pero creo que estoy cerca. Tengo un buen presentimiento sobre ellos.

—Espero que tengas razón.

—Espera. Déjame quitarme los zapatos. —Oí un estrépito y el sonido de una cremallera—. Vale, así que me mandaste un mensaje sobre esta oportunidad de trabajo.

—Es en el departamento de publicidad.

—Eso no es realmente lo que estás buscando, ¿verdad?

Me apoyé contra la pared frente a la habitación de Jimmy y miré a través de la rendija, captando vislumbres de él mientras jugaba con su patito de goma.

—No, no lo es, pero a estas alturas no puedo darme el lujo de ser exigente. Han pasado semanas y necesito un trabajo.

—Creí que habías dicho que Albin era generoso —la voz de Anne sonaba amortiguada y sin aliento. Volvió a hablar, sonando más confundida—. ¿No paga él todo en la casa, incluyendo los gastos de Jimmy y los tuyos?

—Sí, pero no me siento cómoda aceptando todo ese dinero de él.

—Jimmy es su hijo y tú eres su novia. Está bien que haga estas cosas.

Me pasé una mano por la cara.

—Por Jimmy sí. Por mí no. Necesito poder valerme por mí misma. No puedo acudir a él cada vez que necesito dinero. Es vergonzoso y humillante.

—¿Te lo pone difícil?

—No, pero aun así me resulta incómodo pedirselo —susurré, echando un vistazo rápido a las escaleras. Oí a Albin moviéndose mientras ordenaba, luego lo escuché susurrar por teléfono. Sin previo aviso, su voz se apagó y oí sus dedos moviéndose sobre el teclado.

—Cariño, sé que es incómodo, pero eso es parte de estar con alguien. Dejar que te cuide.

—No todo el tiempo —me aparté de la pared y me pasé una mano por el pelo—. Quiero solicitar el trabajo de publicidad, pero el problema es que la posición que está abierta es en la empresa de Albin.

—No veo el problema en eso.

—No podemos trabajar juntos y vivir juntos.

—¿Por qué no?

—Porque él sería mi jefe —señalé—. No quiero que nuestra dinámica sea aún más extraña. ¿Te imaginas el tipo de desequilibrio que tendríamos?

Y lo mucho más difícil que sería para mí estar cerca de él.

Aceptar su dinero ahora ya era difícil, pero sabía que venía de un lugar de amor, protección y afecto. Sin embargo, ir a trabajar todos los días, sabiendo que respondía ante Albin y volver a la misma casa después de un largo día de trabajo era demasiado. Él y yo todavía estábamos tratando de navegar ser padres mientras estábamos juntos, y no quería añadir una complicación más a la mezcla.

Particularmente una innecesaria.

—Entiendo de dónde vienes —admitió Anne—. Y odio ser yo quien lo señale, pero si es una buena oportunidad, deberías intentarlo.

Me mordí el labio inferior.

—No sé.

—¿Por qué no aplicas y ves cómo te sientes? Si entras por tus propios méritos, entonces puedes decidir qué hacer. Si no, pues no. De cualquier manera, no hay daño en intentarlo, ¿verdad?

—Supongo.

—Exacto. Hazme saber cómo va, ¿de acuerdo? Tengo que ducharme y comer algo. Me muero de hambre.

—Sabes que puedes pasar a cenar si quieres.

—Probablemente acepte esa oferta algún día. Por ahora, voy a pedir una pizza. Hablamos luego, cariño.

—Que tengas una buena noche. Adiós.

En piloto automático, ayudé a Jimmy a secarse y ponerse el pijama. Albin entró cuando Jimmy se estaba metiendo bajo las sábanas. Señaló un cuento y Albin tomó la iniciativa mientras yo escuchaba, dándole vueltas al asunto en mi cabeza. Una vez que terminamos, besé la frente de Jimmy y me quedé un momento más.

Albin se quedó dormido en cuanto su cabeza tocó la almohada.

Pasé la noche dando vueltas y preguntándome qué hacer. Por la mañana, una vez que ambos se fueron, tomé mi portátil y revisé el sitio web de la empresa de Albin. Unas horas después, después de revisar mi CV y consultar con Anne, les envié un correo electrónico y crucé los dedos. Saber que Albin no estaría en mi cadena de mando directa ayudó.

Un día después, estábamos sentados cenando cuando recibí la respuesta.

—Conseguí el trabajo.

—Eso es increíble, Mar. ¿Qué trabajo conseguiste?

—Solicité la vacante en tu empresa, la del departamento de publicidad. Sé que querías mover algunos hilos para que me aceptaran, pero quería entrar por mis propios méritos.

Albin me rodeó los hombros con un brazo y me apretó.

—Estoy muy orgulloso de ti.

—¿Qué vamos a hacer con la escuela de Jimmy?

—Podemos dejarlo por la mañana antes del trabajo, y por la tarde, iré a recogerlo para llevarlo a la oficina. Tenemos una guardería en el edificio, así que pueden cuidarlo hasta que sea hora de irnos a casa.

Sonreí y me apoyé en su toque.

—Estoy realmente emocionada por todo esto.

Albin me besó la cabeza.

—Yo también.

Capítulo 28

Albin

—¿Estás listo para hacer esto?

Me enderecé y abroché los botones de mi chaqueta. —Tan listo como puedo estar.

Jason me dio una palmada en la espalda antes de erguirse. —Esperemos que salga bien.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron con un timbre, Jason salió primero y se pasó una mano por el pelo. Yo me detuve, eché un vistazo a mi reflejo en el cristal e intenté no fruncir el ceño. En el espejo, vi mi caro traje y la expresión seria en mi rostro, cada centímetro el hombre de negocios que era mi padre, y me di cuenta de que esta era la parte que menos me gustaba de tener mi propia empresa.

Exponer a alguien por el fraude que había cometido nunca era fácil.

Era aún peor cuando se trataba de mi propia secretaria.

Y sabía que dependía de mí llevar todo esto a un final rápido y satisfactorio.

Con un movimiento de cabeza, salí del ascensor y junté las manos a mi espalda. Los cubículos a ambos lados estaban vacíos mientras Jason y yo caminábamos uno al lado del otro en dirección a la sala de conferencias al otro lado del piso. Fuera de las puertas, Jason se detuvo y me miró. Empujó las puertas y entró.

Examiné la sala, mis ojos recorriendo las filas de hombres y mujeres bien vestidos reunidos alrededor de la mesa rectangular. La luz brillante del sol entraba por las ventanas con vistas al horizonte de la ciudad. Cuando mi mirada volvió a Jason, entré en la sala y dejé que la puerta se cerrara tras de mí. Luego rodeé la mesa, dirigiéndome directamente al asiento en la cabecera.

La conversación se apagó tan pronto como me detuve.

Varios pares de ojos me miraron expectantes.

—Gracias a todos por venir con tan poca antelación —comencé con una voz extraña—.

Agradezco que se hayan tomado el tiempo.

Un murmullo de preocupación se elevó entre la multitud.

—Sentémonos y comencemos —sugerí, antes de bajar la mirada hacia la carpeta frente a mí. A mi alrededor, varias sillas fueron retiradas y la gente empezó a sentarse. Se intercambiaron algunas miradas curiosas, pero nadie dijo nada. Por el rabillo del ojo, vi a Melissa en la parte trasera de la sala, con una tableta pegada al pecho. Cuando fijé mi mirada en ella, me ofreció una brillante sonrisa, luciendo impecable y arreglada con su falda y blusa abotonada.

Solo yo sabía de la astuta y manipuladora mujer que se escondía debajo.

Tan pronto como la sala se sumió en el silencio, señalé las carpetas esparcidas sobre la mesa y me aparté. —Hace unas semanas, noté una discrepancia en las finanzas de la empresa. No planteé el asunto a la junta porque quería investigarlo yo mismo. Una acusación como esta es algo serio y no debe tomarse a la ligera.

Varios miembros de la junta se miraron entre sí antes de volver a desviar la mirada.

—Desafortunadamente, no es una discrepancia como esperaba. La empresa no está obteniendo los números que debería, y eso es porque tenemos un espía.

Una ola de shock recorrió la multitud.

Jason, que estaba sentado más cerca de mí, miró alrededor de la mesa, su rostro sin revelar nada. Me puse de pie en medio de la sala para estar frente a todos directamente. Luego junté las manos detrás de la espalda y me erguí en toda mi estatura.

—He realizado mi propia investigación antes de decidir plantear el asunto a la junta directiva, y me duele decir que he fallado.

El silencio se extendió por la sala.

—Debería haberme dado cuenta de que estaba sucediendo justo bajo mis narices. Como su director general, debería haberlo sabido mejor —continué, recorriendo la sala con la mirada antes de posarla en Melissa—. Si lo hubiera hecho, me habría dado cuenta de que mi propia secretaria ha estado filtrando información a nuestro mayor competidor.

Todos los ojos de la sala se volvieron hacia mi secretaria, que se quedó paralizada como un

ciervo ante los faros. Se irguió y se mantuvo inmóvil, su rostro sin revelar nada. —No tiene ninguna prueba.

—Sí las tengo. Está todo en las carpetas sobre la mesa. Tengo los correos electrónicos y las transacciones. Todo. Dejaste un rastro de papel, Melissa.

Melissa se puso de pie de un salto y su expresión se tornó furiosa. —No puede revisar mis correos electrónicos privados. Eso es una invasión de la privacidad.

—No usaste tu correo privado. Usaste el correo de la empresa.

Otro murmullo de sorpresa recorrió la sala.

Melissa se tensó. —Meleese es la mejor empresa.

—Lamento que te sientas así. Estás despedida, Melissa. Habrá una investigación durante la cual se determinará si se presentarán cargos formales o no. Mientras tanto, entregarás tu credencial, y cualquier efecto personal en las instalaciones será confiscado. No se te dará una carta de referencia. Seguridad te escoltará fuera.

Un momento después, las puertas de la sala de conferencias se abrieron de golpe y entró un equipo de seguridad. Uno de ellos tomó el brazo de Melissa mientras ella forcejeaba. —No actúe sola.

Asentí. —Lo sé. Varios accionistas y miembros de la junta te ayudaron. Elizabeth, Harvey, Louis y Kevin, todos están siendo puestos en licencia sin goce de sueldo pendiente de los resultados de la investigación. Mientras tanto, también he comprado sus acciones, por lo que ya no tienen ninguna participación en la empresa.

Un grito de indignación se elevó en la sala cuando los miembros de la junta en cuestión se pusieron de pie. De repente, todos estaban fuera de sus asientos y hablando unos sobre otros. Jason se levantó, hizo una señal al equipo de seguridad, y se movieron como uno solo, dirigiéndose directamente hacia los miembros de la junta. Para sorpresa y asombro del resto, todos fueron escoltados fuera de la sala. En unos breves momentos, iban a ser sacados del edificio, con todo su acceso revocado.

—Vamos a estar en modo de crisis durante las próximas semanas —dije, elevando mi voz hacia el final—. Lamento que haya tenido que llegar a esto, pero como todos ustedes saben, no tengo

ninguna tolerancia para los traidores.

O para las personas que me miraban a los ojos y me apuñalaban por la espalda.

En lo que a mí respecta, la empresa estaba mejor sin ellos.

—Sé que esto es mucho para asimilar. Nos reuniremos de nuevo por la mañana para discutir nuestra estrategia a seguir —concluí, lanzando una última mirada alrededor de la sala. Los miembros restantes de la junta parecían inquietos y pálidos, pero no ofrecieron ninguna protesta. En su lugar, uno por uno, se pusieron de pie y salieron de la sala. Una vez que se fueron, Jason empujó su silla hacia atrás, se puso de pie y soltó un profundo suspiro.

—Eso no puede haber sido fácil.

—No lo es, pero aún tenemos mucho trabajo por hacer —le ofrecí una sonrisa sombría al pasar. En el ascensor, revisé mis correos electrónicos y golpeé el pie con impaciencia. Cuando las puertas del ascensor se abrieron en mi piso, todos guardaron silencio. Cientos de ojos estaban sobre mí mientras caminaba hacia mi oficina. Cuando la puerta se cerró detrás de mí, la conversación se reanudó. Me encogí de hombros, me senté detrás de mi escritorio y esperé a que la computadora arrancara.

Horas después, me ardían los ojos cuando levanté la vista de la pantalla y vi la hora. Con una sonrisa, me levanté y apagué la computadora. Abajo, el coche me esperaba en la acera. El conductor me abrió la puerta, sin revelar nada en su rostro. De camino a casa, le pedí que se detuviera en el restaurante italiano cercano para recoger un pedido. Cuando llegamos frente a la casa, estaba exhausto, y Martha estaba sentada a la mesa de la cocina. Sostenía una copa de vino en la mano y tenía una expresión de intensa concentración en el rostro.

Me incliné para besarle la cabeza.

—Siento llegar tarde.

Martha me miró y frunció el ceño.

—Está bien. Escuché que tuviste un día loco hoy. ¿Quieres hablar de ello?

Dejé los recipientes en la encimera y me aflojé la corbata.

—Quizás más tarde. ¿Dónde está Jimmy?

—Estoy aquí —Jimmy apareció detrás del sofá, con un papel colorido en la mano—. Te ves cansado.

—Día largo, Jim-Bo —le alboroté el pelo—. ¿Hiciste tu tarea?

Jimmy asintió.

—Mamá me ayudó.

—Bien, vamos a comer. Por cierto, ¿cómo fue tu primer día?

Martha empujó su silla hacia atrás y comenzó a hurgar en los recipientes.

—Estuvo bien. Definitivamente me va a gustar trabajar en el departamento de publicidad.

Sonreí.

—Me alegro.

Después de la cena, mientras Martha organizaba su horario, llevé a Jimmy a la sala de estar. Nos sentamos uno frente al otro con piezas de rompecabezas esparcidas por toda la mesa de café. Él se sentó sobre sus piernas, con el ceño fruncido, mientras yo estiraba las piernas frente a mí. Cuando miré por encima del hombro a Martha, que estaba trabajando duro y en su segunda copa de vino, sonreí.

—Quería preguntarte algo.

Jimmy unió dos piezas y sonrió.

—Claro.

—Quiero pedirle a tu mamá que se case conmigo —susurré, volviendo la mirada a mi hijo—. Pero quiero que sea una sorpresa. ¿Qué piensas?

—¿Así podrías ser como mi verdadero papá?

Asentí y moví una pieza.

—Exactamente. Podríamos ser una verdadera familia.

Jimmy me miró y su expresión se volvió pensativa.

—¿Cómo se lo vas a pedir? Tal vez deberías llevarla a comer pizza.

—No es mala idea, Jim-Bo.

La expresión de Jimmy se volvió pensativa.

—O tal vez podrías preguntarle a la abuela y al abuelo.

Hice una pausa y miré a Jimmy.

—Pensé que nunca habías conocido a tu abuela y tu abuelo.

Jimmy asintió.

—No los he conocido. Mamá dice que viven muy lejos, pero sé que los extraña.

—¿Los extraña?

Jimmy se inclinó sobre la mesa y frunció el ceño.

—Sí, mira mucho su foto y la pone triste. Estoy seguro de que le encantaría verlos.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Siento que no los hayas conocido.

Jimmy se encogió de hombros.

—Está bien. Tengo a mamá.

No era su culpa que sus abuelos no lo hubieran esperado.

Y definitivamente no era su culpa que yo no supiera de él hasta hace poco, pero me rompía el corazón. Saber que, fuera de Anne, Martha y Jimmy habían estado solos en el mundo, no me sentaba bien. Mientras trabajábamos en el rompecabezas, no pude evitar preguntarme cómo habría sido para Martha tener a su familia tan cerca pero sin poder contactarlos.

Ambos merecían algo mejor.

Jimmy comenzó a contarme una historia mientras trabajábamos en el rompecabezas, pero seguí dándole vueltas a lo que había dicho hasta que llegó su hora de dormir. En silencio, lo llevé arriba y esperé mientras se bañaba. Una vez que terminó, lo ayudé a acostarse, y Martha apareció, luciendo agitada y arrepentida.

—¿Por qué no me llamaste? Podría haber ayudado a prepararlo para dormir.

—Parecía que necesitabas un descanso —me senté en el borde de la cama y palmeé el otro lado —. Vamos, leámosle un cuento.

—¿Podemos leer el cuento del león?

Martha se rió y le alborotó el pelo a Jimmy.

—Claro que podemos, pero solo lo leeremos una vez, ¿de acuerdo? Después de eso, tienes que dormir.

Jimmy me miró y luego a su mamá.

—Está bien, mami.

Capítulo 29

Martha

—Buenos días. Te has levantado temprano —Albin me entregó una taza de café y me dio un rápido beso en los labios—. ¿No podías dormir?

Levanté la taza a mis labios e inhalé.

—Sí, tengo mucho trabajo atrasado.

—Es sábado —respondió Albin negando con la cabeza—. Puedes hacer eso más tarde. Tengo una sorpresa planeada.

Me apoyé contra la encimera de la cocina y estudié a Albin por encima del borde de mi taza.

—¿Qué tipo de sorpresa?

Albin revolvía los huevos en la sartén, con el sol de la mañana brillando sobre su cabeza.

—No sería una sorpresa si te lo dijera.

—¿Y una pista?

Albin me miró por encima del hombro y me señaló con la espátula.

—Deja de intentar arruinar la sorpresa. Estaba pensando en hacer panqueques. ¿Qué te parece?

Hice una pausa y di un largo sorbo a mi café.

—Suenan bien. Voy a ver si Jimmy está despierto.

Albin volvió la mirada hacia la estufa y comenzó a tararear en voz baja. En silencio, estudié su espalda, empezando por la nuca, bajando por sus anchos hombros y deteniéndome en su firme trasero. Con una sonrisa, di unos sorbos más a mi café antes de dejar la taza en la encimera. Luego subí las escaleras, lanzando miradas furtivas a Albin todo el tiempo.

No necesitaba decirme cuál era la sorpresa porque ya tenía mis sospechas. Durante los últimos

diez días, Albin y Jimmy habían estado escabulléndose por la casa, susurrándose entre ellos y lanzándome miradas cuando creían que no me daba cuenta. Intenté mantener mi atención en el trabajo, pero no había podido dejar de pensar en lo que significaba hasta que finalmente lo descubrí.

Albin iba a proponerme matrimonio.

Estaba igual de aterrada que emocionada ante la perspectiva de casarme con él. Aunque las últimas semanas habían borrado cualquier duda que quedara sobre nuestro futuro juntos, la idea de estar unidos como marido y mujer me ponía más nerviosa de lo que quería admitir.

Y aún no podía creer lo afortunada que era de que todo se hubiera desarrollado de esta manera.

Hace seis años, cuando me enteré por primera vez de Jimmy, toda mi vida se había desmoronado. Todo, desde que mis padres me echaron de casa hasta verme obligada a poner la escuela en pausa, me había afectado y me hacía sentir como si estuviera siendo castigada. En ese momento, me había convencido de que era una retribución por abandonar a Louis y arrojarme a los brazos del primer desconocido con el que me crucé.

Fui una idiota.

Albin y yo habíamos pasado por todo para terminar al otro lado, y no podía esperar a que se arrodillara y me pidiera ser su esposa. A pesar de mis mejores intentos por relegarlo al fondo de mi mente, había pasado demasiados momentos de vigilia fantaseando y soñando con lo que sería estar con él oficialmente.

Tener su anillo en mi dedo.

No podía negar la emoción que me recorría ante ese pensamiento.

Estaba irremediable, profunda e irrevocablemente enamorada de Albin.

Suspirando, me detuve frente a la habitación de Jimmy y adopté una expresión más seria. Cuando la puerta se abrió con un chirrido, Jimmy se incorporó en la cama, con el pelo revuelto sobre la cabeza y una expresión aturdida en el rostro. Me miró y se frotó los ojos. Luego saltó de la cama, apartó las sábanas y corrió al baño.

—Buenos días a ti también —le grité a su espalda mientras se alejaba—. ¿Dormiste bien, cariño?

Jimmy estaba haciendo gárgaras con enjuague bucal.

—Soñé que era un superhéroe, mami. Y volaba sobre la ciudad contigo y papi.

Me senté más erguida y entrelacé los dedos.

—¿Papi?

La cara de Jimmy apareció en la puerta, con gotas de agua deslizándose por su rostro.

—Sé que Albin es mi papá, mami.

Me levanté y me acerqué a él, con el estómago retorciéndose en nudos apretados.

—¿Cómo te enteraste?

—Los escuché a ti y a él hablando el otro día —admitió Jimmy, haciendo una pausa para cambiar el peso de un pie al otro—. ¿Estoy en problemas?

Le pasé una mano por el pelo y negué con la cabeza.

—No, claro que no. Queríamos decírtelo, cariño, pero estábamos esperando el momento adecuado.

Jimmy inclinó la cabeza hacia atrás para mirarme.

—¿Arruiné la sorpresa?

Me agaché frente a Jimmy y le sonreí.

—No, no la arruinaste.

El rostro de Jimmy se iluminó con una sonrisa.

—Qué bueno, porque me gusta que Albin sea mi papá.

Me rodeó con sus brazos para abrazarme, y yo lo estreché. Lo sostuve contra mí, con el olor a jabón y champú de bebé inundando mis fosas nasales. Cuando se apartó, le revolví el pelo antes de meterlo en la ducha. Mientras cantaba a todo pulmón, estudié mi reflejo en el espejo, preguntándome cómo había llegado hasta aquí.

Todos los giros y vueltas no habían terminado como yo pensaba que lo harían.

Pero sabía que no me importaba, no si significaba volver a casa con Jimmy y Albin.

Después de salpicarme la cara con agua fría, ayudé a Jimmy a salir de la ducha y lo envolví en una bata. En su habitación, le di la espalda y me puse a mirar mi teléfono, mientras oleada tras oleada de energía nerviosa se alzaba dentro de mí. Una vez que Jimmy estuvo vestido, deslizó su mano en la mía y me arrastró escaleras abajo. Al pie de las escaleras, Albin estaba esperando, en pantalones cortos y camiseta con un delantal atado a la cintura.

Nos llevó al patio trasero, donde había una mesa preparada.

Había tres platos puestos, junto con una jarra de zumo de naranja y una pila de panqueques. Con una sonrisa, Albin desapareció por la puerta de cristal y regresó con una sartén de huevos chisporroteantes. Mi estómago rugió cuando Albin apartó la silla para mí y esperó a que me sentara. Debajo de la mesa, tomó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos.

Mi estómago estaba lleno de mariposas durante todo el desayuno.

Tan pronto como terminamos, Albin y Jimmy recogieron la mesa y llevaron todo a la cocina.

—¿Por qué no te vestes mientras nosotros ordenamos aquí abajo?

Jimmy asintió.

—Sí, mamá. Nosotros nos encargamos, no te preocupes.

En nuestra habitación, me apresuré a ducharme y me puse el primer vestido que encontré. Zumbando de impaciencia, volví abajo y los encontré a los dos esperándome junto a la puerta. Albin puso una mano en la parte baja de mi espalda y me condujo afuera hacia el cálido sol de la mañana temprana, con el aroma de madreSelva y flores silvestres flotando en el aire.

Una vez que estuvimos acomodados en el coche, Albin subió el volumen de la radio y bajó las ventanillas. Él y Jimmy cantaron todas las canciones mientras árboles y casas pasaban rápidamente a nuestro lado. En poco tiempo, estábamos en la ciudad, dando algunas vueltas y giros desconocidos en el camino. Cuando nos detuvimos frente a la casa de mis padres, me quedé mirando y mi estómago dio un vuelco.

No había vuelto aquí desde la noche en que metí mis pertenencias en una maleta y la arrastré tras

de mí. El destartado edificio de apartamentos lucía igual, con un par de viejas escaleras que conducían a la puerta principal. Aturdida, salí del coche y busqué la mano de Jimmy. Albin me rodeó los hombros con un brazo, me guió escaleras arriba y presionó el timbre del intercomunicador.

Alguien nos abrió y subimos, con la bilis subiéndome por la garganta.

Estaba tentada de bajar corriendo y esconderme en el coche de Albin hasta que todo terminara. Pero sentía curiosidad y quería saber por qué Albin nos había traído a Jimmy y a mí de vuelta a un lugar donde no éramos bienvenidos.

No dejaba de verme a mí misma la noche que me fui, con unos viejos vaqueros y una camisa desteñida, los ojos rojos e hinchados de tanto llorar, y un dolor insoportable en el corazón. Cuando parpadeaba, me veía bajando mi maleta por tres tramos de escaleras y deteniéndome frente al edificio, con la incredulidad recorriendo mi cuerpo.

A pesar de mi buen juicio, me había aferrado a la creencia de que mis padres vendrían a buscarme, y había esperado en la parada de autobús al otro lado de la calle, rezando y esperando tener razón.

Pero me dejaron ir, y después de todos estos años, no los había visto ni había sabido de ellos.

Después de tres tramos de escaleras, me detuve y me rodeé el estómago con un brazo.

—¿Qué estamos haciendo aquí? No creo que sea una buena idea.

Albin tomó mi mano entre las suyas y la apretó.

—Sé que no has vuelto aquí desde aquella noche, pero voy a arreglar las cosas. Por ti y por Jimmy.

—No creo que puedas.

Albin se detuvo frente a la puerta principal y tocó el timbre.

—Voy a intentarlo.

Jimmy estaba entre nosotros, balanceándose sobre las puntas de sus pies. Se oyeron pasos detrás de la puerta antes de que se abriera con un chirrido, revelando un rostro viejo y curtido con

cabello escaso. Se movió y vi cómo la ropa le colgaba sobre su frágil cuerpo.

—¿Puedo ayudarles?

—Hola. Usted no me conoce, pero mi nombre es Albin Arkwright.

Cuando el hombre se enderezó, una sacudida de reconocimiento me recorrió. Se veía más viejo y mucho más desgastado de lo que hubiera esperado, pero no tenía duda de que el hombre frente a mí era mi padre. Cuando me miró, sus ojos se abrieron de sorpresa y su boca se entreabrió.

—Tú eres mi abuelo —anunció Jimmy, levantando la barbilla—. ¿Dónde está la abuela?

—Cariño, ¿quién está en la puerta?

Me quedé inmóvil cuando otra persona apareció en la entrada, y el rostro familiar de mi madre, solo que más viejo y mucho más desgastado, apareció. Me miró una vez, abrió la puerta de par en par y me atrajo hacia ella. Mis manos rodearon sus hombros y todo mi cuerpo tembló.

Un poco más tarde, cuando todos estábamos sentados en la sala de estar, con Jimmy encajado entre mis padres, Albin se puso de pie.

—Lamento no haber estado aquí —comenzó Albin, con voz clara y firme—. Debería haber estado allí para cuidar de Martha y Jimmy, pero voy a compensárselos. Lo haré durante el resto de mi vida si es necesario.

—Señor y señora Auden, quiero cuidar de su hija, y prometo que la trataré bien —continuó Albin. Me alcanzó, llevó mi mano a sus labios y sonrió. Jimmy no dejaba de hablar ni de moverse hasta que Albin se arrodilló y me pidió que me casara con él.

Con la bendición de mis padres, acepté.

Cuando se puso de pie y me besó, sentí como si todo el mundo volviera a estar en orden. Durante el resto del día, mis padres y yo hablamos, reparando puentes y llenando los vacíos hasta que pareció que no había pasado el tiempo entre nosotros. Todo el viejo dolor y la angustia ya no parecían importar.

Porque cada heartbreak, cada giro equivocado y cada noche de insomnio me habían llevado hasta

aquí. Al final del día, cuando Albin nos llevó de vuelta a casa, yo estaba llena de emoción e impaciencia, incapaz de creer mi buena suerte. Pasamos la noche abrazados y susurrando hasta que salió el sol.

Unas semanas más tarde, en una cálida tarde de primavera, en el exuberante jardín verde de un hotel, intercambiamos nuestros votos frente a nuestra familia, amigos y toda la empresa de Albin.

Y bajo la luz de las estrellas, bailamos toda la noche.

Capítulo 30

Albin

—¿Cómo se siente ser una mujer casada, señora Arkwright? —La hice girar fuera de mis brazos y la atraje de vuelta, dejándola sin aliento y riendo—. ¿Es la boda todo lo que esperabas?

—Es mejor —respondió Martha, inclinando la cabeza hacia atrás para mirarme—. Es todo lo que podría haber deseado.

Bajo el pálido resplandor de la luna, con su vestido de novia y sus suaves rizos enmarcando su rostro, era lo más hermoso que había visto jamás. Desde que la vi deslizándose por el pasillo hace unas horas, una visión impresionante de blanco, apenas había podido apartar la mirada.

Todo el evento ya era un borrón, pero ella era la única constante.

Martha no se había separado de mi lado en toda la noche, y no podía esperar para tenerla solo para mí. La banda en vivo seguía tocando música, que flotaba sobre nosotros mientras todos entraban y salían de la pista de baile, con los rostros iluminados por las luces colgadas en el exterior. De vez en cuando, veía a Jimmy por el rabillo del ojo, guapo con su traje mientras jugaba con algunos de los otros niños.

Cuando incliné a Martha hacia atrás y presioné mis labios contra los suyos, su suspiro de satisfacción reverberó dentro de mi cabeza. Mi cabeza daba vueltas cuando la levanté del suelo y la hice girar. Martha se rio y enterró su rostro en mi cuello, oliendo a vainilla y melocotones. La sostuve contra mí, con las conversaciones subiendo y bajando a nuestro alrededor hasta que sentí que mi corazón iba a estallar.

Una vez que la volví a poner en el suelo, se tambaleó un poco, sus ojos suaves cuando me miró. —¿Por qué fue eso?

—Porque quise —respondí, haciendo una pausa para darle otro beso—. Vámonos de aquí.

Martha frunció el ceño. —No podemos irnos de nuestra propia recepción de boda.

—Sí podemos. —Dejé de bailar y tomé su mano en la mía. Luego me dirigí directamente hacia sus padres, sentados detrás de una mesa, con platos de comida frente a ellos—. ¿Cómo va todo?

¿Están disfrutando la comida?

—Todo esto es tan hermoso —me dijo la madre de Martha con una sonrisa brillante—. Estoy tan feliz de que estuviéramos aquí para esto.

Martha se quedó callada y miró entre los tres. —¿Qué está pasando?

—Reservé una suite para los próximos días —le dije al padre de Martha, mi mirada persistiendo en la suya—. Y empaqué la maleta de Jimmy. No estaba muy emocionado al respecto, pero quería asegurarme de que empacara ropa y no solo sus juguetes.

Michael se rio. —Por supuesto. Gracias por tu generosidad.

Negué con la cabeza. —Ahora somos familia. Yo soy el que debería agradecerles por aceptar hacer esto.

—¿Qué está pasando?

Me di la vuelta para enfrentar a Martha y le acomodé el cabello detrás de las orejas. —Planeé una luna de miel para nosotros.

Martha parpadeó y tropezó tras de mí mientras nos abríamos paso entre la multitud de invitados. —¿Qué? ¿Por qué no dijiste nada?

—Realmente deberías saber la respuesta a eso a estas alturas. —Cuando nos detuvimos frente a Jimmy, él dejó a sus nuevos amigos y fue directamente hacia Martha. La abrazó, y ella usó su mano libre para pasar un dedo por su cabello. Luego lo levanté en mis brazos, soltando momentáneamente la mano de Martha. Cuando lo volví a poner de pie, sus mejillas estaban sonrojadas y sus ojos brillantes.

—Pórtate bien con la abuela y el abuelo, ¿de acuerdo?

Jimmy asintió y juntó las manos detrás de la espalda. —Lo haré. Gracias, papá.

Me aclaré la garganta y le revolví el cabello. —Nos vemos pronto, Jim-Bo.

Martha le dio un abrazo más a Jimmy antes de que la llevara lejos y alrededor de la parte trasera del hotel. Una brisa cálida pasó rozando, y sus tacones resonaban constantemente contra el asfalto. Cuando doblamos la esquina y Martha vio el auto estacionado en frente con un cartel de

Recién casados en la parte trasera, estalló en carcajadas.

—¿Demasiado? —Ayudé a Martha a entrar en el auto, ajustando los pliegues de su vestido a su alrededor—. Quería que todo fuera perfecto.

Martha inclinó la cabeza hacia atrás y me sonrió. —Ya lo es.

Me apresuré al lado del conductor y abrí la puerta de golpe. —Sé que estás preocupada, pero sé que te va a encantar esto, y ya empaqué una maleta para nosotros. Está en el maletero.

Martha suspiró mientras nos alejábamos de la acera. —Realmente has pensado en todo, ¿verdad?

—Quiero darte una luna de miel para recordar —respondí, haciendo una pausa para tomar su mano en la mía. Usando la yema de mi pulgar, acaricié su piel y me recosté en mi asiento. El camino por delante estaba vacío, con árboles y farolas pasando rápidamente a nuestro lado en ambas direcciones. Cuando dejamos la ciudad, Martha se giró en su asiento y miró por encima de sus hombros, con una expresión confundida en su rostro.

Una suave música de jazz llenaba el silencio entre nosotros.

Apoyó su cabeza en mi hombro y exhaló. —Esta es la primera noche que paso lejos de Jimmy.

—Lo sé, y sé que estás nerviosa, pero él va a estar bien. Tus padres están allí, y también está Anne.

Martha asintió y se sumió en el silencio.

Agarré el volante con la otra mano y miré fijamente hacia adelante. Cuando finalmente llegamos a un camino lateral, Martha se enderezó y pegó la cara al cristal. Frente a nosotros, había una espesa vegetación a ambos lados, y el camino debajo era irregular y accidentado mientras avanzábamos a trompicones. Finalmente, detuve el coche frente a una cabaña de leñadores.

Martha giró la cabeza para mirarme, y toda su expresión cambió. —¿Es esto lo que creo que es?

Asentí y abrí la puerta del coche. —Me llevó un tiempo encontrarla, pero una vez que lo hice, supe que quería hacer algunas reparaciones.

Martha abrió su puerta y salió tambaleándose, con la respiración entrecortada. —No puedo creer que estemos de vuelta aquí.

Con una sonrisa, me acerqué a ella y le pasé un brazo por los hombros. Martha se quedó a mi lado, asimilándolo todo, desde el exterior de ladrillo hasta el humo que salía de la chimenea. Sin previo aviso, me agaché, levanté a Martha en mis brazos y crucé el umbral. Ella se rió, con la cabeza apoyada en mi pecho, y usó su mano para girar el pomo.

Tan pronto como entramos, el olor a estofado me golpeó primero, seguido inmediatamente por el olor a leña. Dejé a Martha en el suelo y me quité los zapatos. —Bienvenida a la suite nupcial.

El rostro de Martha estaba iluminado por el resplandor del fuego mientras miraba alrededor. — Me encanta.

Una vez que me quité la corbata y la chaqueta, dejándolas sobre el respaldo de una silla de madera, Martha me rodeó con sus brazos. Me atrajo hacia ella para besarme, saboreando a menta y vino tinto, y mi estómago dio un vuelco. La rodeé con mis brazos por la cintura y mordisqueé su labio inferior hasta que su boca se abrió, permitiéndome el acceso.

Ella era todo lo que siempre había deseado y más.

Cuando suspiró, el sonido reverberando en mi cabeza, mis manos se deslizaron hasta sus caderas. En un rápido movimiento, la levanté y la llevé al dormitorio. Las manos de Martha se movieron desde la parte posterior de mi cuello hasta mis hombros, deteniéndose en mi trasero. Me dio un firme apretón antes de que la dejara sobre la cama.

Mi corazón latía con fuerza contra mi pecho cuando Martha se levantó y me dio la espalda. Intenté controlar el temblor de mis manos mientras bajaba la cremallera y empujaba el vestido hasta sus tobillos, revelando el sujetador y las bragas de encaje blanco debajo. En silencio, Martha salió de su vestido y giró para enfrentarme, enviando otra ola de deseo directamente por mi columna vertebral.

Sus manos se retorcieron detrás de su espalda, y se desabrochó el sujetador, dejando que sus pechos se derramaran hacia adelante. Luego sus manos se movieron hacia la cremallera de mis pantalones. Su respiración se volvió entrecortada, su rostro reflejaba deseo y hambre mientras me ayudaba a quitarme mi propia ropa, dejándome solo en calzoncillos.

Y un bulto visible.

—Eres tan hermosa, Martha —me arrodillé en la alfombra y la miré, con su rostro medio oculto por la oscuridad—. No puedo creer que seas mi esposa.

Martha entrelazó sus dedos en mi cabello y echó la cabeza hacia atrás. —Te amo, Albin. Dios, no tienes idea de lo loco que me vuelves.

Usando mi boca, le bajé las bragas por los muslos y me detuve en sus tobillos. Cuando salió de ellas, las arrojé sobre mis hombros. Presioné besos calientes y húmedos a lo largo del interior de sus muslos, dejando piel de gallina a mi paso. Ella emitía suaves gemidos que hacían que mi sangre se volviera incandescente.

Su tacto, su boca y su voz me empujaban hacia el abismo.

Agarré su cintura y froté mi rostro contra su centro. Cuando volví a mirarla, con el pecho agitado y brillante de sudor, la ola de deseo y anhelo dentro de mí creció más fuerte. Con un gruñido, usé dos dedos para apartar sus húmedos pliegues, y mi lengua se asomó.

Martha jadeó, y su agarre en la parte posterior de mi cuello se hizo más fuerte. —Oh, Albin. Oh, se siente tan bien.

Usé mi lengua para saborear cada centímetro de ella, arrastrándola de un lado a otro hasta que sus gritos se volvieron desesperados. No pasó mucho tiempo antes de que Martha estuviera retorciéndose contra mí, mi nombre como un cántico en sus labios. Una mano permaneció en mi cabello, y la otra arañaba mi espalda, tratando de acercarme más.

Cada caricia, cada sonido, era música para mis oídos.

No podía tener suficiente de ella y de su dulce sabor.

Cuando Martha se sacudió y se retorció, la fuerza de su orgasmo atravesándola, mis oídos zumbaban. Me quedé quieto, levanté la mirada hacia ella y observé cómo jadeaba.

Se apartó el cabello de los ojos y me levantó. Luego me besó, vertiendo toda la emoción que pudo en el beso.

Hizo que toda la sangre se precipitara hacia mi ingle.

Su mano bajó entre nosotros y cerró sus dedos alrededor de mí. Mi pulso se aceleró mientras caíamos hacia atrás sobre la cama. Martha se movió hacia arriba, pasando sus dedos arriba y abajo por mi espalda. Me subí encima de ella, enmarqué su rostro con mis manos y gruñí. Cuando sujeté las manos de Martha sobre su cabeza, sus caderas se elevaron del colchón, y casi exploté allí mismo.

En un rápido movimiento, estaba dentro de ella, llenándola por completo.

Luego me aparté para mirarla, y ella me miraba con los ojos entrecerrados, su rostro era un libro abierto para que yo lo leyera. Le aseguré las piernas alrededor de mi cintura, me retiré y volví a entrar en ella con fuerza. Ella echó la cabeza hacia un lado y gimió. Una mano mantuvo su agarre en sus manos, y la otra se deslizó por los costados de su cuerpo, deteniéndose en su estómago.

Un dedo se hundió entre sus húmedos pliegues, y ella se arqueó. —Sabes exactamente cómo tocarme, Albin.

Embestí dentro de ella y besé la base de su cuello. —Me vuelves loco, Martha. Siempre lo has hecho.

Cuando liberé sus manos, ella clavó sus uñas en mis hombros y se arqueó. Juntos, nos mecimos de adelante hacia atrás el uno contra el otro, haciendo que la cama crujiera y se hundiera. Enterré mi rostro en la curva de su cuello, alternando entre lamer y mordisquear la sensible piel de esa zona.

No pasó mucho tiempo antes de que Martha se deshiciera, su liberación atravesándola como una ola.

Mi propia liberación llegó poco después, obligándome a echar la cabeza hacia atrás y gritar su nombre. Tan pronto como recuperé el aliento, me aparté de ella y me derrumbé contra el colchón. Un momento después, Martha se acurrucó a mi lado, y yo pasé un brazo sobre sus hombros.

—Ya me encanta nuestra luna de miel —susurró Martha contra mi piel. Giré la cabeza, levanté su barbilla y la besé.

—Feliz luna de miel, señora Arkwright.

—Feliz luna de miel, señor Arkwright —murmuró Martha entre risitas.